

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

SOBRE LA EXPLICACION EN LA CIENCIA DE LA HISTORIA;

ALGUNOS ASPECTOS BASICOS

TESIS PRESENTADA POR

CORINA DE YTURBE CALVO

EN EL EXAMEN DE MAESTRIA EN FILOSOFIA

MEXICO

1979



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Mario Otero.

## I N D I C E

Introducción	1
I. <u>La ideología alemana</u> : los principios fundamentales del programa materialista de explicación histórica.	9
II. <u>El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte</u> : un caso de explicación histórica.	72
III. Dos modelos de explicación histórica sin teoría estructurada: Hempel y von Wright.	116
IV. Anotaciones finales	146
Bibliografía	172

I N T R O D U C C I O N .

La ciencia rara vez se desarrolla de manera lógica y recta. La ciencia de la historia no es una excepción: su propia historia está llena de avances y retrocesos, lagunas, contradicciones, rectificaciones y descubrimientos. La importancia y la necesidad de contar con una ciencia capaz de dar cuenta, de manera profunda y sistemática, de la realidad histórico-social no puede ser cuestionada. Cada vez resulta más difícil prescindir de esta ciencia que no sólo tiene como objetivo el análisis del pasado, sino que al producir el conocimiento de la realidad social nos permite intervenir en ella de manera correcta.

En el proceso de constitución de la ciencia de la historia, el problema de la explicación es un asunto fundamental, que se encuentra lejos de estar completamente resuelto. Las constantes polémicas sobre las condiciones objetivas con las que debe cumplir una explicación para ser auténtica, para ser realmente científica, en contraposición a las características de las explicaciones espurias o pseudo-explicaciones, son una muestra de la importancia y permanencia del tema. La necesidad de no conformarse con descripciones, y mucho menos con interpretaciones ideológicas de los acontecimientos históricos -pasados y sobre todo presentes- exige la existencia de una teoría objetiva y con fuerza explicativa, que sea una verdadera alternativa al subjetivismo y arbitrariedad de la mera crónica.

En el debate contemporáneo en torno a la cientificidad de la historia y, en particular, al problema de cómo explican los historiadores, si es que lo hacen, se han planteado dos modelos fundamentales de explicación histórica: el modelo de Hempel, situado dentro de la filosofía analítica de la ciencia, y el modelo pre-

sentado en el interior de la concepción dualista de las ciencias, cuyo representante más destacado es von Wright. Estas dos opciones de comprender la historia han sido discutidas, criticadas, corregidas, ampliadas, en el interior del marco de la filosofía actual. Hempel sostiene la unidad metodológica de la ciencia, por lo que si la historia quiere alcanzar la condición de ciencia, deberá satisfacer los postulados del modelo nomológico-deductivo, o sus variantes propuestas para la historia. Para von Wright, la científicidad de la historia depende de "la"comprensión" que se tenga de los acontecimientos.

Junto a esto, la teoría marxista de la historia afirma que es posible el conocimiento científico de la historia, el conocimiento objetivo de situaciones concretas. Pero, a diferencia de Hempel y von Wright, Marx no propone un "modelo" de explicación o un "método" particular para la ciencia social, sino que "coloca las piedras angulares" de la ciencia de la historia, a partir de la cual se pueden producir explicaciones del proceso histórico. Su obra se encuentra actualmente en el centro de las polémicas tanto políticas como teóricas. Casi cualquier intento por resolver importantes problemas de nuestro tiempo se ve obligado a hacer referencia a la obra del fundador de la ciencia de la historia. Análisis recientes de textos abandonados, aun por el propio Marx, "a la crítica roedora de los ratones", al mismo tiempo en que reabren la discusión sobre una serie de conceptos cuyo sentido se había establecido rápida y superficialmente, muestran la eficacia de los instrumentos científicos de Marx en el análisis y crítica tanto de las estructuras sociales como de las teorías existentes.

Mi primera intención era comparar estas tres propuestas para la explicación de la historia, analizando sus supuestos filosóficos -implícitos o explícitos- así como sus principios teóricos básicos, para ver cuáles eran los aportes de los autores mencionados a la ciencia de la historia. Pero, mientras que la discusión sobre la explicación histórica, tanto en Hempel como en von Wright, se da al margen de una teoría propiamente dicha de la historia, en Marx la fuerza de la explicación depende de la fuerza de la teoría; por ello, la comparación no sólo resultaba difícil, sino que incluso era casi imposible, pero de todos modos necesaria en vista del tradicional aislamiento entre la filosofía tradicional y la filosofía marxista.

Consideramos central la tesis de que toda explicación se encuentra necesariamente subordinada a una teoría. Sin teoría, es decir, sin el conjunto de principios y conceptos que definen teóricamente el objeto que se quiere conocer, la discusión sobre cuáles serían las explicaciones realmente científicas, se vuelve estéril. Plantear el problema de la explicación histórica fuera de la delimitación del objeto de la ciencia de la historia, es decir, al margen del campo en el que esa ciencia ha de producir conocimiento, no parece llevar a ninguna parte. La determinación de si la explicación sobre un acontecimiento histórico es o no científica, no puede darse independientemente del problema de la teoría que sostiene tal explicación: sólo en ese nivel es posible plantear la cuestión de la cientificidad de las explicaciones.

No se trata de disminuir a priori el alcance de las contribuciones de Hempel y von Wright. Pero, en virtud de que el interés de Hempel se centra en las condiciones formales mínimas de las



explicaciones históricas, y de que el peso de la propuesta de von Wright está en la formulación de un método distinto para las ciencias sociales, era inevitable que nos viéramos decepcionados al buscar en sus escritos algún aporte significativo a la ciencia de la historia. Por esta razón, la presentación y discusión de los modelos explicativos de Hempel y von Wright se limitará a señalar algunos supuestos generales -muchas veces no declarados- sobre los que descansan los puntos de vista defendidos por estos autores.

Explanation and Understanding de von Wright es un libro ejemplar dentro de una concepción con muchas variaciones; los artículos de Hempel son, de algún modo, compactos; en cambio, el tema de la explicación histórica en Marx, en tanto que supone una teoría de la historia, aparece en un obra imposible de reducir a un esquema.

Ha sido reiteradamente señalada la paradoja que presenta la teoría de Marx: tiene por objeto la historia, cuyo conocimiento científico inaugura, y sin embargo el concepto de ese objeto se encuentra casi ausente. Al preguntarse por el lugar en donde Marx nos expuso su concepción de la historia, Lenin responde que esta teoría está en todas partes: en un primer momento, dice Lenin, "no era sino una hipótesis, pero una hipótesis que por primera vez hacía posible tratar de un modo rigurosamente científico los problemas históricos y sociales" (¿Quiénes son los "amigos del pueblo"?, p. 14). En El Capital, continua Lenin, "la concepción materialista de la historia no es ya una hipótesis, sino una tesis científica demostrada; mientras no tengamos otro intento de explicar científicamente el funcionamiento y el desarrollo de al-

guna formación social...otro intento capaz de poner en orden 'los hechos correspondientes', exactamente como la ha sabido hacer el materialismo; capaz de dar asimismo un cuadro vivo de una formación determinada, explicándola de un modo rigurosamente científico; mientras no lo tengamos, la concepción materialista de la historia será sinónimo de ciencia social" (¿Quiénes son los "amigos del pueblo"?, p. 18).

El primer capítulo de este trabajo se centra en el análisis de un texto de Marx en la construcción de la ciencia de la historia: la primera parte -el "Feuerbach"- de La ideología alemana. Dicho texto presenta el interés de que en él Marx y Engels, con el fin de clarificar, profundizar y desarrollar su concepción materialista del mundo en oposición a la filosofía especulativa neohegeliana, establecen por primera vez, de manera sistemática y general, los principios del materialismo histórico, es decir, de la ciencia de la historia. La fundación de esta teoría comprende, al mismo tiempo, una revolución en la filosofía y, como veremos, es precisamente la posición filosófica materialista de Marx la que abre el camino de la teoría científica.

La ideología alemana es un texto extraño: si por una parte, en él encontramos las bases de la teoría de la historia, por otra, por tratarse de un texto de transición, hay una confusión entre problemas científicos y planteamientos filosóficos, y contradicciones entre ciertas ideas ahí expuestas y las de los trabajos posteriores de Marx. Las lecturas "literales" son imposibles, ya que tienen como resultado adaptar el texto a una determinada ideología. Por ello, sería necesario partir de las obras de madurez

de Marx y servirse del resultado obtenido para juzgar las concepciones contenidas en La ideología alemana.

El segundo capítulo se refiere a El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte, texto elegido por tratarse de un análisis concreto, en el que resulta evidente que no puede haber explicación histórica sin teoría de la historia. En este texto, encontramos la inadecuación de ciertas hipótesis sostenidas en La ideología alemana: algunas de ellas serán abandonadas, otras serán desarrolladas, al ser confirmadas -de manera directa o indirecta- por la experiencia. Intentaré mostrar de qué manera el análisis concreto de un hecho histórico concreto, además de la experiencia política de Marx, adquirida en los años que separan la redacción de este texto de la de La ideología alemana, y su contacto directo con el proletariado, exigen la construcción de otros conceptos, sobre todo de aquellos que permitirán la explicación de las relaciones entre las distintas clases sociales y el funcionamiento del aparato de Estado. Esta necesidad de seguir enriqueciendo el núcleo de conocimientos del materialismo histórico a partir de análisis concretos, nos muestra que "no hay otra fidelidad al marxismo que su desarrollo y su transformación con todos los riesgos que ello conlleva" (Balibar, Cinq études..., p. 290).

Hacer un estudio exhaustivo de la concepción materialista de la historia supondría, pues, tomar el conjunto de la obra de Marx, y, sobre todo, partir de El Capital, tarea que no me propongo abordar aquí. Tampoco cabe dentro de los límites de este trabajo un estudio detallado de la génesis de los conceptos fundamentales del marxismo, ni siquiera de los que aparecen en los dos textos elegidos. Con todo, a pesar de que La ideología alemana es un tex

to de transición en el pensamiento de Marx, con las dificultades que ello implica, y que El dieciocho Brumario es un análisis de una situación concreta, aún así, es posible mostrar las ventajas de los planteamientos de Marx ahí expuestos para la explicación de la historia, sobre los otros modelos antes señalados.

En efecto, estos dos textos nos muestran ya que "esta idea del materialismo en la sociología era, de por sí, una idea genial" (Lenin, ¿Quiénes son los "amigos del pueblo"?, p. 14). Siguiendo el razonamiento de Lenin, en La ideología alemana, la tesis materialista de la determinación de la conciencia por el ser, permite la delimitación de aquello que es lo más relevante para la explicación del proceso histórico: "Hasta ahora, los sociólogos distinguían con dificultad, en la complicada red de fenómenos sociales, los fenómenos importantes de los que no lo eran...y no sabían encontrar un criterio objetivo para esta diferenciación. El materialismo ha proporcionado un criterio completamente objetivo, al destacar las 'relaciones de producción' como la estructura de la sociedad..." (¿Quiénes son los "amigos del pueblo"?, p. 15).

No sólo en La ideología alemana o en El dieciocho Brumario, sino en el resto de la obra de Marx, muchos de los conceptos base de la ciencia de la historia no se encuentran definidos de manera completa sino que son índices de una concepción teórica que es necesario desarrollar. La riqueza de la obra de Althusser está, precisamente, en que no se limita a explicitar, comentar y utilizar ese conjunto de conceptos tal como se presenta, sino que efectivamente trabaja en su definición rigurosa y en la transformación de metáforas en conceptos científicos. Construye, con este fin, el

concepto clave de modo de producción, definido como todo complejo articulado, y el concepto de autonomía relativa de las prácticas, sus modos de articulación precisa en el todo complejo y la teoría de la sobredeterminación de cada práctica por efecto de las restantes. Estos conceptos son fundamentales para comprender el todo social y para analizar sus prácticas concretas. ]

Mi deuda con la obra de Althusser y de Balibar debiera ser más o menos evidente en muchos pasajes de este trabajo. He intentado señalar -en dos textos prácticamente no estudiados a este respecto- la insuficiencia del relato histórico y sus precarios modelos; y, la necesidad de explicaciones científicas, rigurosas, si realmente buscamos conocer la historia, mostrando que, difícilmente puede calificarse como dogmático aceptar, con Lenin, que "mientras no tengamos otro intento /logrado/ de explicar científicamente el funcionamiento y el desarrollo de alguna formación social..." -y tenemos buenas razones para creer que no lo tenemos-, el materialismo histórico "es la única concepción científica de la historia".

I. LA IDEOLOGIA ALEMANA: LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DEL PROGRAMA MATERIALISTA DE EXPLICACION HISTORICA.

1. La fundación de una ciencia no se lleva a cabo de golpe sino que supone un largo proceso de trabajo teórico. Algunos de los principios de la ciencia de la historia aparecen ya en textos anteriores a La ideología alemana, pero no es sino hasta éste en donde se presentan como una unidad sistemática. En efecto, en La ideología alemana aparece por primera vez la nueva problemática de Marx, es decir, surge la posibilidad de conocer científicamente la historia y de intervenir sobre ella de manera consecuente.<sup>1</sup>

La ideología alemana es un texto polémico y crítico, en el que Marx destruye los antiguos supuestos teóricos de la problemática ideológica con la cual rompe definitivamente. Esta ruptura se expresa, por un lado, como crítica de la filosofía especulativa alemana y, al mismo tiempo, como presentación de la nueva concepción materialista de la historia, desarrollada por oposición a aquella filosofía. En el prefacio de la Contribución a la Crítica de la Economía Política (1859), Marx escribe que el propósito que tenían Engels y él al redactar La ideología alemana era el de "contrastar conjuntamente nuestro punto de vista con el ideológico de la filosofía alemana; en realidad, liquidar cuentas con nuestra conciencia filosófica anterior. El propósito fue realizado bajo la forma de una crítica de la filosofía posthegeliana" (Marx y Engels, Obras escogidas, T. I, p. 344).

La ideología alemana nos presenta un pensamiento en estado de ruptura con su pasado, reconocido como pasado filosófico, en este caso, ideológico; y, junto con este pensamiento radicalmente crítico de la problemática filosófica, el desarrollo positivo de la nueva teoría ocupa un lugar fundamental. Pero, justamente por-

que esta nueva problemática teórica no fue producida de manera inmediata, no aparece aquí en forma terminada. Marx tiene que producir el nuevo objeto teórico de su teoría materialista, construir los conceptos teóricos a través de los cuales puede ser pensado, y, puesto que su ruptura es radical, cambiar el método de trabajo, organizar en una forma distinta, en un nuevo sistema, el nuevo cuerpo de conceptos. El que la producción del aparato conceptual adecuado al proyecto teórico revolucionario de Marx sea un proceso, hace que en La ideología alemana la nueva problemática se presente muchas veces en forma negativa o simplificada, únicamente como crítica de la problemática ideológica rechazada por Marx. Por otra parte, antiguas palabras y conceptos ocupan todavía aquí el lugar de los nuevos conceptos aún en construcción ("semi saldos conceptuales remendados", los llama Althusser) y algunas formulaciones son imprecisas.

Lo que nos interesa fundamentalmente de La ideología alemana es el desarrollo positivo de la nueva teoría. Si realmente Marx inaugura aquí el conocimiento científico sobre la historia -campo hasta ese momento dominado por ideologías teóricas- trataremos de responder a la pregunta ¿cómo aparece el análisis científico marxista de la historia en este texto? o, en otras palabras, ¿cómo aparece la explicación materialista de la historia? Trataremos, pues, de determinar cuáles son los supuestos o las posiciones filosóficas a partir de los cuales se hace posible la construcción del discurso científico de la historia.

Un primer supuesto -una primera posición filosófica- que hay que señalar desde ahora es el hecho de que la teoría del materia-



lismo histórico se establece como fundamento teórico de la lucha de clases del proletariado. La diferencia decisiva entre la nueva ciencia de la historia y otros modos de "interpretar" la historia criticados por Marx, radica en la unión entre sus fundadores y el movimiento revolucionario del proletariado.<sup>2</sup> Es esta vinculación, a través de la cual Marx y Engels aprenden a reconocer la materia lidad concreta del mundo social, y a ver en el proletariado una nueva fuerza social emergente, la que le da un carácter cualitativamente distinto a su discurso teórico. De la necesidad de pensar ese proceso revolucionario surge, al mismo tiempo, la necesidad de un discurso teórico revolucionario, de una revolución en el proceso de conocimiento. De ahí que la fusión de este discurso con la lucha organizada y revolucionaria del proletariado sea un elemento básico en la construcción de la teoría científica de la historia y en el papel que ésta desempeña como arma teórica del movimiento obrero existente.<sup>3</sup>

2. En La ideología alemana Marx busca liquidar la filosofía especulativa, "...poner en evidencia y desacreditar esa lucha filosófica con las sombras de la realidad a que el soñador y soñoliento pueblo alemán es tan aficionado" (IA, p. 11). Los jóvenes hegelia nos pretendían, por medio de la filosofía crítica, lograr una modificación de la realidad existente. La crítica de Marx a este discurso filosófico consistirá en mostrar que la crítica de los neohegelianos en realidad no ha salido del terreno de la filosofía hegeliana, por lo que no es una crítica radical. "Ninguna diferencia específica -decía Marx en un texto que fuera tachado por

él, pero que resume claramente el objeto de su crítica- distingue al idealismo alemán de la ideología de todos los demás pueblos. También ésta considera que el mundo está regido por ideas, que las ideas y conceptos son principios determinantes, que ciertos pensamientos constituyen el misterio -accesible a los filósofos- del mundo real...Los críticos filosóficos alemanes aseveran de consuno que las ideas, representaciones y conceptos hasta aquí han determinado y regido a los hombres reales, que el mundo real es un producto del mundo ideal" (IA, p. 675).

La crítica de los neohegelianos a la filosofía hegeliana o especulativa, sólo es crítica en apariencia; en el fondo participa del mismo supuesto de la filosofía hegeliana que pretende criticar: también ellos creen, al igual que Hegel, que la realidad depende de las ideas, que basta con liberar a los hombres de los "fantasmas cerebrales", con enseñarlos a sustituir las quimeras por pensamientos que correspondan a la esencia del hombre, para transformar la realidad. Todo esto no son sino "inocentes y pueriles fantasías" dice Marx, burlándose de estos críticos que se piensan revolucionarios, cuando únicamente tratan de sustituir "ideas falsas" por "ideas verdaderas", sin analizar las condiciones materiales de existencia de dichas ideas.

La crítica de Marx a la filosofía especulativa sí es radical. Cuando escribe que "no sólo sus respuestas, sino también los problemas mismos, llevan consigo un engaño" (IA, p. 17), Marx está señalando que no es la respuesta lo que hace a la filosofía, sino la pregunta misma; es decir, no son las respuestas las que determinan un sistema teórico, sino la manera en que se plantean las

preguntas mismas. Su crítica apunta no tanto hacia tal o cual resultado teórico aislado de esta filosofía crítica neohegeliana, sino hacia la estructura fundamental de ese discurso teórico. Lo que está cuestionando es la filosofía en cuanto tal, y en particular aquella filosofía que lucha solamente contra las ilusiones de la conciencia. La filosofía crítica neohegeliana no hace sino interpretar de otro modo lo existente: lo "reconoce" por medio de otra interpretación, pero en ningún momento llega a producir un conocimiento científico de la realidad que pretende transformar. Es ya a la pregunta misma, a la manera de reflexionar acerca de un objeto, a lo que Marx llama discurso ideológico. Dicho discurso desconoce la relación auténtica que mantiene con su objeto, relación que no es de conocimiento, sino de mistificación. Supone que las ideas, el pensamiento, los conceptos son "las verdaderas ataduras del hombre" (IA, p. 18); las relaciones entre los hombres son producto de su conciencia: cambiando su conciencia actual por la conciencia humana, crítica, se verán liberados del dominio de las ideas falsas.

Marx pone en evidencia el carácter ideológico idealista de la problemática a partir de la cual son pensados los objetos del discurso filosófico neohegeliano, al referirla a los problemas reales. Es decir, le plantea a este discurso ideológico "la pregunta de sus preguntas para comprender, a partir de este nivel interno, el sentido de sus respuestas" (Althusser, La revolución teórica de Marx, p. 53). Detrás del discurso ideológico que deforma a sus objetos de reflexión, convirtiéndolos en sombras, Marx tiene que redescubrir los objetos reales. Por eso puede escribir

que "la filosofía independiente pierde, con la exposición de la realidad, el medio en que puede existir" (IA, p. 27).

3. Marx delimita su discurso teórico revolucionario del discurso ideológico idealista, propio de la filosofía especulativa alemana, por medio de un procedimiento que, como dijimos antes, en La ideología alemana es fundamentalmente crítico, negativo. En efecto, Marx señala los defectos esenciales de la filosofía neohegeliana, pero al mismo tiempo pone las bases de un nuevo discurso teórico. El primer capítulo tiene por título "Feuerbach. Contraposición entre la concepción materialista y la idealista" y, aunque casi no se habla de Feuerbach, los pasajes dedicados a la crítica de este filósofo alemán nos servirán para analizar las posiciones filosóficas que aparecen en este texto, que serán la base del nuevo materialismo y de la nueva ciencia de la historia, cuyo desarrollo aquí se inicia.

Como todos los comienzos, el de esta ciencia también se muestra confuso y ambiguo, insuficiente. Al igual que en otras ciencias en el momento de su fundación hay una confusión entre las posiciones filosóficas y los problemas científicos, en La ideología alemana encontramos una mezcla entre estos dos tipos de cuestiones.<sup>4</sup> Así, el problema de la objetividad -la concepción de la "realidad"- que subyace a la explicación de la historia, se encuentra confundido con la cuestión filosófica sobre la posición materialista o idealista, como posibles ámbitos del conocimiento; es decir, sobre el reconocimiento de la prioridad ya sea de la naturaleza sobre el espíritu, en el primer caso, o bien del espíritu o

conciencia sobre la naturaleza o materia, en el segundo. En otras palabras, hay una confusión entre la noción filosófica de objetividad, en la que lo que está en juego es, en términos generales, la relación entre, por una parte, ser y pensar, y específicamente, la posición del discurso teórico frente a la realidad que pretende pensar y el carácter de la relación entre ese discurso y esa realidad, y por otra, el concepto científico de realidad, determinado por el discurso científico del materialismo histórico.

En la primera de las Tesis sobre Feuerbach Marx critica la noción básica de objetividad o de realidad que opera como supuesto de las tendencias tanto materialista-empirista como idealista-racionalista del discurso teórico.<sup>5</sup> La primera tendencia, la materialista-empirista, preocupada por rescatar el carácter irreductible de lo real, es decir, la irreductibilidad de la objetividad al pensamiento, a las determinaciones del sujeto, se olvida del "aspecto activo" o "subjetivo": "La falla fundamental de todo el materialismo precedente (incluyendo el de Feuerbach) reside en que sólo capta la cosa (Gegenstand), la realidad, lo sensible, bajo la forma del objeto (Objekt) o de la contemplación (Anschauung), no como actividad humana sensorial, como práctica; no de un modo subjetivo" (Tesis sobre Feuerbach, p. 665). En su interés por afirmar el carácter irreductible del objeto, este materialismo tradicional desconoce la intervención de la praxis subjetiva, de la actividad humana, en la constitución de la objetividad. "De ahí que el lado activo -continúa Marx- fuese desarrollado de un modo abstracto, en contraposición al materialismo, por el idealismo, el cual naturalmente, no conoce la actividad real, sensorial,

en cuanto tal" (loc. cit.). En efecto, la tendencia idealista-racionalista del discurso teórico recupera el "lado activo" de la objetividad, olvidado por la tendencia materialista-empirista; sin embargo, los resultados a los que llega son igualmente insuficientes, porque reduce la objetividad a las puras determinaciones del sujeto. Se trata de un "desarrollo abstracto" del "lado activo" o "subjetivo" de la objetividad porque sólo tiene en cuenta, exágerándola, la actividad pura del sujeto, es decir, sólo la considera en el plano teórico. La realidad que presupone esta modalidad del discurso teórico se da, pues, dentro de una problemática que "no conoce la actividad real, sensorial, en cuanto tal", sino que concibe la actividad del sujeto en el acto del conocimiento como mera actividad discursiva.

En La ideología alemana Marx critica este estudio de la actividad realizado por el idealismo porque sólo se desarrolla de manera abstracta: señala que la actividad estudiada por el idealismo hegeliano no podía ser la actividad de los hombres concretos, sino la actividad del Hombre como tal. Este estudio se sostenía, además, en el estudio del Espíritu Absoluto, la Idea, etc. "Al principio, -dice Marx de los seguidores de Hegel- tomábanse ciertas categorías hegelianas puras y auténticas, tales como las de substancia y autoconciencia, para profanarlas más tarde con nombres más vulgares, como los de género, el Único, el hombre, etc" (IA, p. 17).

En contra del idealismo, como materialista, Feuerbach acepta la primacía de la realidad sobre el pensamiento, pero "la 'concepción' feuerbachiana del mundo sensible se limita, de una parte, a

su mera contemplación y, de otra parte, a la mera sensación" (IA, p. 76). Marx lo critica por tener una concepción limitada de la realidad, por concebirla como naturalmente dada y asequible por vía de la mera contemplación. La limitación del materialismo tradicional, incluido el de Feuerbach, estriba, entonces, en la falta de reconocimiento del trabajo como actividad práctico-cognoscitiva en la constitución de la objetividad, esto es, no reconoce que la propia actividad humana es material. "Feuerbach aspira a objetos sensibles, realmente distintos de los objetos conceptuales, pero no concibe la actividad humana misma como una actividad objetiva (gegenständliche)" (Tesis sobre Feuerbach, p. 665).

Justamente por concebir la realidad sensible como algo meramente natural, constituida al margen de la intervención de la actividad práctico-subjetiva, Feuerbach presupone una "armonía natural" de las cosas, idea que es criticada por Marx: "En la contemplación del mundo sensible, (Feuerbach) tropieza necesariamente con cosas que contradicen a su conciencia y a su sentimiento, que trastornan la armonía por él presupuesta de todas las partes del mundo sensible, y principalmente, del hombre con la naturaleza" (IA, p. 46). Feuerbach busca resolver estas contradicciones, recuperar la armonía perdida, recurriendo a una forma de empirismo más sutil, distinguiendo entre apariencia y esencia, "se ve obligado a recurrir a una doble concepción oscilando entre una concepción profana, que sólo ve 'lo que aparece sobre la tierra', y otra superior, filosófica, que contempla la 'verdadera esencia' de las cosas" (IA, pp. 46-47).

Prisionero del empirismo, Feuerbach presupone lo real como

algo naturalmente dado, siendo incapaz de ver el proceso histórico. Esta presuposición de un sentido natural, ahistórico, de las cosas, lo hace oscilar entre la insuficiencia del materialismo-empirismo y la inconsecuencia del idealismo-racionalismo; en la medida en que es materialista, no aparece en él la historia: concibe al hombre como un "objeto sensible" pero, "sólo lo ve como 'objeto sensible' y no como 'actividad sensible', manteniéndose también en esto dentro de la teoría, sin concebir los hombres dentro de su trabazón social dada, bajo las condiciones de vida existentes que han hecho de ellos lo que son, no llega nunca, por ello mismo, hasta el hombre realmente existente, hasta el hombre activo, sino que se detiene en el concepto abstracto de hombre" (IA, pp. 48-49). Y, en la medida en que toma la historia en consideración, no es materialista: cuando quiere considerar el "aspecto activo", el mundo sensible como actividad sensible de todos los hombres, deja de ser materialista. Las pretensiones de su discurso se desvanecen porque "materialismo e historia aparecen completamente divorciados en él" (IA, p. 49).

Frente a las dos tendencias del discurso teórico-criticado por Marx en las Tesis sobre Feuerbach, y frente a las tesis de este filósofo, criticadas en La ideología alemana, encontramos una primera formulación, en un vocabulario ambiguo, de la posición materialista que "superaría" tanto el idealismo como el materialismo limitado, insuficiente, premarxista. Esta posición es expuesta, de manera un tanto equívoca, como una especie de síntesis, donde la superación consistiría en tomar algunos aspectos del materialismo -el carácter irreductible de la realidad, es decir, la pri-



macía del ser sobre el pensamiento- añadiéndole el aspecto activo, -"subjetivo", lo llama Marx aquí- desarrollado por el idealismo. Sin embargo, si bien la formulación filosófica de esta nueva posición juega una función importante en tanto que abre el camino para una problemática científica, la cuestión filosófica de la relación entre ser y pensar, en términos de relación entre sujeto y objeto, requiere ser sustituida, y de hecho es abandonada en lo sucesivo por Marx. En su crítica al idealismo y al materialismo, Marx critica la escisión entre el sujeto y el objeto, y el problema de su relación -central en toda la historia de la filosofía. Para Marx lo objetivo y lo subjetivo son dos aspectos de un mismo proceso. Lo que está en juego, como decíamos, es la relación entre ser y pensar, que determina la contraposición materialismo/idealismo, -confundida en estos textos con la contraposición sujeto/objeto.

En La ideología alemana Marx sienta las bases del nuevo materialismo para el que el mundo sensible no es "algo directamente dado desde toda una eternidad y constantemente igual a sí mismo, sino el producto de la industria y del estado social" (IA, p. 47).<sup>6</sup> Podemos afirmar que la posición básica del discurso teórico de Marx es materialista dialéctica. Es materialista puesto que al sostener que el mundo sensible es material, le otorga una primacía a la realidad sobre el pensamiento. Es una posición dialéctica porque al decir que lo que se percibe de este mundo sensible es el resultado de la práctica social en sus diversas modalidades -o lo que Marx llama aquí "la industria"- Marx reconoce lo subjetivo -"lo sensible"- como resultado de un proceso. Por otra par-

te, Marx afirma el carácter histórico de "lo sensible": el mundo sensible depende de la condición de la sociedad, es un producto histórico. Cualquier posible comprensión del sentido de lo real tiene que partir, entonces, de esta posición materialista-dialéctica, ya que, "hasta los objetos de la 'certeza sensorial' más simple -escribe Marx- le vienen dados solamente por el desarrollo social, la industria y el intercambio comercial" (IA, p. 47).

Al extender este nuevo materialismo hacia el estudio de la historia, comprendiendo que la historia es un proceso material -tan material como cualquier otro proceso real- queda el problema de determinar en qué consiste la materialidad de este proceso específico. Frente al idealismo que no logra captar la materialidad del proceso, desde la posición materialista el proceso histórico es un proceso necesario, por lo que habrá que determinar en qué consiste la necesidad específica de la historia.<sup>7</sup>

Es de "esta concepción de las cosas tal y como realmente son y han acaecido" de donde podrá determinar su objeto el discurso materialista-dialéctico de Marx; la teoría de las formaciones sociales. El materialismo histórico es, pues, la teoría materialista y dialéctica de la sociedad y de su historia. A partir de la determinación de este objeto teórico será más evidente que la única respuesta posible a la pregunta de cómo es esa realidad que se pretende conocer, es una respuesta científica. La ciencia de la historia deberá, por lo tanto, construir no sólo su objeto de conocimiento sino una nueva terminología científica que permita la explicación del proceso histórico.

4. En su artículo "Ideología y aparatos ideológicos del Estado", Althusser afirma que la teoría de la ideología formulada por Marx en La ideología alemana no es marxista. En su intento por formular una teoría de la ideología en general, Althusser propone una primera fórmula: la ideología no tiene historia. En el texto de Marx encontramos esta misma fórmula: "la moral, la religión, la metafísica, y cualquier otra ideología y las formas de la conciencia que a ella corresponden...no tienen su propia historia ni su propio desarrollo, sino que los hombres que desarrollan su producción material y su intercambio material cambian también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de este pensamiento" (IA, p. 26). Pero, para Althusser, en este texto de Marx, "la fórmula figura en un contexto francamente positivista" (AIE, p. 121). La ideología es concebida como "ensueño", "ilusión", la ideología no tiene realidad propia, es una construcción imaginaria, la ideología es nada: "la ideología es, entonces, para Marx, -dice Althusser- una construcción imaginaria, un puro sueño, vacío y vano, constituido por 'residuos diurnos' de la sola realidad plena y positiva, la de la historia concreta de los individuos concretos y materiales que producen materialmente su existencia" (AIE, p. 122).

La tesis de Marx según la cual la ideología no tiene historia, es para Althusser una tesis puramente negativa por dos razones: a) la ideología es un puro sueño y por lo tanto, no es nada; b) la ideología no tiene historia propia, puesto que sólo es "el pálido reflejo invertido y vacío de la historia real".<sup>8</sup> Se trataría de una tesis positivista e historicista.

Al analizar cómo concibe Marx la ideología en este texto, trataré de mostrar que si bien la crítica de Althusser es justa en lo que respecta a la tesis "la ideología no tiene historia", la teoría de la ideología aquí propuesta por Marx tiene también elementos positivos. En general, la obra de Marx se centra en lo fundamental en el análisis de los mecanismos económicos inherentes al modo de producción capitalista, pero ya desde La ideología alemana encontramos algunos elementos importantes para el conocimiento del funcionamiento de la instancia ideológica. Es evidente que tales elementos tendrán que ser desarrollados y concretados -hoy todavía- pues en general se trata de señalamientos o indicaciones esquemáticas que sin embargo constituyen las bases para una teoría de la ideología.

Desarrollaremos primero cuál es el significado del término "ideología" en la introducción de La ideología alemana. Recordemos que la preocupación de Marx está, sobre todo, en afirmar la contraposición de su nueva teoría a las teorías especulativas de los filósofos, "ideólogos", alemanes, por lo que en su comprensión de la ideología encontramos que le atribuye una enorme importancia a las condiciones económicas como determinantes del proceso ideológico; la ideología termina teniendo una existencia puramente ilusoria. En este sentido Althusser tendría razón al afirmar que la tesis de Marx sobre la ideología es positivista.

También en el caso de la ideología volvemos a encontrar esa confusión entre una cuestión de orden filosófico (la relación entre la materia o el ser y el espíritu o el pensamiento) y un problema estrictamente científico: la relación entre la base económi

ca y la superestructura ideológica. Esta confusión permite que a las ideas se les atribuya menos materialidad -o al menos una materialidad distinta- que a las condiciones económicas.

Al hablar de "ideología" en La ideología alemana es necesario hacer referencia a los señalamientos de Marx sobre la conciencia. Una vez más, las tesis en relación a este punto sólo pueden comprenderse en el contexto de la crítica general al proceso de autonomización de la conciencia. En la comprensión de Marx de la conciencia como producto social, encontramos ya algunos elementos fundamentales para la explicación del funcionamiento de la ideología; y, es aquí en donde encuentro que la tesis de Althusser no es justa, ya que si bien Marx caracteriza a la ideología como una pura ilusión, al indicar que ésta cumple una función social determinada, permite una comprensión del proceso ideológico y de sus leyes objetivas.

4.1. Al hablar de la ideología, Marx sostiene que la producción de las ideas y representaciones se encuentra directamente entrelazada con la actividad material y el comercio material de los hombres (cf. IA, p. 25). Todas las producciones del pensamiento -moral, religión, filosofía- no tienen una historia autónoma, independiente de la producción material de la vida. La ideología no tiene, pues, una existencia histórica propia. Su historia -sus transformaciones y su desarrollo- dependen de la producción material y de las relaciones sociales correspondientes: la ideología no es sino el reflejo y el eco del proceso de vida real de los hombres. Al cambiar la realidad, cambian también los pensamientos que expresan esa realidad. "También las formaciones nebulosas que

se condensan en el cerebro de los hombres son sublimaciones necesarias de su proceso material de vida, proceso empíricamente registrable y sujeto a condiciones materiales" (IA, p. 26). El presupuesto de los neohegelianos -y en esto Marx está de acuerdo con ellos- es que algo de las condiciones presentes debe ser eliminado. Pero, los alemanes pretendían lograr tal cambio suprimiendo los productos de la conciencia mediante la crítica intelectual. Para Marx, esos "absurdos", productos de la conciencia, deben ser explicados en función de las relaciones reales existentes: "la eliminación de estas ideas de la conciencia de los hombres, es obra del cambio de las circunstancias, y no de las deducciones teóricas" (IA, p. 43). Dentro del planteamiento de la teoría materialista de la historia, lo que debe cambiarse son las relaciones sociales existentes, y esto no se logra por medio de la crítica, sino por medio de la revolución.

Lo propio de los filósofos especulativos neohegelianos -de los ideólogos, como los llama Marx, usando los términos de ideología y filosofía en un sentido peyorativo- es la inversión que consiste en explicar el proceso real por ese sistema de creencias, valores y representaciones que es la ideología. "...casi toda la ideología -escribe Marx en un trozo posteriormente tachado por él- se reduce o a una concepción tergiversada de la historia o a una abstracción total de ella" (IA, p. 676).

Para intentar explicar la existencia ilusoria de la ideología, Marx recurre a una metáfora: en la ideología los hombres y sus relaciones aparecen invertidos como en una cámara oscura; así como se comporta la cámara oscura frente a la realidad física na-

tural, invirtiendo dicha realidad, así se comportan los hombres frente al proceso histórico, formando un "reflejo" invertido de la realidad histórica. No puede negarse que el empleo de metáforas generalmente es índice de problemas teóricos no resueltos. A pesar de la riqueza de sugerencias que pueda tener, la metáfora de la cámara oscura para explicar la ideología, revela una debilidad en el aparato conceptual que Marx empieza a construir en este texto; lo dicho por Marx así, no tiene carácter explicativo. Como el propio Engels lo señala, años más tarde, en una carta a Mehring de julio de 1893, refiriéndose a sus trabajos con Marx: "En lo que nosotros más insistíamos -y no podíamos por menos de hacerlo así- era en derivar de los hechos económicos básicos las ideas políticas, jurídicas, etc., y los actos condicionados por ellas. Y al proceder de esta manera, el contenido nos hacía olvidar la forma, es decir, el proceso de génesis de estas ideas, etc." (Marx y Engels, Obras escogidas, T. II, p. 499).

En efecto, en esta obra Marx no explica cuál es el origen del "reflejo", estableciendo únicamente una relación entre ideología y causas económicas, tesis que requiere ser desarrollada en un sentido positivo, científico, y no sólo en el contexto de la crítica filosófica al discurso idealista de los filósofos neohegelianos.

4.2. Fuertemente vinculadas a la noción de ideología están las anotaciones que hace Marx alrededor de la noción de conciencia. Lo primero que nos dice Marx en relación a este problema es que "no es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia" (IA, p. 26). El análisis de la con-

ciencia tiene que partir de la consideración de ésta en el marco de las determinaciones específicas en las que el individuo es conciente. "La conciencia no puede ser nunca otra cosa -escribe Marx- que el ser consciente, y el ser de los hombres es su proceso de vida real" (IA, p. 26). Lo que existe, pues, son hombres que son concientes de algo, y no una conciencia pura, abstracta, desvincu-lada del mundo real del cual es conciencia. "El 'espíritu' -afirma Marx- nace ya tarado con la maldición de estar 'preñado' de materia, que aquí se manifiesta bajo la forma...del lenguaje" (IA, p. 31). La materialidad que determina siempre a la conciencia es el lenguaje. El lenguaje es la conciencia práctica, la conciencia real, es la realidad inmediata del pensamiento. Así como los hombres no producen su conciencia y su pensamiento en tanto que seres abstractos, sino en tanto que individuos determinados por su vida productiva, del mismo modo el lenguaje no forma una realidad subsistente por sí misma, sino que nace de la necesidad de los hombres por relacionarse.

De lo primero que son concientes los hombres es de su propia actividad productiva, de su proceso real de vida. La conciencia de los hombres es, como su vida material, un producto social: es decir, el producto de su actividad económica y social. No se le puede separar, entonces, de las relaciones sociales que establecen los hombres en esa actividad de las que constituye su expresión. La conciencia -los pensamientos y representaciones de los hombres- no son sino el eco de ese proceso de vida, por lo que para comprender la conciencia y sus productos ideológicos es necesario partir del proceso real.



Marx encuentra que la explicación del proceso por el cual la conciencia se convierte en una entidad subsistente por sí misma está en la división del trabajo. La inversión de las relaciones entre la realidad y la conciencia -que es lo característico de la ideología- tiene su origen en la división del trabajo, sobre todo en la escisión entre trabajo manual y trabajo intelectual.

El pensamiento y la conciencia, siempre estrechamente unidos a las condiciones generales de vida de los hombres, se desarrollan y se transforman junto con las relaciones sociales. El trabajo intelectual se desarrolla, pues, y empieza a aparecer como algo independiente y autónomo; la conciencia aparece -o más bien se imagina- como algo distinto de la conciencia de la vida práctica: "se halla la conciencia -dice Marx- en condiciones de emanciparse del mundo y entregarse a la creación de la teoría 'pura'" (IA, p. 32) La conciencia, en estas condiciones, cree representar algo real y no representa sino "espectros", "entes superiores", "nexos", que no son sino una "expresión espiritual puramente idealista" (IA, p. 33).

Si bien la consideración del origen de la ideología por medio de la división del trabajo es abandonada por Marx (al menos no vuelve a considerarlo luego como condición única de la aparición de la ideología), constituye un puente que le permitirá explicar la función social de la ideología. Como decíamos más arriba, la tesis de Althusser según la cual La ideología alemana es positivista, es sólo una tendencia, no cumplida totalmente, en cuanto pasamos al análisis del funcionamiento de la ideología. Hasta ahora, el planteamiento de Marx ha apuntado a la crítica de la con-

cepción neohegeliana según la cual el principio de explicación de la historia serían las ideas. Para Marx, decíamos, es la vida material de los hombres -y no su ideología o su conciencia- la que explica su historia. A partir de esta tesis Marx descubrirá un elemento fundamental para una teoría materialista de la ideología: la función social de la ideología, ligada al funcionamiento del Estado, considerado éste como instrumento de dominio al servicio de la clase dominante. El Estado sería el aparato que constituye ideas y temas en dominantes.

Son estas "contradicciones" (la ideología no es nada y sin embargo cumple una función determinada), estos saltos en el discurso de Marx, lo que nos recuerda que estamos frente al primer intento por formular de manera rigurosa la teoría que permitirá no sólo explicar el proceso histórico sino intervenir en él correctamente. La tentación constante de La ideología alemana de reducir la ideología -y con ella la filosofía y la política- a un puro fenómeno de lo económico, empieza, pues, a desvanecerse cuando Marx enuncia que "las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época" (IA, p. 50).

4.3. Una clase es dominante porque controla y se apropia de los medios de producción material. Esta apropiación sobre los medios de producción económica favorece, al mismo tiempo, el control de los medios de producción ideológica: al disponer de las instituciones en las que se producen las ideas según las cuales los hombres se representan sus condiciones de vida y las relaciones entre ellos, la clase dominante puede ejercer su poder sobre las clases que carecen tanto de la propiedad de los medios de produc-

ción económica como de los de producción 'espiritual', como les llama Marx.

Para Marx es evidente que la dominación de una clase no podría mantenerse si sus ideas fueran presentadas como un conjunto de intereses particulares: el enfrentamiento y contraposición con las demás clases sería inevitable. La clase dominante se esfuerza en justificar y en hacer prevalecer sus intereses de clase por medio de la ilusión de que éstas representan los intereses de toda la sociedad. Al separar los principios generales bajo los que oculta sus intereses particulares, de las relaciones sociales que los determinan, les otorga un valor absoluto y los transforma en ideas, viendo en ellas el elemento determinante de la historia. Pero, "las ideas dominantes -señala Marx- no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, las mismas relaciones materiales dominantes concebidas como ideas; por tanto las relaciones que hacen de una determinada clase la clase dominante son también las que confieren el papel dominante a sus ideas" (IA, pp. 50-51). La ideología constituye, entonces, un sistema de ideas que expresan las relaciones materiales sociales, pero su existencia es necesaria en tanto que no se limita a ser el eco en el plano de las ideas de las relaciones sociales existentes, sino que funciona como un mecanismo de ilusión social cuyo fin es mantener la dominación de una clase mediante el ejercicio del poder espiritual sobre las clases desposeídas. A los valores, intereses y fines que responden únicamente a los requerimientos particulares de la clase dominante, la ideología los dota de un significado universal, válido para todos los miembros de la so-

ciudad. La ideología dominante presenta, entonces, las ideas de la clase dominante como las únicas racionales, otorgándoles una vigencia absoluta, universal.

Como ya decíamos, la acentuación de la escisión entre trabajo manual y trabajo intelectual es, para Marx, una de las condiciones de la aparición de la ideología -en el sentido que se le da en este texto. Esta división se manifiesta también en el seno de la clase dominante, de tal modo que una parte de sus miembros -los ideólogos, los pensadores, los llama Marx- se ocupan del trabajo intelectual y tienen como función: pensar. El resto de la sociudad se limita a aceptar pasivamente las ideas, las ilusiones construídas por esta categoría de individuos. Esto contribuye a que la realidad empiece a ser percibida como algo distinto de las ideas: la realidad social material se ve separada de la conciencia social. Esta separación llega tan lejos como para hacerles creer a los ideólogos que la realidad se encuentra determinada por las ideas. El "espíritu" se convierte en un elemento independiente de la realidad material, en una potencia superior a ella. Por eso los filósofos especulativos reducen su intento de hacer la revolución a una crítica de las ideas, pues actúan bajo la ilusión ideológica de que el espíritu determina la realidad.

En efecto, aisladas de las relaciones sociales, separadas de las ideas dominantes de la clase dominante, se hace posible la ilusión según la cual el hecho real de la dominación es explicado a partir de la evidencia de la dominación de ciertas ideas, que dominarían por su racionalidad universal. Esta ilusión sólo puede ser suprimida, para Marx, mediante la supresión de las relacio

nes sociales que le dieron origen: "Toda esta apariencia según la cual la dominación de una determinada clase no es más que la dominación de ciertas ideas, se esfuma, naturalmente, de por sí, tan pronto como la dominación de clases en general deja de ser la forma de organización de la sociedad, tan pronto como...ya no es necesario presentar un interés particular como general o hacer ver que es 'lo general' lo dominante" (IA, p. 52).

5. Marx expone los principios fundamentales del materialismo histórico o ciencia de la historia, no de manera sistemática, sino con la ayuda de un análisis crítico de los principales períodos de la historia. Marx refuta a los historiadores burgueses por el descuido sistemático del hecho de que los hombres producen su vida material y, por lo tanto, el descuido de las relaciones económicas y sociales engendradas por esta producción. Los historiadores ingleses y franceses le han dado una base más sólida a sus concepciones al hacer un análisis de la sociedad, pero siguen teniendo una concepción idealista de la historia al creer que la historia se encuentra determinada por causas religiosas o políticas. Por su parte, los filósofos alemanes reducen la historia al desarrollo del Espíritu, es decir, a una sucesión de ideas que tiene lugar independientemente de los hombres que las conciben y de sus relaciones económicas y sociales. Marx plantea, por el contrario, que la historia real comienza ahí en donde termina la especulación. En su concepción de la historia parte, no de abstracciones y conceptos, sino del hombre concreto considerado en su actividad productiva, es decir, en sus relaciones económicas y sociales. Mien-

tras que para Marx la filosofía alemana "desciende del cielo sobre la tierra", en su concepción se "asciende de la tierra al cielo...se parte del hombre que realmente actúa" (IA, p. 26). Marx parte de premisas reales: de los individuos reales, de su acción y de sus condiciones materiales de vida. "Las premisas de que partimos -nos dice- no tienen nada de arbitrario, no son ninguna clase de dogmas, sino premisas reales, de las que sólo es posible abstraerse en la imaginación...Estas premisas pueden comprobarse, consiguientemente, por la vía puramente empírica" (IA, p. 19).

Marx opone a la especulación filosófica, el recurso a lo empírico y a los hechos. Su posición polémica lo lleva así a construir y definir el objeto teórico de la nueva ciencia como algo que estaría ahí de manera transparente. Este "recurso a los hechos" -tendencia empirista del discurso de Marx- puede funcionar como el recubrimiento ideológico de la construcción científica que aquí se inicia. Las "premisas reales" de las que parte Marx han sido, de hecho, construidas teóricamente; pero este movimiento es denegado en función de la búsqueda de una justificación o garantía teórica-filosófica de su discurso, aun cuando en su práctica científica su discurso mismo es la negación de este nivel de empirismo. Toda la obra posterior de Marx nos mostrará, cada vez con mayor consistencia, que para él, el funcionamiento científico correcto consiste, por el contrario, en construir los conceptos fundamentales del materialismo histórico, en partir de abstracciones científicas, que permitan definir el proceso real que se pretende explicar.<sup>9</sup>

Otro problema con el que nos topamos en este texto consiste

en que Marx repite varias veces la formula según la cual hay algunas premisas que son determinantes de lo demás pero no nos dice porqué es así. La afirmación de estas premisas sin demostración -serían más bien posiciones filosóficas y no conocimientos científicos- es lo que da lugar a que el materialismo de Marx pueda ser interpretado de manera mecanicista. Parecería que Marx establece una jerarquía de materialidad cuando de lo que se trata es de una jerarquía de determinaciones.

Al intentar determinar el empirismo que aparece en este texto, es necesario considerar la crítica que hace Marx a otra forma de empirismo que él califica de "abstracto". El discurso de Marx "parte de las condiciones reales y no las pierde de vista ni por un momento. Sus condiciones son los hombres, pero no vistos y plasmados a través de la fantasía, sino en su proceso de desarrollo real y empíricamente registrable, bajo la acción de determinadas condiciones" (IA, p. 27). En cambio, el empirismo abstracto sitúa en la base de su consideración una realidad indeterminada, abstracta. El empirismo humanista abstracto habla de una "naturaleza humana", abstracción estática que no reúne condiciones para vincular entre sí los hechos. Si bien parte de los hombres, no se trata de hombres "determinados", sino de hombres fijados en una representación unitaria abstracta de la "naturaleza humana" y por tanto aislados entre sí. Para Marx, "tan pronto como se expone este proceso activo de vida, la historia deja de ser una colección de hechos muertos, como lo es para los empiristas, todavía abstractos, o una acción imaginaria, como para los idealistas" (IA, p. 27).

5.1. La concepción materialista de la historia se presenta, entonces, como la adecuación directa a la realidad tal como se manifiesta empíricamente. Así, "la primera premisa de toda historia humana es la existencia de individuos humanos, vivientes. El primer estado de hecho comprobable es, por tanto, la organización corpórea de estos individuos y, como consecuencia de ello, su comportamiento hacia el resto de la naturaleza" (IA, p. 19). Asimismo, la historiografía tiene que partir de los "fundamentos naturales" -condición física del hombre y las condiciones naturales con las que se encuentra- y tomar en cuenta la modificación que experimentan por la acción de los hombres en el curso de la historia.

La actividad productiva desempeña un papel fundamental en la organización y el desarrollo de la vida humana. Si el hombre se distingue del animal es justamente por su actividad productiva, aquello que Marx llama el primer hecho histórico: la producción por los hombres de sus medios de vida, y de manera indirecta, la producción de su propia vida material. El modo como los hombres producen es tan importante, que lo que los hombres son, depende de lo que producen y cómo lo producen: "Tal y como los individuos manifiestan su vida, así son. Lo que son coincide, por consiguiente, con su producción, tanto con lo que producen como con el modo cómo producen. Lo que los individuos son depende, por tanto, de las condiciones materiales de su producción" (IA, pp. 19-20).

Es el desarrollo de la producción lo que determina, pues, el establecimiento de relaciones sociales entre los hombres. Las primeras relaciones engendradas por la producción y por la procreación, se presentan en esta primera etapa del desarrollo de la his



toria humana únicamente como relaciones de parentesco. A medida que aumentan las necesidades y que se desarrollan los instrumentos de producción necesarios para su satisfacción, las relaciones sociales se van haciendo cada vez más complejas. La inmadurez de este texto nos enfrenta -una vez más- a insuficiencias conceptuales y ambigüedades en el establecimiento de la bases de la nueva teoría. Parecería, por una parte, que Marx, si bien rechaza la tesis de que las necesidades humanas son la expresión de una "naturaleza humana" ahistórica al sostener que son un producto social, cae en la ilusión de sostener que la producción no tendría otra función que la de satisfacer necesidades. Sin embargo, ya apunta al hecho de que la producción determina el consumo, al sostener que la "condición fundamental" de toda la historia es la producción. Por otra parte, a pesar de los escasos conocimientos antropológicos disponibles, Marx afirma que las necesidades humanas aumentaron y que esto determinó el que hubieran relaciones sociales más complejas. Parecería que en la explicación de la historia se parte de un solo principio básico del cual se seguiría un desarrollo histórico real. En realidad, al sostener más tarde que no hay desarrollo de las fuerzas productivas en general -sino que hay desarrollo feudal, capitalista, de las fuerzas productivas- será necesario reconocer la complejidad originaria de las relaciones sociales y el hecho de que no hay producción sin relaciones sociales. Ya aquí Marx señala que hay una estrecha conexión entre la producción de la vida material, la creación de los medios de producción para satisfacer necesidades y las relaciones sociales determinadas por el modo de producción específico: "estos tres as

pectos de la actividad social no deben considerarse como tres fases distintas, sino sencillamente como eso, como tres aspectos o, para decirlo a la manera alemana, como tres 'momentos' que han existido desde el principio de la historia y desde el primer hombre y que todavía hoy siguen rigiendo en la historia" (IA, pp. 29-30). A lo largo de todo el proceso histórico es necesario, pues, tomar en cuenta estos tres aspectos, que no son etapas cronológicamente determinadas, sino tres factores igualmente originarios del proceso histórico, condiciones de posibilidad de toda la historia.

Marx substituye así la concepción idealista hegeliana de la unión del sujeto y el objeto en la Idea por la concepción materialista de la unión entre los hombres y su medio natural y social como resultado de las relaciones que se establecen en el proceso de producción entre el individuo, la naturaleza y la sociedad. Por eso escribe: "Nos encontramos, pues, con el hecho de que determinados individuos, que, como productores, actúan de un determinado modo, contraen entre sí estas relaciones sociales y políticas determinadas, La observación empírica tiene necesariamente que poner de relieve en cada caso concreto, empíricamente y sin ninguna clase de falsificación, la trabazón existente entre la organización social y política y la producción" (IA, p. 25).

5.2. En contra de las otras concepciones de la historia que han hecho caso omiso de la "base real" de la historia, o bien la han considerado como algo que no tiene nada que ver con el proceso histórico, explicándola a partir de abstracciones válidas a priori, de representaciones fijas, Marx insiste en la vía de la obser

vación empírica, en la exposición real de las cosas, es decir, en la exposición del proceso de desarrollo de los hombres. Para Marx, puesto que la vida de los hombres está determinada por lo que producen y por el modo como lo producen, en contra de aquellos que parten de que lo determinante son las ideas o la política, para comprender la historia, sostiene que es necesario partir del desarrollo de la producción, de premisas empíricamente comprobables.

Tanto la acción de los hombres como el proceso real de su vida en cada época histórica son empíricamente comprobables, por lo que el nuevo discurso se opone radicalmente a cualquier tipo de filosofía especulativa: "Allí donde termina la especulación -escribe Marx- en la vida real, comienza también la ciencia real y positiva, la exposición de la acción práctica, del proceso práctico de desarrollo de los hombres" (IA, p. 27). El saber real, la ciencia, consiste en la descripción del proceso real, en la exposición de la realidad. Marx critica la abstracción -perteneciente a la teoría, a la filosofía- y la opone a lo concreto, es decir, a lo real mismo. Las abstracciones -la teoría- sólo pueden servir, para Marx, para facilitar la ordenación del material histórico, pero no pueden pretender el rango que les da la filosofía especulativa, esto es, la función de "patrón" explicativo cuya validez es a priori. La filosofía especulativa, al lado de la verdadera ciencia, desaparece y en su lugar "puede aparecer a lo sumo un compendio de los resultados más generales abstraídos de la consideración del desarrollo histórico de los hombres (IA, p. 27). El discurso filosófico idealista es lo opuesto del discurso científico:

mientras que el primero pretende que la historia debe ajustarse a sus abstracciones, la concepción materialista de la historia pone el acento en la observación y el estudio directos del proceso histórico.

Basándose en la "Introducción de 1857", en donde Marx concibe el proceso de conocimiento de una manera totalmente distinta, afirmando que todo el proceso de conocimiento científico comienza por una abstracción, una generalidad, y no por concretos reales, Althusser señala que esta crítica de Marx que opone la abstracción, que pertenece a la teoría, a lo concreto, que sería lo real mismo, es todavía una crítica ideológica, ya que niega la realidad de la práctica científica. Las abstracciones para Marx no tienen en La ideología alemana más validez que la de cumplir una función meramente ordenadora. Marx pretende que su ciencia sea real y positiva únicamente por tener como finalidad lo concreto. Es decir, para Marx su concepción produce el conocimiento de la historia con solo tener por referencia el proceso real, pero deja inadvertido que tal conocimiento es efecto de un trabajo teórico específico: el conocimiento de la realidad no se encuentra en ésta como algo que simplemente hay que descubrir. El conocimiento de la realidad pasaría por la definición teórica de esa realidad y, por lo tanto, no podría reducirse a la observación empírica de la misma. La ciencia no consiste en la descripción de la realidad, sino en la explicación de la misma. Es necesario repetir una vez más que por su polémica anti-ideológica, preocupado fundamentalmente por enfrentar críticamente las pseudo-explicaciones de la realidad a partir de lo que se piensa sobre esa realidad, Marx enfati-

za la subordinación del discurso científico a la exposición de la realidad. Comienza por construir y definir teóricamente su objeto de conocimiento y, al mismo tiempo, se remite constantemente al objeto llamado real, que estaría ahí, transparente.

La crítica de Marx a la filosofía parecería liquidar para siempre toda tarea filosófica. Pero, una cosa es rechazar que de premisas teóricas abstractas, de principios generales a priori, se puedan deducir conocimientos científicos particulares, poniendo fin así a la ilusión de un conocimiento filosófico de los objetos científicos, y otra muy distinta es negar cualquier manera de practicar la filosofía. En la medida en que toda práctica científica supone el funcionamiento -implícito o explícito- de tesis filosóficas, Marx inicia una nueva forma de practicar la filosofía buscando que las tesis de esta nueva filosofía estén al servicio de la ciencia, que le sirvan para abrirle camino y no de obstáculo a su desarrollo, por lo que dicha filosofía debe basarse en el estudio objetivo de las condiciones reales del proceso histórico.<sup>10</sup>

6. A lo largo de La ideología alemana, Marx va estableciendo las grandes líneas de una concepción completamente nueva de la historia: "Esta concepción de la historia consiste, pues, en exponer el proceso real de producción, partiendo para ello de la producción material de la vida inmediata, y en concebir la forma de intercambio correspondiente a este modo de producción y engendrada por él, es decir la sociedad civil en sus diferentes fases, como el fundamento de toda la historia, presentándola en su acción en cuanto Estado y explicando en base a ella todos los diversos pro-

ductos teóricos y formas de la conciencia, la religión, la filosofía, la moral, etc., así como estudiando a partir de esas premisas su proceso de nacimiento, lo que, naturalmente, permitirá exponer las cosas en su totalidad (y también, por ello mismo, la acción recíproca entre estos diversos aspectos)" (IA, p. 40). Para Marx, la historia es un proceso, un proceso inteligible cuya determinación esencial es la transformación de la naturaleza por el trabajo del hombre y a través de esto, la transformación de los hombres mismos.

Su discurso implica la representación del "proceso de desarrollo real": no sólo se trata de exponer los hechos que constituyen este proceso, sino que, puesto que para Marx la historia es un modo organizado de desarrollo, es un proceso, es necesario mostrar los vínculos que unen unos hechos con otros, de manera que la historia no aparezca como "una colección de hechos muertos", es decir, aislados. La exposición de este proceso está completamente condicionada por éste, ya que la representación del mismo se forma sin alejarse "ni por un momento" del proceso real. No se trata pues, de una concepción abstracta de "proceso" esto es, el proceso del que habla Marx no se reduce a una serie de pensamientos é ideas abstractas vinculadas entre sí, sino que el proceso real es una serie de hechos y de relaciones en el cual son "empíricamente comprobables" tanto los hechos mismos como su vinculación y sucesión. El propio vínculo que une a los hechos entre sí es un hecho: es el caso, por ejemplo, del nexo que vincula el modo de producción material con las relaciones sociales.

El nuevo discurso científico ha determinado como su propio

objeto teórico las distintas formas de la práctica social y su articulación, y una de sus características fundamentales es que permite exponer las cosas en su totalidad, es decir, mostrar la articulación existente entre el conjunto de las transformaciones políticas, el carácter de la propiedad, la forma del Estado, el conjunto de las transformaciones ideológicas y la historia de la producción de bienes materiales. La teoría materialista de la historia intenta, pues, dar cuenta de lo social, en sus múltiples aspectos, es decir, el proceso de exposición tiene que dar cuenta de las distintas determinaciones que rigen el proceso histórico y mostrar las articulaciones decisivas del todo social.

Lo determinante en el proceso histórico es el modo de producción: la producción ocupa un lugar privilegiado ya que ella es la que ordena en "última instancia" los múltiples aspectos de la estructura social. En este texto, al decir que la producción es condición necesaria de toda sociedad, Marx afirma la primacía del proceso material sobre el proceso espiritual o, en otras palabras, la determinación de lo espiritual por lo material. "Los hombres tienen historia -escribe Marx- en una glosa marginal- porque se ven obligados a producir su vida y deben, además, producirla de un determinado modo: esta necesidad está impuesta por su organización física y otro tanto ocurre con su conciencia" (IA, p. 31). Sin embargo, a pesar de su importancia, la producción y las relaciones que de ella resultan, sólo se constituyen y funcionan gracias a la presencia de otras manifestaciones sociales, a saber, las políticas y las ideológicas. En textos posteriores esta determinación quedará formulada en el sentido de que la práctica econó

mica es lo que está en juego (en "última instancia") en el proceso de transformación de toda sociedad.<sup>11</sup>

La historiografía anterior, al hacer caso omiso de la "base real" de la historia, esto es, de los distintos modos de producción, gira en torno a pensamientos puros o a una concepción ideológica e idealista del papel de las ideologías, que desconoce qué es lo que determina los actos políticos, las luchas religiosas o las confrontaciones ideológicas -únicos hechos que registra como históricos-, cayendo así en la ilusión de suponer que el desarrollo del proceso depende de lo que los hombres se representan como tal: "Por eso, esta concepción sólo acierta a ver en la historia las acciones políticas de los caudillos y del Estado, las luchas religiosas y las luchas teóricas en general. Por ejemplo, una época se imagina que se mueve por motivos puramente 'políticos' o 'religiosos', a pesar de que la 'religión' o la 'política' son simplemente las formas de sus motivos reales: pues bien, el historiador de la época de que se trata acepta sin más tales opiniones. Lo que estos determinados hombres se 'figuraron', se 'imaginaron' acerca de su práctica real se convierte en la única potencia determinante y activa que dominaba y determinaba la práctica de estos hombres" (IA, pp. 41-42).

Veámos más detenidamente cómo explica Marx el nexo -relación empíricamente comprobable- entre el modo de producción y las relaciones sociales. Ya hemos dicho que la producción depende de la expansión de las necesidades de los hombres, y que se encuentra determinada por el crecimiento de la población y por la cantidad y naturaleza de las materias primas disponibles. Al no poder sa-



tisfacen sus necesidades aisladamente, los hombres se asocian en su trabajo con lo cual tanto su vida como su trabajo adquieren un carácter social, determinado por el modo cómo producen. De este modo, las relaciones sociales que se establecen entre los hombres dependen de las fuerzas productivas y se desarrollan en la medida en que se crean nuevas fuerzas productivas, es decir, instrumentos de producción más complicados, para la satisfacción de las nuevas necesidades. "De donde se desprende, -nos dice Marx- que un determinado modo de producción o una determinada fase industrial lleva siempre aparejado un determinado modo de cooperación o una determinada fase social, modo de cooperación que es, a su vez, una 'fuerza productiva'; que la suma de las fuerzas productivas accesibles al hombre condiciona el estado social y que, por tanto, la 'historia de la humanidad' debe estudiarse y elaborarse siempre en conexión con la historia de la industria y del intercambio" (IA, p. 30).<sup>12</sup>

Es el desarrollo de las fuerzas productivas, aquí en La ideología alemana, el que determina la transformación de las relaciones sociales.<sup>13</sup> La estructura de la sociedad depende, entonces, del modo de producción existente en un determinado momento histórico. Las fuerzas productivas y las relaciones sociales se transmiten de generación en generación de suerte que en cada fase histórica se encuentra un determinado resultado material que configura un nivel específico en el desarrollo de las fuerzas productivas y unas determinadas relaciones sociales. "Esta concepción -aclara Marx- revela que la historia no termina disolviéndose en la 'autoconciencia', como el 'espíritu del espíritu', sino que en

cada una de sus fases se encuentra un resultado material, una suma de fuerzas de producción, una relación históricamente creada con la naturaleza y entre unos y otros individuos, que cada generación transfiere a la que le sigue, una masa de fuerzas productivas, capitales y circunstanciales, que, aunque de una parte sean modificados por la nueva generación, dictan a ésta, de otra parte, sus propias condiciones de vida y le imprimen un determinado desarrollo, un carácter especial; de que, por tanto, las circunstancias hacen al hombre en la misma medida en que éste hace a las circunstancias" (IA, pp. 40-41). En la tercera de las Tesis sobre Feuerbach Marx señala que el hombre no es fuera de las circunstancias; los hombres son las circunstancias.

7. Si el desarrollo de las fuerzas productivas transforma las relaciones sociales es porque este desarrollo engendra nuevas formas de división del trabajo y nuevas formas de propiedad que modifican las relaciones sociales. "Toda nueva fuerza productiva, cuando no se trata de una simple extensión cuantitativa de fuerzas productivas ya conocidas con anterioridad...trae como consecuencia un nuevo desarrollo de la división del trabajo...Las diferentes fases de desarrollo de la división del trabajo son otras tantas formas distintas de la propiedad; o, dicho en otros términos, cada etapa de la división del trabajo determina también las relaciones de los individuos entre sí, en lo tocante al material, el instrumento y el producto del trabajo" (IA, pp. 20-21).

Marx establece la división del trabajo como una invariante de las sociedades divididas en clases. Todas las variaciones -las

diferentes modalidades que asume la división del trabajo- de esta invariante remiten a las modificaciones que se suceden en las formas de propiedad. La división del trabajo determina, explica Marx, la distribución de los medios de producción, de la propiedad sobre ellos y en consecuencia, determina también la repartición del producto del trabajo social. Por ello las distintas etapas en la división del trabajo determinan estadios diferentes en las relaciones que contraen los hombres en el proceso de producción de sus condiciones de existencia.

La división del trabajo aparece, entonces, como el origen de la propiedad privada. En este texto "división del trabajo" y "propiedad privada" son conceptos inseparables: "Con la división del trabajo...se da, al mismo tiempo, la distribución y, concretamente, la distribución desigual, tanto cuantitativa como cualitativa del trabajo y de sus productos; es decir, la propiedad" (IA, p. 33). La propiedad privada en general no es sino el efecto de la división del trabajo, y así como la propiedad capitalista no es transhistórica, como sostenía la economía vulgar anterior, también es cuestionable el proceso de división de donde surgió.

Marx determina el origen de la división del trabajo tomando como base, otra vez, los pobres conocimientos antropológicos de la época, considerándolos como "hechos concretos". La división del trabajo tendría su origen en la diferencia de aptitudes naturales de los individuos y de las distintas necesidades y circunstancias naturales en las que se encontraban: "se desarrolla la división del trabajo, que originariamente no pasaba de la división del trabajo en el acto sexual y, más tarde, de una división del

trabajo introducida de un modo 'natural' en atención a las dotes físicas..., a las necesidades, las coincidencias fortuitas, etc, etc,"(IA, p. 32). Puesto que la división del trabajo se desarrolla al mismo tiempo que se desarrollan las fuerzas productivas, las condiciones cada vez más complejas en que los hombres producen su vida material, condujeron a una creciente división del trabajo que trajo como consecuencia la separación entre la ciudad y el campo, entre la agricultura y la industria y la oposición entre los intereses de cada uno de estos sectores. La especialización cada vez mayor en la producción y la circulación de mercancías originan la separación entre industria y comercio.

Siguiendo un típico esquema evolucionista, Marx hace una breve exposición histórica mostrando las consecuencias de la división del trabajo, en la separación de la industria y el comercio de la agricultura, de la ciudad del campo; muestra también la identidad entre las diferentes etapas del desarrollo de la división del trabajo y las distintas formas de propiedad, caracterizando éstas últimas desde la propiedad tribal, feudal, corporativa, hasta el surgimiento de las monarquías nacionales. Habría así, una sucesión continua de los distintos modos de producción que, en lugar de ser considerados como momentos históricos, se engendrarían unos a otros, a partir de un mismo tronco común: el desarrollo de las fuerzas productivas, que a su vez engendra nuevas formas de división del trabajo. Siguiendo este esquema, el comunismo vendría a ser el resultado natural de una evolución, resolviéndose de este modo el problema de darle a esta "etapa" una explicación objetiva, científica.

Con todo, el análisis del desarrollo histórico cada vez más determinado y concreto exigido por la concepción materialista de la historia, llevan a Marx a demostrar que la creciente división del trabajo no es sino en apariencia un "régimen natural". El proceso histórico muestra un tránsito de la división "natural" a la división social del trabajo. Este proceso, aparentemente justificado por razones técnicas, no conduce a una simple división técnica del trabajo sino a una verdadera división social, determinando así una forma específica de relaciones sociales. "La división del trabajo sienta ya de antemano las premisas para la división de las condiciones de trabajo, las herramientas y los materiales y, con ello, para la diseminación del capital acumulado entre diferentes propietarios y, por consiguiente, también para la diseminación entre el capital y el trabajo y entre las diferentes formas de la misma propiedad" (IA, 77-78).

El desarrollo de las formas productivas bajo el régimen de la propiedad privada conduce, entonces, a la concentración de ésta en manos de una minoría, lo cual tiene como consecuencia la opresión y explotación de los no-poseedores. En otras palabras, la división del trabajo conduce a la división social en clases antagónicas, determinando así la situación social y las condiciones de vida de los hombres. Por ello escribe Marx, en relación con el desarrollo de la clase burguesa: "Las condiciones de vida de los diferentes burgueses o vecinos de los burgos o ciudades, empujadas por la reacción contra las relaciones existentes o por el tipo de trabajo que ello imponía, convertíanse al mismo tiempo en condiciones comunes a todos ellos e independientes de cada indivi

duo...éstas condiciones comunes se desarrollaron hasta convertirse en condiciones de clase" (IA, p. 60).

Los textos de juventud de Marx están dominados por una concepción antropológica según la cual el hombre es el objeto del discurso teórico, y cuya problemática central era la de la deshumanización y humanización del hombre, de la negación y realización de su esencia.<sup>14</sup> En La ideología alemana Marx rompe con esta problemática de lo humano, afirmando lo anunciado en la sexta Tesis sobre Feuerbach: "La esencia humana no es algo abstracto e inmanente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales" (Tesis sobre Feuerbach, p. 667). Ya vimos que los hombres no son algo distinto y separado de la producción de las condiciones de su vida; el hombre es un producto social, es decir, el hombre se encuentra determinado por las relaciones sociales de producción. Por ello, el hombre no puede ser concebido como individuo aislado, sino en la esfera de las relaciones sociales: "El descubrimiento fundamental de Marx estaría en que, teóricamente hablando, el hombre no existe, sino las relaciones sociales" (Sève, Marxisme et théorie de la personnalité, p. 92).<sup>15</sup> Ya no tiene, pues, sentido hablar de una "esencia" humana o del hombre simplemente, considerado al margen de sus relaciones sociales: cualquier discurso que considere al hombre al margen de dichas relaciones, es especulativo e ideológico, en tanto que oculta a los hombres realmente existentes y activos. El concepto de esencia es considerado por Marx como una abstracción vacía, que forma parte de las ilusiones de la filosofía, puesto que en La ideología alemana es la "suma de fuerzas de producción, capitales

y formas de intercambio social con que cada individuo y cada generación se encuentran como con algo dado es el fundamento real de lo que los filósofos se representan como la 'sustancia' y la 'esencia del hombre'" (IA, p. 41). El discurso de Marx consigue "prescindir de los servicios teóricos del concepto hombre" (Althusser) colocando, como veremos, a la lucha de clases en el primer plano, y comprendiendo así la historia como proceso sin sujeto.

Es claro, pues, que para Marx los individuos no existen sino como sujetos a una determinada función social, ocupando un determinado lugar en las relaciones sociales. Este estar sujeto de los hombres condiciona su existencia, su ideología y sus posibilidades mismas. Al margen de estas relaciones de clase, que los sujetan y los determinan, los individuos son una pura abstracción.<sup>16</sup>

Además de la contraposición entre trabajo urbano y trabajo rural que Marx considera como decisiva, "la división del trabajo sólo se convierte en verdadera división a partir del momento en que se separan el trabajo físico y el intelectual" (IA, p. 32). Con esta escisión se configura de manera acabada la división entre dominantes y dominados. Se da no sólo la posibilidad, explica Marx, sino "la realidad de que las actividades espirituales y materiales, el disfrute y el trabajo, la producción y el consumo, se asignen a diferentes individuos" (IA, p. 33).

La división del trabajo es, entonces, la causa tanto de la propiedad privada como de las clases sociales: es bajo su acción que se constituye tanto la división social general entre explotadores y explotados como las fracciones en el interior de una clase (burguesía industrial, comercial, etc.).

El desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales, condicionado por la división del trabajo, determinan, pues, la formación de las clases, las condiciones de vida de los individuos y, la formación, desarrollo y carácter particular del Estado y las naciones.

Marx concede, como hemos visto, una gran importancia a la división del trabajo, a la que describe "como una de las potencias fundamentales de la historia" (IA, p. 51). En este texto, este concepto desempeña el papel principal, dominando casi por completo la teoría de la historia, cuya construcción ahí se inicia. Así como en los Manuscritos de 1844 el concepto de enajenación jugaba un papel básico, al ser planteado como origen de la propiedad, en La ideología alemana, el concepto de división del trabajo toma este lugar. El movimiento hacia el comunismo en los Manuscritos era la cancelación de la enajenación; en La ideología alemana dicho movimiento es la eliminación de la división social del trabajo.

La división del trabajo tienen como consecuencia provocar la contradicción entre el interés particular del individuo y el interés general de la comunidad. En tanto que para Marx los individuos aislados y autónomos no existen, sino que constituyen una realidad concreta (la única decía Marx) en la medida en que están relacionados entre sí, este interés común, explica Marx, "no existe, ciertamente, tan sólo en la idea, como algo 'general', sino que se presenta en la realidad, ante todo como una relación de mutua dependencia de los individuos entre quienes aparece dividido el trabajo" (IA, p. 34). Este interés común, que no es otra cosa que la interdependencia concreta y real de los individuos que se



dividen el trabajo, entra en contradicción con los intereses particulares específicos de clase. Marx muestra como de la división del trabajo "natural", propia de la sociedad burguesa, en donde las actividades sociales son impuestas, fijadas como resultado de la división forzada del trabajo, "los actos propios del hombre se erigen ante él en un poder ajeno y hostil, que le sojuzga, en vez de ser él quien los domine" (IA, p. 34). Marx retiene así la noción de enajenación -a pesar de su rechazo explícito- pero aquí aparece en un contexto distinto al de los Manuscritos: el tema de la enajenación es desarrollado, no a partir del análisis de una esencia abstracta del hombre, sino a partir de relaciones sociales objetivas, a partir de la contraposición entre la sociedad burguesa en donde se da una "consolidación de nuestros propios productos en un poder material erigido sobre nosotros, sustraído a nuestro control" (IA, p. 34); y la futura sociedad comunista, donde los individuos podrán elegir libremente su ocupación.<sup>17</sup>

8. La última consecuencia de la división del trabajo es el Estado, que surge de la "plasmación de las actividades sociales" y del antagonismo entre interés particular e interés común que resulta de la división forzada del trabajo. Esta contraposición entre el interés particular de un grupo o de una clase, esto es, de individuos que ocupan un mismo lugar en la estructura social, y el interés común que resulta de la mutua dependencia de los hombres, determinada por la división del trabajo, parece resolverse en el Estado: "...cobra el interés común, en cuanto Estado, una forma propia e independiente, separada de los reales intereses particula-

res y colectivos y, al mismo tiempo, como una comunidad ilusoria, pero siempre sobre la base real de los vínculos existentes..." y en "base de las clases, ya condicionadas por la división del trabajo...y entre las cuales hay una que domina sobre las demás" (IA, p. 35). En virtud de que los hombres mantienen intereses reales y particulares contrapuestos, contraposición que podría conducir a un enfrentamiento, el mantenimiento y reproducción de la organización social requiere de una instancia que en principio se presente como capaz de neutralizar esa contraposición, conciliando los intereses particulares antagónicos. El Estado aparece, entonces, como un poder exterior a la sociedad que se desarrolla de manera independiente, y capaz de conciliar los intereses particulares en el interés común.

Marx muestra en este texto que el Estado no constituye esa forma independiente, separada de los intereses particulares, aun cuando logre crear la ilusión de ser ese arbitro que estaría por encima de las clases.<sup>18</sup>

Así como el discurso científico de Marx cancela la escisión entre economía política e historia, por ello mismo rechaza también la separación entre sociedad civil y Estado. Marx entiende aquí por sociedad civil la forma de intercambio condicionada por las fuerzas de producción existentes y que a su vez las condiciona. La sociedad civil abarca todo el intercambio material de los individuos en una determinada fase de desarrollo de las fuerzas de producción; la sociedad civil se desarrolla, pues, basándose en la producción y el intercambio. La concepción histórica anterior, calificada por Marx de absurda, al escindir abstractamente

sociedad civil y Estado hace de la historia un proceso que se reduce a la acción pública estatal, o todavía peor, a las acciones de los jefes de Estado. Ya hemos dicho que justamente unos de los puntos de partida de la concepción materialista de la historia es la exposición del proceso real de producción, tomando como base la consideración del nivel alcanzado por el desarrollo de las fuerzas productivas, examinando el modo como los hombres producen las condiciones de su existencia. Por ello, esta concepción tiene que considerar la forma de intercambio correspondiente a este modo de producción o sea, la sociedad civil como "el verdadero hogar y es cenario de toda la historia..." (IA, p. 38).

El Estado no actúa de manera independiente sino como la acción de la organización política de la sociedad civil la cual "forma en todas las épocas la base del Estado y de toda otra supraestructura idealista..." (IA, p. 38). Marx no acepta que la sociedad civil sea el campo de batalla de las distintas clases y el Estado una organización política independiente, una instancia exterior a la sociedad civil, capaz de actuar como árbitro en la lucha que ahí se da.

Marx afirma que el Estado es la organización política de la sociedad civil, y es en esta organización en donde se expresa la relación que hay entre los intereses particulares. Si el Estado puede aparecer como representando los intereses generales comunes a todos los individuos, no es porque realmente represente de manera equitativa todos los intereses particulares contrapuestos, sino porque en realidad defiende los intereses de la clase dominante haciéndolos pasar por intereses generales, independientes de

las relaciones sociales. Marx sostiene que el Estado es siempre un Estado de clase, es la organización política de la clase dominante, y con esta tesis rompe con la teoría política que se mueve en el plano ilusorio de un Estado por encima de las clases.

El Estado moderno se constituye cuando nace la propiedad privada y desaparece la propiedad colectiva: "el Estado cobra -dice Marx- una existencia especial junto a la sociedad civil y al margen de ella" (IA, p. 72). En realidad, su existencia está subordinada a las relaciones sociales: cuando los intereses privados se transforman en intereses de clase, la clase dominante necesita un instrumento político por medio del cual pueda defender su interés de clase, bajo la forma de intereses generales. El Estado es, pues, el poder organizado: es la instancia que dirige en todos los sentidos la vida de la sociedad civil. Es el lugar donde se concentran las tomas de decisión a favor o en contra de los intereses particulares de cada clase. El Estado garantiza la eficacia de su acción sobre la base de esa ilusión de ser expresión del interés común, y en su pretensión de tener una existencia especial, independiente de la sociedad civil. Por esta razón, toda clase que aspire a implantar su dominación tiene que conquistar el poder político, para poder presentar su interés particular como el interés general. Tiene que controlar el "aparato" (la "máquina", como lo llamará Marx en El dieciocho Brumario) de poder desde el cual puede hacer pasar su dominación como el interés de toda la sociedad. Por ello escribe Marx: "Toda clase que aspire a implantar su dominación, aunque ésta, como ocurre en el caso del proletariado, condicione en absoluto la abolición de toda la forma de

la sociedad anterior y de toda dominación general, tiene que empezar conquistando el poder político, para poder presentar su interés general, cosa a que en el primer momento se ve obligada" (IA, p. 35).

Sin embargo, el Estado no es un simple instrumento en manos de la clase dominante. Las clases sólo actúan en función de su interés particular, que para ellos no coincide con el interés común; mientras que de real son los intereses particulares contrapuestos, el interés común es siempre "la forma ilusoria de la comunidad". Si el Estado es la clase dominante en tanto que organiza su dominación, su actuación se subordina a los intereses dominantes, pero, al mismo tiempo en que su práctica está orientada a la reproducción de la dominación, tiene que estarlo también hacia la consolidación de la ilusión de que representa el interés general. Así, "la lucha práctica de estos intereses particulares que constantemente y de un modo real se enfrentan a los intereses comunes o que ilusoriamente se creen tales, impone como algo necesario la interposición práctica y el refrenamiento por el interés 'general' ilusorio bajo la forma del Estado" (IA, pp. 35-36).

No sólo los intereses de las clases dominadas sino incluso los de la clase dominante deben ser frenados cuando ponen en peligro la existencia misma del sistema de dominación. Los burgueses mismos deben someterse al Estado, explica Marx, si quieren garantizar sus intereses. El Estado no tiene ninguna existencia especial, pero sí goza de una cierta "autonomía relativa".<sup>19</sup>

Respecto a la relación entre el Estado, el derecho y la propiedad, Marx afirma que así como el Estado no se determina a sí

mismo y no tiene un carácter absoluto, sino que es la forma bajo la cual la clase dominante hace valer sus intereses, también el derecho y la ley con los que afirma su poder están determinados por las relaciones sociales y cambian con éstas: "Como el Estado es la forma bajo la que los individuos de una clase dominante hacen valer sus intereses comunes y en la que se condensa toda la sociedad civil de una época, se sigue de aquí que todas las instituciones comunes tienen como mediador al Estado y adquieren a través de él una forma política. De ahí la ilusión de que la ley se basa en la voluntad libre. Y. del mismo modo, se reduce el derecho, a su vez, a la ley" (IA, p. 72).

Por esta razón, en el marco del Estado la lucha real de clases toma la forma de luchas políticas que se llevan a cabo en nombre de intereses o principios generales: "la lucha entre la democracia, la aristocracia y la monarquía, la lucha por el derecho de sufragio, etc., no son sino las formas ilusorias bajo las que se ventilan las luchas reales entre las diversas clases (de lo que los historiadores alemanes no tienen ni la más remota idea..." (IA, p. 35).<sup>20</sup>

9. La instancia política casi no es tocada por Marx en este texto. La política parecería disolverse en nada, como los fantasmas de la ideología. Una vez más, la insistencia en que son las formas de trabajo humano, reales y objetivas las que transforman la naturaleza y la organización social y en que son las determinantes objetivas de la conciencia de los hombres, deja fuera la importancia de la práctica política en el proceso de transformación

de una sociedad determinada. La conclusión a la que parece llegar Marx al final de su análisis del proceso real, es que dicho proceso se desarrolla en virtud de la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones sociales.

Sin embargo, al análisis de las condiciones de posibilidad de la revolución comunista, de su diferencia específica y de los motivos que la hacen necesaria, nos señalan, una vez más, que sería erróneo atribuirle a Marx una concepción de tipo economicista-mecanicista. Si bien es cierto que Marx afirma que "todas las colisiones de la historia nacen, pues, según nuestra concepción, de la contradicción entre las fuerzas productiva y la forma de intercambio" (IA, p. 86), el papel de la práctica política del proletariado en el tránsito a la sociedad comunista es decisivo. La transformación radical de la sociedad capitalista no puede llevarse a cabo al margen de la formación de una clase revolucionaria: "si no se dan estos elementos materiales de una conmoción total, o sea, de una parte, las fuerzas productivas existente y, de otra, la formación de una masa revolucionaria que se levante, no sólo en contra de ciertas condiciones de la sociedad anterior, sino en contra de la misma 'producción de la vida' vigente hasta ahora, contra la 'actividad de conjunto' sobre que descansa, en nada contribuirá a hacer cambiar la marcha práctica de las cosas el que la idea de esta conmoción haya sido proclamada ya una o cien veces, como lo demuestra la historia del comunismo" (IA, p. 41).

El comunismo no es para Marx una situación ideal, una forma superior de la organización social especulativamente imaginada. La realización de la revolución comunista depende de ciertos "ele

mentos materiales" sin las cuales cualquier cambio es impensable: "Para nosotros, -escribe Marx- el comunismo no es un estado que debe implantarse, un ideal al que haya de sujetarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento real que anula y supera el estado de cosas actual. Las condiciones de este movimiento se desprenden de la premisa actualmente existente" (IA, p.37). Una tesis básica sostenida en este texto, es que el comunismo es un estado necesario del desarrollo del proceso histórico; no es ni la construcción voluntaria o arbitraria de los hombres ni un "modelo" de organización social impuesto al proceso histórico desde afuera, sino que son las condiciones sociales históricamente existentes las que abren la posibilidad del comunismo.<sup>21</sup>

Según La ideología alemana, sólo puede acabarse con ese "estado de cosas" a partir de dos premisas prácticas: la creación o surgimiento del proletariado y el desarrollo de las fuerzas productivas. "En el desarrollo de las fuerzas productivas, se llega a una fase en la que surgen fuerzas productivas y medios de intercambio que, bajo las relaciones existentes, sólo pueden ser fuente de males...y, lo que se halla íntimamente relacionado con ello, surge una clase condenada a soportar todos los inconvenientes de la sociedad sin gozar de sus ventajas...obligada a colocarse en la más resuelta contraposición a todas las demás clases...y de la que nace la conciencia de que es necesaria una revolución radical, la conciencia comunista, conciencia que, naturalmente, puede llegar a formarse también entre las otras clases, al contemplar la posición en que se halla colocada ésta" (IA, p. 81).

En tanto que la vida de los hombres está determinada por el



desarrollo de nuevas fuerzas productivas y de nuevas relaciones sociales, en el modo de producción capitalista, las relaciones sociales tienden a la separación entre los productores y los medios de producción. Las relaciones capitalistas engendran, junto a la clase burguesa interesada en mantener y reproducir el sistema capitalista, "una masa de la humanidad como absolutamente 'desposeída'" (IA, p. 36), es decir, disociada de los medios de producción, cuyos intereses son radicalmente opuestos a los de la burguesía. A medida que se desarrolla el modo de producción capitalista, se va acentuando cada vez más el antagonismo entre estas dos clases. Esta premisa implica, en un mismo movimiento, el desarrollo de las fuerzas productivas, en virtud del cual aumenta la proletarización y se extienden las relaciones capitalistas, que hacen posible un desarrollo todavía mayor de las fuerzas productivas. Una condición fundamental en el éxito de la revolución comunista es que las fuerzas productivas alcancen el más alto nivel de desarrollo; ya que, por una parte, sin este desarrollo "sólo se generalizaría la escasez y, por tanto, con la pobreza, comenzaría de nuevo la lucha por lo indispensable y se recaería necesariamente en toda la inmundicia anterior" (IA, p. 36); por otra parte, el proletariado revolucionario tiene que apropiarse de la totalidad de fuerzas productivas, dándole al comunismo un carácter universal: "sólo este desarrollo universal de las fuerzas productivas lleva consigo un intercambio universal de los hombres, en virtud de lo cual, ...instituye a individuos histórico-universales, empíricamente mundiales, en vez de individuos locales" (IA, pp. 36-37). Si el modo de producción capitalista sigue desarrollándose

se, el país comunista tendría que seguir compitiendo con las formaciones sociales capitalistas, lo que a la larga acabaría con ese comunismo local.

La práctica revolucionaria del proletariado tiene como fin suprimir la estructura del modo de producción capitalista por medio de una revolución comunista. Eliminar, por tanto, cualquier forma de división social del trabajo, abolir la propiedad privada, y liquidar así la estructura de clases de la sociedad capitalista, mientras que "todas las anteriores revoluciones dejaron intacto el modo de actividad y sólo trataban de lograr otra distribución de esta actividad, una nueva distribución del trabajo entre otras personas" (IA, p. 81).

El desarrollo del proceso histórico abre, entonces, la posibilidad de la revolución comunista, a partir del estado de cosas en la situación actual. Para Marx esta revolución no sólo es posible sino necesaria.

10. Marx, al fundar la ciencia de la historia, tiene que construir primero los conceptos y principios fundamentales del materialismo histórico. He intentado describir, junto con las posiciones filosóficas fundamentales, algunos de estos conceptos avanzados por Marx en La ideología alemana que le permitirán explicar el proceso histórico. El nivel teórico de estos conceptos no puede comprenderse sin el reconocimiento de, por lo menos, tres tendencias discursivas, índices de problemas y contradicciones de la teoría de la historia, que abren la posibilidad de que surgan desviaciones en el futuro desarrollo de la teoría aquí iniciada. De-

bemos reconocer, como señala Balibar, que "el marxismo nunca ha dejado de llevar en su seno un elemento de idealismo, que contradice su problemática materialista, y que no ha logrado eliminar completamente" (Balibar, Cinq études..., p. 257).

El discurso de Marx parte de la posición filosófica justa que le otorga prioridad a la materia sobre el pensamiento, esto es, del reconocimiento de la materialidad de la realidad que pretende conocer; pero, la confusión de esta cuestión sobre la materialidad, con el problema científico de la relación entre los distintos niveles o instancias del todo social, determina una tendencia francamente empirista, a partir de la cual el discurso científico desemboca en una posición economicista, evolucionista, mecanicista.

Parecería que al poner el acento en la dependencia de las ideas de las condiciones materiales económicas, Marx le estaría dando a su teoría materialista de la historia el carácter de un determinismo absoluto, que por su obra posterior sabemos muy lejos de sus intenciones. Es necesario no perder de vista la eficacia crítica de algunos conceptos que cumplen un papel estrictamente polémico en la teoría. Althusser, por ejemplo, parece olvidar, cuando acusa a Marx de ser positivista, que La ideología alemana es un texto que se sitúa, como toda la obra de Marx, en el contexto de la lucha ideológica y de la estrategia revolucionaria. La crítica de Marx a la filosofía especulativa neohegeliana, a pesar de su empirismo, es importante, justamente porque es un arma política más en la lucha revolucionaria. La insistencia de Marx en subrayar la importancia de los hechos reales, empíricamente compró

bables, frente a la realidad ilusoria construida por los ideólogos, no responde, pues, a fines estrictamente teóricos, sino que tiene relevancia en tanto que forma parte de la radical novedad de la ciencia fundada por Marx: señalar que la lucha debe de tener lugar en la realidad y apuntar las posibles direcciones en las que tiene que llevarse a cabo.

Una segunda tendencia discursiva sería aquella que surgiría de pensar el problema de la superestructura bajo el modelo feuerbachiano de la religión, es decir, como una enajenación. Algunas afirmaciones de Marx sobre las clases sociales, en términos de enajenación, son una muestra de la presencia de esta tendencia en este texto; es el caso, por ejemplo, de lo que nos dice al hablar de la relación entre clase social e individuos: "la clase se sustantiva, a su vez, frente a los individuos que la forman, de tal modo que éstos se encuentran ya con sus condiciones de vida predestinadas, por así decirlo; se encuentran con que la clase les asigna su posición en la vida y, con ello, la trayectoria de su desarrollo personal; se ven absorbidos por ella...esta absorción de los individuos por la clase se desarrolla hasta convertirse, al mismo tiempo, en una absorción por diversas ideas, etc." (IA, p. 61). Sabemos, sin embargo, que junto a este discurso de corte feuerbachiano hay otro discurso materialista que abandona los razonamientos sobre la naturaleza o esencia humana -perdida y recobrada- y en el que el concepto explicativo de hombre pierde su lugar privilegiado.

Frente a estas dos tendencias, la tendencia materialista abre la posibilidad de realizar análisis concretos de experien-

cias concretas de la lucha de clases y, por lo tanto, la posibilidad de rectificar o criticar las otras tendencias. "Lo que define al marxismo a sus propios ojos no es el surgir de entrada como una teoría puramente y definitivamente materialista, sino el constituir por vez primera en la historia una filosofía en la que el materialismo es dominante, desarrollado, por tanto, de manera 'consecuente'...y puede, por tanto, trabajar para superar, criticar, eliminar el idealismo, según una empresa infinita, pero efectivamente realizada en parte en cada una de sus etapas. Queda en pie el hecho de que, si este trabajo se interrumpiese, la dominancia filosófica podría siempre verse subvertida" (Balibar, Cinq études..., p. 258).

## N O T A S

1. En general, cuando digo Marx, refiriéndome al autor de La ideología alemana, debe entenderse Marx y Engels, independientemente de lo que corresponda a cada uno de ellos, que no es cuestión de este trabajo.
2. La obra de A. Cornu, K. Marx et F. Engels. Leur vie et leur œuvre, es indispensable para conocer las condiciones históricas de donde surge y con las que se enfrenta el pensamiento de Marx.
3. La confusión de este doble carácter del marxismo - ciencia de la historia e ideología revolucionaria- produce efectos inaceptables; es el caso del filósofo polaco Jordan para quien los "marxistas-leninistas" formulan una imagen del mundo que, lejos de ser objetiva, es sólo una justificación para su acción: "La impenetrable corteza de certeza absoluta -escribe Jordan- que rodea la filosofía de la historia marxista-leninista, resulta de su proximidad a la actitud totalmente ideológica, que subyace al sistema doctrinal, a sus componentes de valor inherentes y principios determinados por valores, que gobiernan el arreglo de los conceptos, la organización de la evidencia y la construcción de teorías" (Philosophy and Ideology, p. 439).
4. El reconocimiento de este problema se debe al artículo -no publicado aún- de Luis Salazar, "Filosofía y ciencia en el desarrollo del marxismo". El mismo leyó pacientemente este trabajo, corrigiendo errores y haciendo importantes sugerencias.
5. Introducimos las Tesis sobre Feuerbach con el fin de entender mejor en qué consiste el nuevo materialismo de Marx. Para un estudio detallado de estas Tesis veáse B. Echeverría, "La revolución teórica comunista en las Tesis sobre Feuerbach".
6. En El concepto de naturaleza en Marx, A. Schmidt señala el carácter no ontológico del concepto de materia en la filosofía materialista marxista: para el materialismo dialéctico no hay ninguna substancia autónoma que pueda existir independientemente de sus determinaciones concretas. La explicación de la realidad tiene que llevarse a cabo a partir de la materia, no como principio general, sino de sus modos concretos de existencia. El materialismo de Marx

no debe entenderse, entonces, ontológicamente (cf. pp. 15-45).

7. Es importante señalar que no hay argumentos inductivos o deductivos a partir de los cuales sea posible "justificar" una posición materialista o idealista en relación con la ciencia. La elección entre idealismo o materialismo es una elección entre dos ideologías rivales. "Como idealista no se puede estar objetivamente del lado del proletariado en la lucha de clases; sus intereses y su papel esencial en la historia no puede avanzarse siguiendo la práctica política que tiende a surgir de una perspectiva idealista o teológica" (Ruben, Marxism and Materialism..., p. 109). No se trata, pues, de una elección "epistemológica", sino que se trata de una elección política que se lleva a cabo a partir de una posición de clase. Por eso puede decir Althusser que la filosofía es, en última instancia, lucha de clases en la teoría.

8. Althusser afirma, por una parte, que "las ideologías tienen una historia propia" y, por otra, que "la ideología en general no tiene historia", esto último, a diferencia de la tesis de Marx, en un sentido positivo. "Este sentido es positivo -dice Althusser- si es verdad que lo propio de la ideología es el estar dotada de una estructura y de un funcionamiento tales que la convierten en realidad no histórica; es decir, omnihistórica en el sentido en que esta estructura y este funcionamiento están, bajo una misma forma inalterable, presentes en lo que se llama la historia entera tal como la define el Manifiesto (como historia de la lucha de clases, es decir, historia de las sociedades de clases)" (AIE, p. 122).

Althusser entiende por "positivismo" la apelación constante a la realidad: la referencia a la realidad (en contraposición a lo ideológico) lo que nos proporciona el conocimiento; los hechos llevarían en sí mismos su propia inteligibilidad; su modo de presentarse equivaldría a su modo de funcionar real, efectivo. La realidad se nos daría, entonces, como presencia, como manifestación. Es justo señalar que la tesis de Althusser -como la de Marx- también se inscribe en una dimensión polémica: Althusser busca liquidar a aquellos teóricos del marxismo que pretenden que en La ideología alemana Marx enuncia explícitamente una teoría de

las ideologías que no requiere ser modificada o desarrollada.

9. El texto de M. Dal Pra, La dialéctica en Marx, acentúa la tendencia empirista del discurso de Marx, por lo que la teoría marxista de la historia viene a ser un conjunto de conceptos que pretenden reflejar, reproducir o imitar la historia, en lugar de servir como instrumentos para conocerla. Siguiendo lo que llama "la trayectoria fáctica y empírica" de la teoría marxista, insistiendo en la importancia de colocarse "en el terreno de los hechos", en el nivel de un "empirismo radical", considerado como base de la concepción materialista de la historia, el autor puede concluir que "las estructuras dialécticas y las categorías abstractas asumen ahora (en La ideología alemana) para Marx una importancia secundaria y subordinada. Ya no se consideran directamente, en su naturaleza categórica, sino que derivan del análisis directo del contenido histórico" (p. 270). La filosofía materialista marxista -que si bien se encuentra estrechamente vinculada a la científicidad del materialismo histórico- es confundida, y finalmente negada, en nombre de esa ciencia.

10. Basándose en lo que sería la concepción de Marx de la filosofía como "compendio de los resultados más generales" de la ciencia, en su interesante estudio ya citado, Ruben afirma: "Sostenemos que lo que la filosofía estudia, lo que constituye su campo, es las otras ciencias. Esto explica porqué la filosofía es, como las otras ciencias, de carácter empírico y al mismo tiempo más abstracta. Es empírica porque las ciencias que estudia son ellas mismas a posteriori; las estudia como verdades a posteriori. Pero estudia las verdades más generales de las ciencias especiales, por lo que tiene en conjunto un carácter más abstracto que el que tienen aquellas" (Marxism and Materialism..., p. 102).

11. En este texto no hay todavía una teoría de la articulación de las instancias, pero en esta etapa de la producción teórica de Marx, ya vemos en juego una serie de conceptos que, si bien todavía no están bien articulados sí apuntan a una serie de problemas reales. Este problema científico de la necesidad de una teoría de las articulaciones entre las distintas prácticas, es muchas veces "solucionado" mediante una teoría de la praxis. Es el caso, por



ejemplo, de J. M. Bermudo, quien en El concepto de praxis en el joven Marx, busca superar la polémica de la ruptura entre las obras de juventud y las obras de madurez de Marx, explicando el desarrollo del pensamiento de Marx a partir de la elaboración de una teoría de la praxis.

Bermudo sostiene que "explicar algo es, en el marco de la teoría marxista, mostrar la necesidad y la posibilidad del mismo" (p. 12). Esos términos, "necesidad" y "posibilidad", y su extraño orden no son gratuitos: la necesidad es el aspecto objetivo del movimiento de la realidad; la posibilidad expresa el carácter subjetivo de lo concreto. Así "lo que existe, existe necesariamente sólo en la medida en que es posible su existencia" (p. 12). Además de que Bermudo le estaría dando una primacía al momento subjetivo sobre lo que él llama la "racionalidad objetiva", o sea la necesidad, plantear el problema de la explicación de este modo, es plantearlo de manera tal para que la teoría de la praxis sea su respuesta. Bermudo puede explicar que "el paso de Marx al comunismo científico es hecho teóricamente necesario y posible por la elaboración de su teoría de la praxis" (p. 21). Es esta misma teoría la que le permite a Marx elaborar su teoría de la "autoemancipación proletaria", base del socialismo científico. El concepto de praxis es aparentemente, entonces, la fuente de donde brotarían todos los conceptos y tesis del materialismo histórico: Marx descubriría la división del trabajo por el concepto de la praxis; superaría la oposición esencia-existencia, teoría-práctica, sujeto-objeto, por el concepto de praxis; el proletariado devendría clase revolucionaria por la praxis...Ciencia, filosofía y política encontrarían su principio de explicación en la teoría de la praxis. Además, la noción de praxis utilizada por Bermudo contiene de todo: cada práctica singular (la práctica económica, la práctica política, la práctica filosófica,...) queda englobada bajo la noción de praxis, perdiendo su especificidad. La teoría de la praxis que resulta de esto, no sólo confunde varios problemas distintos bajo una misma denominación, sino que por la total falta de estructuración de la noción de praxis no es posible hablar de una teoría en sentido estricto. Por esto mismo, dicha teoría de la praxis no puede cumplir una función explicativa, pues decir

que todo es praxis y que todo está relacionado con todo, no resuelve ningún problema.

Este es sólo un ejemplo de cómo la teoría de la praxis está lejos de ser una teoría de la interpretación global y recíproca de toda las prácticas. Un análisis exhaustivo de la teoría de la praxis -y de sus posibles variantes, mencionadas por Bermudo- no cabe aquí.

12. La reformulación de estas determinaciones es distinta en El Capital: ahí, son las relaciones de producción las que determinan el proceso de trabajo y determinan un desarrollo específico de las fuerzas productivas.

13. Afirmaciones como éstas -en donde Marx afirma que el surgimiento de relaciones sociales más complejas depende del desarrollo de las fuerzas productivas- son las que abren la posibilidad de las desviaciones economicistas de la teoría de la historia. Así, por ejemplo, W. H. Shaw, en un estudio reciente sobre la teoría de la historia de Marx -Marx's Theory of History-, se empeña en sostener una interpretación tecnológico-determinista del materialismo histórico. Intenta elaborar un "modelo general infraestructural del cambio histórico", y para ello mantiene que la teoría marxista le otorga a las fuerzas productivas el papel de factor determinante en el desarrollo de la historia, asignándoles de este modo una primacía explicativa en el materialismo histórico. La historia queda así reducida a una evolución de los modos de producción, los que a su vez son reducidos a las solas fuerzas productivas.

Si Marx efectivamente establece un cierto orden en los distintos modos de producción, basado en última instancia en el desarrollo de las fuerzas productivas, esto no quiere decir que al analizar una realidad histórica determinada el paso de un modo de producción a otro se dé de manera mecánica. Ya en este texto Marx muestra que toda sociedad concreta es una realidad compleja en la que se combinan diferentes modos de producción y estructuras ideológicas y políticas complejas, cuya combinación específica determinará el paso de un modo de producción a otro. En obras posteriores, Marx precisa que la periodización lineal que implica un progreso lineal de las fuerzas productivas -esquema sostenido en La

ideología alemana- sólo es válida a grandes rasgos para Europa Ocidental, y reconoce otros posibles modos de producción, como el asiático. Como bien lo señala L. Sève en Marxisme et théorie de personnalité, la insuficiencia de los conocimientos concretos de Marx en el momento de la redacción de este texto, tiene por consecuencia que algunos análisis, "a pesar de su cientificidad de principio", mantengan "un carácter no sólo conjetural, sino ligeramente especulativo" (p. 126).

14. Por el contrario, Rossi en La génesis del materialismo histórico, reconoce que si bien en el concepto de enajenación (o en el concepto de hombre) hay un cambio de función o de peso teórico, no habría un rompimiento. Los conceptos de los Manuscritos seguirían presentes en las obras posteriores de Marx: algunos cumplirían nuevas funciones, tendrían un nuevo contenido, pero estarían ahí siempre, reforzados con los conceptos de la madurez. Rossi considera que si bien Marx deja a un lado los residuos antropológicos de su concepción del hombre y de la enajenación, conserva el contenido ético de los Manuscritos : Marx funda un nuevo humanismo, un "humanismo positivo" que define su posición. El marxismo es visto, entonces, como una ciencia al servicio de un ideal ético: la emancipación de toda la humanidad.

15. Habría que considerar con más cuidado las tesis de L. Sève, quién en su obra ya citada, enuncia una serie de hipótesis que servirían de fundamento a una teoría de la personalidad. Sève establece que la personalidad humana en tanto que objeto científico no es accesible de manera directa, como lo suponen tanto el humanismo abstracto como el positivismo psicológico; la psicología de la personalidad sólo encontrará la vía de la ciencia mediante un rodeo por "la ciencia de las relaciones sociales", es decir, por el materialismo histórico.

En base a un análisis de textos -desde las obras de juventud de Marx hasta El Capital- Sève establece lo que a su modo de ver sería la concepción del hombre propia del materialismo histórico, llegando a la conclusión de que éste es también una antropología científica. En base a esta antropología materialista, en toda la obra de Marx habría indicaciones concretas para una teoría

de las formas históricas de la individualidad humana -laguna real de la ciencia de la historia. En La ideología alemana, en particular, Sève encuentra afirmaciones sugerentes para el desarrollo de dicha teoría de la personalidad: en este texto Marx rechaza de manera categórica el concepto de Hombre abstracto, rompiendo tanto con la antropología especulativa como con el humanismo abstracto, y desarrollando la tesis fundamental de que el hombre es el conjunto de sus relaciones sociales: es el estudio científico de las relaciones sociales lo que permite comprender lo que hasta ese momento se consideraba como esencia humana. Así, contra el humanismo especulativo, Sève sostiene que el individuo no puede ser el punto de partida de una teoría de la personalidad. Pero, Sève no acepta "reducir" el marxismo a un "antihumanismo teórico", por lo que afirma que a partir de la teoría de las relaciones sociales es posible volver a la comprensión de los individuos concretos, en tanto que las relaciones sociales constituyen la realidad de su esencia. Para Sève, entonces, en La ideología alemana -lugar en donde se da una revolución teórica en la concepción del hombre- (y en el marxismo en general) encontraríamos por un lado, la negación del humanismo abstracto, especulativo, y por otro, el fundamento de un humanismo científico, en tanto que en ese texto Marx afirma la necesidad del proletariado de afirmarse como personas e indica las condiciones necesarias para que esto sea posible. Negar este humanismo nuevo, que coincide con el socialismo científico, reduciendo la teoría marxista al "momento" del antihumanismo teórico, es, para Sève, mutilar al marxismo.

A diferencia de las interpretaciones "humanistas" de la teoría de Marx, el estudio de Sève tiene el interés de plantear verdaderos problemas en el interior de dicha teoría, indicando a partir de hipótesis formuladas, como él mismo afirma, a título indicativo, qué clase de conocimiento nos puede proporcionar esta teoría de la personalidad y en qué dirección habría que buscarlo. El propio Sève insiste en que tales hipótesis deberán ser confirmadas como verdaderas hipótesis de trabajo, o abandonadas y reemplazadas por otras, a partir de investigaciones y prácticas experimentales. En este sentido, todavía hay mucho por hacer y sería apresurado rechazar o aceptar en su totalidad el estudio de Sève

como el desarrollo positivo de una región del materialismo histórico.

16. Ruben (op. cit., p. 112) señala que a pesar de que las formulaciones de Marx sugieren que dado que un individuo ocupa un cierto lugar en la sociedad, debe sostener cierta posición ideológica, los individuos no son incapaces de corregir y cambiar sus perspectivas ideológicas; en otras palabras, los hombres no están atrapados necesariamente de una vez y para siempre en las distorsiones ideológicas.

17. En un artículo reciente -"Notas sobre el Estado"- Althusser, señala la necesidad de someter a una crítica materialista la imagen que Marx se hacía del comunismo, reflejada en formulas idealistas, tales como la del comunismo como "reino de la libertad" que sucedería al "reino de la necesidad", o el "libre desarrollo de los individos".

18. Esta idea que en La ideología alemana queda solamente esbozada será desarrollada en El dieciocho Brumario, al analizar el funcionamiento del Estado bonapartista.

19. En El dieciocho Brumario es más clara esta tesis de la autonomía relativa del Estado por la peculiar situación que ahí se analiza, en donde un "equilibrio" de clases, permite un grado mayor de autonomía sin que ello implique la negación del carácter de clase del Estado.

20. Esta misma idea aparece en El dieciocho Brumario cuando Marx afirma que la derrota del proletariado durante la insurrección de junio, "había puesto de manifiesto que en Europa se ventilaban otras cuestiones que la de 'república o monarquía'. Había revelado que aquí república burguesa equivalía a despotismo ilimitado de una clase sobre otras" (18Brum, p. 238).

21. El uso del término "historicismo" en K. R. Popper, La miseria del historicismo es totalmente injustificado vista esa tradición; más aún. su aplicación a la obra de Marx. Su interpretación de las predicciones -profecías- en la teoría marxista es igualmente carente de base.

II. EL DIECIOCHO BRUMARIO DE LUIS BONAPARTE: UN CASO DE EXPLICACION EN LA CIENCIA DE LA HISTORIA.

1. El estudio de El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte, una de las escasas obras historiográficas de Marx, permite comprender de qué manera Marx utiliza, y a veces rectifica, el aparato teórico que ha venido produciendo en forma sistemática desde La ideología alemana para la explicación de la historia. Es necesario -como en el caso de La ideología alemana- no perder de vista la especificidad de este texto: el análisis histórico de Marx se da dentro de un contexto específico, por lo que hay que evitar caer en la tentación de elevar a "ley", a "teoría" todo enunciado, o cualquier proposición a tesis filosófica. Esto, lejos de posibilitar los análisis históricos de situaciones o acontecimientos distintos a los de El dieciocho Brumario, sería más bien un obstáculo para la cientificidad de tales investigaciones.<sup>1</sup> En este texto encontramos varios niveles conceptuales; es necesario distinguir, por tanto, las hipótesis que son centrales en la explicación, de aquellas que sólo juegan un papel secundario; hay elementos teóricos de la ciencia de la historia que aparecen ahora en estado práctico; habría que mostrar también cuál es la eficacia crítica de ciertos conceptos polémicos, esto es, ideológicos, situando esta obra en el contexto de la lucha ideológica y de la estrategia revolucionaria: estas nociones político-ideológicas deben desaparecer de la teoría una vez que hayan cumplido con su función práctica.

La literatura política está vinculada -más que ninguna otra- con el contexto social en el cual aparece. Un texto político nunca puede tener validez intemporal: es una intervención teórica en una coyuntura política, es decir, en un momento único e irrepetible. Hay, entonces, formulaciones de validez circunstancial y

otras de validez generalizable. En lo que sigue trataré de deslindar tales formulaciones, y de analizar esta obra, mostrando de qué manera utiliza Marx los principios elaborados en La ideología alemana para explicar un acontecimiento concreto, señalando los cambios introducidos en algunos de ellos, así como los nuevos elementos teóricos construidos por Marx, exigidos por el análisis concreto.

2. Uno de los problemas fundamentales de la ciencia de la historia es el de determinar la articulación del conjunto complejo de relaciones sociales y las formas de sus cambios. Marx abre el análisis del proceso del golpe de Estado de Luis Bonaparte con una tesis central: "Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado" (18Brum, p. 230). Es indiscutible, pues, para Marx, que la práctica social se desarrolla en situaciones y en condiciones determinadas, resultantes del proceso histórico anterior, y que el desarrollo del proceso histórico depende -está determinado- por estas condiciones. Aceptar que los acontecimientos históricos están determinados causalmente, es sostener que la ocurrencia de un acontecimiento supone siempre la existencia de condiciones específicas existentes, que pueden ser establecidas, en principio, como conjunto de circunstancias necesarias para su realización, y supone aceptar la exigencia de que todas las explicaciones históricas sean causales.



En el prólogo a la tercera edición de 'El dieciocho Brumario, Engels califica el análisis de Marx como un "trabajo genial", haciendo referencia, él también, al determinismo que rige el proceso histórico y que Marx supo observar: mientras que el golpe de Estado de Luis Bonaparte era "contemplado por todos con asombro y por nadie comprendido, inmediatamente después de este acontecimiento, se alzó Marx con una exposición breve, epigramática, en que se explicaba en su concatenación interna toda la marcha de la historia de Francia desde las jornadas de febrero, se reducía el milagro del 2 de diciembre a un resultado natural y necesario de esta concatenación, y no se necesitaba siquiera tratar al héroe del golpe de Estado más que con el desprecio que se tenía tan bien merecido" (18Brum, p. 228, subrayado mío). El dieciocho Brumario no es, pues, una mera crónica, una colección de hechos arreglados por Marx en el orden de su ocurrencia. El análisis de Marx no se reduce a los puros datos, a la pura y simple lectura inmediata de la realidad, a la manera de la historiografía empirista. Marx explica, nos permite comprender, ese momento determinado del proceso histórico francés, por lo que debe mostrar no sólo los hechos sino las conexiones entre éstos, y cómo el golpe de Estado del 2 de diciembre no es sino el "resultado natural y necesario" de dichas conexiones específicas. En otras palabras, Marx incorpora de manera explícita a la explicación histórica el principio determinista que establece que "a) los acontecimientos históricos ocurren siempre en forma definida o determinada; b) el desarrollo del proceso no es arbitrario sino legal; y c) las formas a través de las cuales los acontecimientos adquieren sus características

específicas dependen de condiciones preexistentes" (Pereyra, "El determinismo histórico", p. 129).<sup>2</sup>

Ahora bien, el análisis de Marx no pretende considerar "todas" las condiciones en virtud de las cuales ocurrió el acontecimiento: no es necesario abarcar la totalidad de los aspectos de la práctica social -muchas veces secundarios e irrelevantes a la explicación- como si el conocimiento de un momento determinado del proceso histórico dependiera de dicha pretensión de representar la totalidad. "De hecho el objetivo de un análisis científico, es para cada proceso, aspecto particular de la lucha de clases, poder determinarlo en sus relaciones desigualmente operantes con todas las demás. Lo que importa, pues, no es tanto representar (o figurar) la totalidad, cuanto captar la determinación tendencial, la desigualdad (es decir, la complejidad) de las determinaciones, y también, por tanto, la forma concreta bajo la que se combinan en una coyuntura dada" (Balibar, Cinq études..., p. 133).

Marx construye la ciencia de la historia como teoría de la articulación de las distintas formas de la práctica social, pero dicha teoría, al tiempo en que reconoce que dichas formas dependen del todo que conforman, supone una teoría de la estructura de cada uno de los procesos diferenciales que constituyen la unidad del todo, reconociendo la autonomía relativa de cada uno de ellos. No es que Marx aisle un aspecto del proceso, sino que reconoce la autonomía relativa de cada una de las prácticas del todo social, definiendo cada una según un conjunto de elementos específicos, articulados también de tal manera que ninguna práctica es

irreductible a otra, y reconociendo la temporalidad propia a cada una de ellas. Esto se verá más claro cuando hablemos del nivel político, al tratar la estructura del Estado. Cada uno de los niveles del todo social puede, por tanto, ser objeto de una investigación teórica, puede recibir un tratamiento científico específico. La apropiación científica del conjunto del proceso histórico exige tanto la determinación del movimiento real de dicha totalidad como el estudio -la conceptualización- particular y específico, de cada uno de los niveles que, articulados, conforman su unidad.<sup>3</sup>

3. Si las explicaciones históricas son causales, entonces debemos, para esto, estudiar el determinismo en la historia: es necesario, no perder de vista que la teoría de Marx rompe con la historiografía empirista, para la que la historia siempre está ahí, a la vista, y cuyo discurso se agota en el mero registro de lo que sucede.

Marx critica las "evidencias" ideológicas de los hechos "reales y concretos" y se sitúa al nivel de la teoría, de la construcción del objeto de conocimiento de su ciencia, para así poder acceder al conocimiento de los objetos reales. A partir de la definición teórica específica de lo que se quiere estudiar, el problema ya no es el de preguntarse si el principio determinista vale para todas las ciencias, sino que lo importante es definir la especifici

dad del determinismo en la ciencia de la historia. En otras palabras, una vez que la ciencia de la historia define la realidad que pretende explicar, que define lo histórico como algo posible de ser conocido, como objeto de conocimiento de una ciencia, al analizar el determinismo histórico es necesario no colocarse fuera de la teoría, sino tomar en cuenta cómo se va conformando, en la ciencia de la historia, la definición del determinismo específico del proceso histórico.

La causalidad propia del proceso histórico sólo es comprensible desde la especificidad del objeto teórico de la ciencia de la historia. El proceso histórico no se desarrolla de manera lineal, ni mecánica, sino como proceso dialéctico, esto es, como un proceso complejo y sobredeterminado en el que cada uno de los niveles del todo social se desarrolla a través de rupturas y continuidades que le son propias, articulado de manera específica en ese todo.<sup>4</sup>

El problema de si existen "leyes generales de la historia" debe abordarse, entonces, a partir de la teoría marxista que permite realizar investigaciones que revelen la necesidad de lo concreto. Los conceptos de esta teoría pueden señalar una determinación general o común, pero siempre será necesario analizar cómo se realiza concretamente. Puesto que la historia en general no existe, las leyes formuladas por la ciencia de la historia, no serían leyes válidas para la "historia en general", sino para una historia particular, real y concreta, de una formación social dada. Asimismo, las "leyes" que determinan las conexiones entre las diferentes formas de la práctica social tendrían que ser también,

leyes específicas a un período histórico determinado. Si fuera posible hablar de "leyes generales de la historia", éstas deberían considerarse, entonces, como determinaciones comunes a toda la historia que se realizan siempre de manera particular. Del mismo modo, si bien Marx, como se dijo antes, ha establecido que en el conjunto del desarrollo del proceso histórico, lo determinante en última instancia es la estructura económica, será necesario estudiar de qué manera este principio explicativo de carácter abstracto, que designa una determinación común a toda formación social, permite explicar la multiplicidad de hechos particulares; es decir, la ciencia de la historia debe investigar las interacciones complejas que explican los acontecimientos históricos en su realidad concreta.

4. El análisis de El dieciocho Brumario revela, pues, que el conocimiento de la estructura de una formación social concreta no se reduce a la mera constatación de fechas y lugares, sino que esta investigación empírica sólo es posible mediante el uso y control de conceptos y principios generales, es decir, mediante el recurso de una teoría.<sup>5</sup> Marx muestra que ningún conocimiento puede prescindir de la observación, de los datos; pero, éstos sólo le proporcionan la materia prima que tendrá que ser transformada por medio de la teoría. No puede haber conocimiento concreto de un objeto concreto (el golpe de Estado de 1851) sin recurrir a la teoría, al sistema de principios generales y conceptos que Marx ha venido construyendo. Por ello, al tratar de determinar cuál es la estructura de la explicación histórica para Marx, es indispensable no

alejarse de la teoría marxista. Es a partir de los conceptos y principios explicativos más generales contruidos por Marx, que designan determinaciones, y al designarlas permiten pensar tendencias, que será posible determinar cuál es la causalidad propia del proceso histórico.

En La ideología alemana Marx parece afirmar que el motor de la historia es la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción. En el prólogo antes citado a El dieciocho Brumario, Engels señala que "Marx fue el primero en descubrir la gran ley que rige la marcha de la historia, la ley según la cual todas las luchas históricas, ya se desarrollen en el terreno político, en el religioso, en el filosófico o en otro terreno ideológico cualquiera, no son, en realidad, más que la expresión más o menos clara de luchas entre clases sociales, y que la existencia, y por lo tanto también los choques de estas clases, están condicionados a su vez, por el grado de desarrollo de su situación económica, por el carácter y el modo de su producción y de su cambio, condicionado por ésta" (18Brum, p. 229). Surge, a partir de esta afirmación de Engels, el problema de determinar qué relación hay entre las luchas políticas entre las distintas clases o grupos sociales y las condiciones económicas determinantes de estas luchas.

Esa "ley" de la que habla Engels, nos indica que Marx encuentra dos niveles fundamentales para la explicación y comprensión del proceso histórico: el nivel económico, como determinante en última instancia y el nivel político, como decisivo en el funcionamiento y transformación del sistema social. La teoría de las relaciones de producción ocupa, por esta razón, un lugar privilegiado

do dentro de la ciencia de la historia, puesto que estas relaciones, además de ser condición necesaria de toda formación social, son las que ordenan, "en última instancia", el sistema de lo social. En el proceso de transformación de toda formación social, las relaciones de producción son el lugar desde donde se decide la nueva disposición y el nuevo orden del resto de las relaciones sociales, y son las que permiten explicar -en última instancia- dichas relaciones.

Es necesario volver a insistir -Engels no se cansó de repetirlo en numerosas cartas<sup>6</sup> que el hecho de que Marx le asigne una primacía explicativa al nivel económico no significa que considere que las condiciones económicas son o la causa "última" de los acontecimientos históricos o el único factor explicativo de la diversidad compleja que forma el todo social. El "modelo" de explicación histórica elaborado por Marx ordena las distintas esferas del todo social en una jerarquía; esto le permite hacer a un lado ciertos niveles de lo social en la investigación de relaciones que la propia teoría establece como fundamentales para la explicación del proceso histórico; pero, esto no implica que la teoría de Marx pueda confundirse con un enfoque reduccionista según el cual los hechos políticos, ideológicos, etc. son sólo una forma a través de la cual se expresan circunstancias económicas. Este tipo de "causalidad expresiva" está fuera del campo de la ciencia de la historia, una de cuyas tareas es identificar las conexiones causales que se dan entre los distintos aspectos de la práctica social. Cuando Marx observa la mala situación económica de los campesinos franceses en la década de los 1840, la época próspera

del comercio y, por tanto, del proletariado, en 1850, o la crisis comercial general que lleva a la burguesía a pedir un gobierno "fuerte" en 1851, nos encontramos en un nivel todavía abstracto y general que requiere ser especificado, tomando en cuenta otros aspectos de la formación social francesa en los años anteriores al golpe de Estado de Bonaparte.

Marx considera que es la lucha de clases, el nivel político, lo que decide, en cada momento, la marcha del proceso histórico. Si las relaciones de producción ordenan en general las distintas partes y relaciones de una formación social determinada, es decir, deciden qué eficacia tendrán las demás prácticas, el análisis de la lucha de clases revela la especificidad de esa formación social. El triunfo de Bonaparte, como triunfo de la dominación de la burguesía, es resultado de las contradicciones que se dan tanto entre las distintas clases o grupos sociales como dentro de cada una de estas clases.<sup>7</sup>

5. En el prólogo a la segunda edición de El dieciocho Brumario, escrito en 1885, Marx critica las pseudoexplicaciones que sobre este tema se han dado hasta ese momento. Victor Hugo se limita a atacar a "Napoleon le Petit", considerándolo el único responsable del acontecimiento: "No ve en él -escribe Marx- más que un acto de fuerza de un solo individuo. No advierte que lo que hace es en grandecer a este individuo en vez de empequeñecerlo, al atribuirle un poder personal de iniciativa que no tenía paralelo en la historia universal" (18Brum, p. 227). Con esta observación Marx critica todo intento de explicar los acontecimientos históricos



como si éstos fueran el resultado de la voluntad de un sujeto, o de las acciones de un individuo. En La ideología alemana ha quedado establecido, como uno de los supuestos fundamentales de esta nueva concepción de la historia, que los individuos son inseparables de las relaciones sociales que los constituyen y que su comportamiento sólo puede ser explicado a partir del análisis de la posición -económica, política, ideológica- que ocupan dentro de ese sistema de relaciones sociales. La voluntad, las creencias, las acciones de los individuos no explican una situación social determinada o el acontecimiento de un hecho histórico particular; por el contrario, es justamente el conjunto de circunstancias específicas que constituyen una situación social determinada el que establece y posibilita -determina- esas creencias y esas acciones individuales.

Proudhon ve el golpe de Estado "como resultado de un desarrollo histórico anterior". Pero, en su pretensión de ser objetivo, "la construcción histórica del golpe de Estado se le convierte en una apología histórica del héroe del golpe de Estado" (18 Brum, p. 227). La "objetividad" no consiste en decir lo que se ve, aquello que aparece como evidente. Permaneciendo en el nivel de lo que es "visible", sólo se pueden constatar trivialidades o, lo que es más grave, al demostrar la supuesta necesidad del proceso, la explicación se convierte, como la de Proudhon, en una justificación de lo que sucedió. La historiografía precientífica, criticada por Marx, se caracterizaría, entonces, ya sea por tener un enfoque individualista, por atribuirle un peso decisivo a la actuación de los individuos excepcionales como si ésta decidiera

el curso de la historia, o por caer en una apología objetivista, en una justificación del proceso.

Marx, por su parte, insiste en esta idea fundamental para la explicación del proceso histórico: "demuestro cómo la lucha de clases creó en Francia las circunstancias y las condiciones que permitieron a un personaje mediocre y grotesco representar el papel de héroe" (18Brum, p. 227). Es el desarrollo de la lucha de clases lo que crea las circunstancias y las condiciones que permiten que un personaje ya sea "mediocre y grotesco" o "genial" pueda llevar a cabo ciertas acciones que parecen ser las más relevantes en la explicación del proceso. Y es sólo dentro del marco abierto por la lucha de clases que se eligen objetivos y se llevan a cabo las acciones individuales.<sup>8</sup>

Como tantos otros temas, Marx no llega a desarrollar el problema de las clases sociales, lo que ha creado dificultades dentro de la teoría marxista de la historia. Pero, si bien la determinación de los grupos sociales es vaga, y el problema está centrado sobre todo en la determinación económica de las clases sociales, trataremos de establecer los elementos positivos, fundamentales para la explicación de los conflictos de una sociedad.

El problema de definir las clases no puede separarse de la lucha de clases: las relaciones sociales consisten en prácticas de clase, y en ellas se sitúan las clases sociales en oposiciones. Las clases no existen más que en función de su lucha, del en encuentro entre ellas; es decir, las clases sociales sólo pueden concebirse como prácticas de clase: una clase no existe históricamente más que en la medida del enfrentamiento, lucha -práctica-

en la que se ve envuelta.

Las clases son efectos de las condiciones antagónicas de la producción social y no existen fuera de esta lucha ni aparecen o desaparecen en forma independiente. Por eso Marx subraya la necesidad de transformar esas relaciones de explotación de las que las clases sociales son efectos: "Es la lucha de clases, con sus efectos históricos y sus tendencias, la que determina la existencia de las clases, y no a la inversa. Dicho de otro modo, las clases sociales no son cosas o sustancias...que después entrarían en lucha. O, si se prefiere, el análisis histórico de las clases sociales no es otra cosa que el análisis de las luchas de clases y de sus efectos" (Balibar, Cinq études..., p. 47).

Por La ideología alemana sabemos ya que todas las relaciones sociales basadas en relaciones de propiedad han sido relaciones de clase. Los individuos o grupos sociales que ocupan un mismo lugar en el proceso económico forman una clase social determinada. Sin embargo, si las clases pueden demarcarse por el lugar que ocupan sus integrantes en la producción material, no es menos importante el papel que juegan la ideología y la política en la constitución de una clase. Una noción rigurosa de "clase" debe tomar en cuenta que en la conformación de una clase intervienen factores no sólo de carácter económico, sino ideológico y político.

El análisis de Marx de las dos grandes fracciones que constituyen el "partido del orden", orleanistas y legitimistas, nos muestra que el lugar en las relaciones económicas desempeña el papel principal en la determinación de las clases sociales. "...lo que separaba a estas fracciones -concluye Marx- no era eso que

llaman principios, eran sus condiciones materiales de vida, dos especies distintas de propiedad; era el viejo antagonismo entre la ciudad y el campo, la rivalidad entre el capital y la propiedad del suelo" (18Brum, p. 254). Estas dos fracciones decían que lo que las separaba era la lealtad a sus dos dinastías, pero Marx demuestra, analizando los hechos concretos, que eran sus intereses divididos -los dos grandes intereses en que se dividía la burguesía, propiedad de suelo y capital- lo que impedía que se uniesen.

Las clases sociales no se oponen, entonces, por estar a favor o en contra de distintas concepciones del mundo, o a favor o en contra de diversas maneras de repartir la riqueza social, sino a causa de la lucha de clases en la producción. Es la lucha de clases en la producción la que origina la existencia material de las clases: "el conjunto de las luchas de clases está determinado en última instancia por la lucha 'económica' de clases, la lucha de clases en la producción" (Balibar, Cinq études..., p. 48).

Marx subraya el hecho de que las opiniones y el comportamiento de un grupo social surge de las relaciones de producción, pero el análisis de una clase social no puede tomar como criterio único el de las relaciones sociales de producción. El criterio marxista para analizar los problemas es -efectivamente- único, pero complejo, puesto que toma en cuenta la totalidad de las relaciones sociales. Cuando Marx escribe: "Sobre las diversas formas de propiedad y sobre las condiciones sociales de existencia se levanta toda una superestructura de sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones de vida diversos y plasmados de un modo pe-

cular. La clase entera los crea y los forma derivándolos de sus bases materiales y de las relaciones sociales correspondientes. El individuo suelto, a quien se le imbuye la tradición y la educación podrá creer que son los verdaderos móviles y el punto de partida de su conducta" (18Brum, p. 254), es evidente que el examen de las clases sociales no debe permanecer en el nivel económico. A pesar de su insistencia en la constante determinación en última instancia de lo económico en el conjunto de las relaciones sociales, de ninguna manera debiera concluirse de ahí que esa determinación económica basta para la construcción del concepto marxista de clase social. Esos "sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones de vida" no pueden reducirse a una simple manifestación de las relaciones económicas.

Si las relaciones de producción son la condición a partir de la cual se da el proceso de conformación de una clase, la "conciencia" que tiene de su situación y la actividad política relacionada con esa conciencia son elementos fundamentales de tal proceso. El problema es, entonces, el de determinar cómo se constituye históricamente una clase en estos tres niveles (económico, político, ideológico). Si las clases sociales se conforman a partir del desarrollo de ciertas relaciones de producción -de explotación-, en la lucha de clases, este proceso de lucha implica siempre la coexistencia de otras prácticas -no sólo la económica- desigualmente desarrolladas, que establecen el nivel de organización y de lucha de cada una de las clases en cuestión.

Si Marx señala que "así como en la vida privada se distingue entre lo que un hombre piensa y dice de sí mismo y lo que

realmente es y hace, en las luchas históricas hay que distinguir todavía más entre las frases y las figuraciones de los partidos y su organismo efectivo y sus intereses efectivos, entre lo que se imaginan ser y lo que en realidad son" (18Brum, p. 254), es porque no sólo le interesa detectar cuáles son los grupos sociales de la formación social francesa en 1848, lo cual se podría hacer considerando únicamente el nivel económico, sino que le interesa saber cuál es el comportamiento político de estos grupos. Esto requiere de un análisis de los intereses de cada una de las clases, de su conciencia, de su práctica y de la lucha de clases. Esto no quiere decir que los distintos niveles teóricos de los análisis de Marx constituyan etapas históricas del proceso de constitución de una clase social; las clases no se forman por su situación económica, por una parte, y por sus posiciones ideológico-políticas de clase, por otra. Se trata de un mismo proceso triple en el que el grupo se conforma como clase. (cf. Balibar, Cinq études..., p. 63).

Las clases sociales no se conforman de una vez y para siempre sino que, están en constante proceso de consitución y desarrollo. Por esta razón, toda definición de las clases sociales pasa forzosamente por el análisis de la lucha de clases y las condiciones de definición son distintas para cada una de las clases en cuestión. Cuando en la "insurrección de junio" de 1848, el proletariado francés es derrotado frente a la república burguesa, se entrega a experimentos doctrinarios, Bancos de cambio y asociaciones obreras, es decir, a un movimiento en el que renuncia a transformar el viejo mundo, con ayuda de todos los grandes recursos propios de este mundo, e intenta, por el contrario, conseguir su

redención a espaldas de la sociedad, por la vía privada, dentro de sus limitadas condiciones de existencia, y por tanto, forzosamente fracasa" (18Brum, p. 237). Es en su práctica de clase, en la lucha de clases, en oposición a todas las otras clases que el proletariado empieza a organizarse como clase, a adquirir conciencia de los intereses propios de su posición de clase. Es a lo largo de su enfrentamiento con el resto de las clases sociales, unidas por su interés común en mantener las relaciones de explotación, en oposición a la ideología dominante, en base a experiencias negativas y positivas, que el proletariado irá adquiriendo una presencia cada vez más fuerte en la vida política de Francia, como fuerza social que actúa con política propia. La organización política nace y sólo puede nacer en el terreno de la lucha de clases: se da dentro del proceso mismo del enfrentamiento de clases, y no se puede dar al margen de él. Esta organización política de una clase es algo interno a ella y no puede ser llevada desde fuera, como algo externo a su propio proceso de constitución. El proletariado necesitará pasar, entonces, por una larga experiencia adquirida en la lucha misma, para llegar a ser un partido apto para la dominación de su clase. Pero, insistimos, si bien el proletariado pasa por diferentes fases de desarrollo, su existencia misma comienza en su lucha con la burguesía.

Para la burguesía, aun cuando su posición peculiar de clase dominante le facilite el camino a la adquisición de conciencia de su particularidad, su presencia autónoma en el devenir histórico también se va gestando en la lucha de clases. Sin embargo, el proceso revolucionario influye de manera distinta en el desarrollo

de la clase burguesa. Al analizar las formas complejas de la lucha de clases, Marx se ocupa, generalmente, de sólo dos clases cuyo enfrentamiento manifiesta la contradicción fundamental del modo de producción capitalista: la burguesía y el proletariado; el examen de la estructura interna de la clase burguesa revela la aparición de toda una serie de fraccionamientos, divisiones, fusiones de clases, que se distinguen por su relación específica con el nivel económico, tomando una forma ideológica y política determinada. El problema es, como decíamos, el de determinar los niveles de existencia de las clases en tanto que fuerzas sociales de esa formación determinada, es decir, el de determinar el modo de presencia de estas clases y fracciones de clase en el interior de la formación social francesa.

Marx distingue, dentro de la clase burguesa, fracciones que son perceptibles en el nivel de las relaciones de producción: es el caso, por ejemplo, de la burguesía industrial y la burguesía financiera. Otras fracciones de esta clase, la fracción de la burguesía republicana de la Asamblea Nacional Constituyente por ejemplo, sólo se descubren en el campo de la práctica política de clase. "No se trata -dice Marx a propósito de esta fracción- de una fracción de la burguesía mantenida en cohesión por grandes intereses comunes y deslindada por condiciones peculiares de producción, sino de una pandilla de burgueses, escritores, abogados, oficiales y funcionarios de ideas republicanas, cuya influencia descansaba en las antipatías personales del país contra Luis Felipe, en los recuerdos de la antigua república, en la fe republicana de un cierto número de soñadores y sobre todo en el nacionalismo fran-



cés..." (18Brum, p. 239).

La crisis revolucionaria influye en el desarrollo de la clase burguesa en el sentido de que a raíz de ella empieza a tomar conciencia más clara de sus intereses de clase, por encima de las contradicciones entre sus distintas fracciones, frente al proletariado y a las otras clases. No obstante, éstas mismas contradicciones serán un factor decisivo en el proceso que desemboca en el golpe de Estado bonapartista.

Dentro de este momento histórico específico que es el bonapartismo -cuyas características se verán más adelante- Marx analiza el funcionamiento de los campesinos parcelarios, esa "masa inmensa cuyos individuos viven en idéntica situación, pero sin que entre ellos existan muchas relaciones" (18Brum, p. 314). Estos campesinos, divididos por su modo de producción, forman una clase "en la medida en que millones de familias viven bajo condiciones de existencia que las distinguen por su modo de vivir, por sus intereses y por su cultura de otras clases y las oponen a éstas de un modo hostil"; pero, no forman una clase, "por cuanto existe entre los campesinos parcelarios una articulación puramente local y la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política" (18Brum, p. 314). Marx distingue, entonces, la lucha económica de la lucha política de clases, y parece no admitir la existencia de las clases plenamente constituidas más que en el nivel de la lucha política. Los campesinos parcelarios ocupan un lugar en las relaciones de producción pero no existen en su práctica política de clase; no están organizados como clase específica, por lo que

son incapaces de hacer valer por sí mismos su interés de clase, o de representarse. La ausencia de organización política manifiesta la ausencia de una práctica política de clase propia. Esto no quiere decir que los campesinos parcelarios estén al margen de la lucha de clases: están presentes alterando o modificando la manera como las otras clases actúan. No basta, pues, con analizar la determinación económica de la lucha de clases para poder explicar sus fases concretas: las luchas de clases específicas son irreducibles a la sola lucha económica. De ahí la importancia del análisis de las relaciones políticas e ideológicas cuyo funcionamiento es necesario para la reproducción del conjunto de las relaciones sociales.

Los campesinos parcelarios están ausentes en tanto que no actúan con autonomía. Lo que los hace funcionar como fuerza social es el fenómeno histórico del bonapartismo: modifican, alteran a las clases ya organizadas y con política propia, reforzándolas a cambio únicamente de ser representadas por Luis Bonaparte. Apoyan a la clase dominante, al Estado bonapartista, pero sin tener ninguna participación en el poder político, "...la influencia política de los campesinos parcelarios encuentra su última expresión en el hecho de que el poder ejecutivo somete bajo su mando a la sociedad" (18Brum, p. 314). Su apoyo se funda sobre todo un proceso de ilusiones ideológicas que se refieren a la creencia en Bonaparte como sucesor de Napoleón, el emperador que prometía "devolverles el esplendor": "su representante -explica Marx- tiene que aparecer al mismo tiempo como su señor, como una autoridad por encima de ellos, como un poder ilimitado de gobierno que los proteja de

las demás clases y les envíe desde lo alto la lluvia y el sol... La idea fija del sobrino se realizó porque coincidía con la idea fija de la clase más numerosa de los franceses" (18Brum, p. 314-315).

El papel específico de esta clase en las luchas sociales desde el peso decisivo de su voto tanto en la conquista del sufragio universal como, más tarde, en la elección de Bonaparte, hasta el apoyo que la mayor parte del campesinado presta a su golpe de Estado, revelan la enorme importancia que tendría para el proletariado una alianza con los campesinos.

Si en las jornadas de junio, el campesinado demostró una actitud hostil hacia la lucha proletaria, algunas fracciones de esta clase, decepcionadas de los partidos burgueses empiezan a apoyar la acción política del proletariado: "los intereses de los campesinos no se hallan ya, -escribe Marx- como bajo Napoleón, en consonancia, sino en contraposición con los intereses de la burguesía, con el capital. Por eso los campesinos encuentran su aliado y jefe natural en el proletariado urbano, que tiene por misión de rocar el orden burgués" (18Brum, p. 318). En un párrafo omitido en la segunda edición de este texto, Marx señalaba que sin el apoyo de la clase campesina -la más numerosa de Francia- la revolución proletaria -la revolución de la "inmensa mayoría"- estaría condenada al fracaso: "Al desilusionarse de la restauración napoleónica, el campesino francés abandonará la fe puesta en su parce la; todo el edificio estatal erigido sobre ella se vendrá abajo, y la revolución proletaria obtendrá el coro, sin el cual su solo se convierte, en toda la nación campesina, en un canto del cisne"

(18Brum, p. 320).

6. Las prácticas de clase sólo son factibles en el interior de aparatos -organizaciones sociales- que pueden ser institucionales o no. El conjunto de algunas de esas organizaciones constituyen el Estado, o lo que Marx llama "la máquina del Estado". En este texto Marx estudia un Estado capitalista histórico dado, pero, al mismo tiempo, proporciona algunos elementos cuya validez parece abarcar a todas las formaciones sociales capitalistas, y que muestran la especificidad, las características propias del Estado moderno. Ya en La ideología alemana Marx había esbozado una tesis fundamental: la especificidad del Estado y su naturaleza de clase.

En aquel texto Marx ya abordaba el problema de la constitución del nivel de la sociedad civil -de los intereses privados- y del nivel del Estado -de los intereses públicos- como dos regiones distintas de la esfera ideológico-jurídica burguesa. Al separar la sociedad en dos esferas jurídicamente diferentes, el Estado -el poder político- aparece como separado de la apropiación económica de los medios de producción. En las formaciones sociales capitalistas este proceso de constitución de dos esferas diferentes es simultáneo: la propiedad privada surge como separada del poder político y éste aparece como separado o independiente de aquélla. Esta separación -que es la forma en que la sociedad se organiza como sociedad burguesa- es, al mismo tiempo, la forma de vinculación entre el poder económico y el poder político y, justamente, lo que hace desaparecer la relación entre propiedad privada y poder político, constituyéndolos como dos espacios de prácti

cas distintas. Esta separación es una forma de lucha de clases, la cual define al Estado como un nivel específicamente político, como el lugar en donde se da el enfrentamiento de las distintas clases sociales organizadas como clases en función de sus intereses históricos.

El Estado moderno "aparece", entonces, como una entidad con existencia específica; el Estado moderno surge cuando se instaura un poder político que no tiene como su fuente directa a la propiedad; esto es, cuando nace el poder político de manera específica, no como resultado automático del poder económico. En la sociedad burguesa la dominación económica de una clase no es condición suficiente para que esta misma clase ejerza el poder político. Este poder político se ejerce de manera indirecta mediante un aparato especializado -la máquina del Estado- aparentemente colocado "por encima" de la sociedad, pero realmente al servicio de la clase dominante. De ahí la distinción entre poder de Estado y aparato de Estado.

Si bien, pues, el Estado no es algo totalmente separado de la sociedad en su conjunto, posee una autonomía relativa, es decir, actúa con base en una dinámica que le es propia.

Algunos señalamientos de Marx sobre el Estado en El dieciocho Brumario parecen afirmar la separación o independencia absoluta del Estado respecto de la sociedad civil. Es el caso, por ejemplo, de cuando Marx dice que "se comprende inmediatamente que en un país como Francia...donde el Estado tiene atada, fiscalizada, regulada, vigilada y tutelada a la sociedad civil, desde sus manifestaciones más amplias de vida hasta sus vibraciones más in-

significantes, desde sus modalidades más generales de existencia hasta la existencia privada de los individuos...la Asamblea Nacional perdía toda influencia efectiva, si...no dejaba a la sociedad civil y a la opinión pública crearse sus órganos propios, independientes del poder del Gobierno" (18Brum, p. 266). Y más adelante encontramos otra observación similar: "Cada interés común (gemeinsame) se desglosaba inmediatamente de la sociedad, se contraponía a ésta como interés superior, general (allgemeines), se sustraía a la propia iniciativa de los individuos de la sociedad y se convertía en objeto de la actividad del Gobierno..." (18Brum, p. 313).

Sin embargo, hay que entender estas observaciones en el sentido de que en el Estado se concentra el poder político, la capacidad de tomar decisiones que afectan al conjunto de la sociedad, independientemente de las relaciones económicas. Como decíamos más arriba, el aparato de Estado presenta frente a las relaciones económicas una autonomía específica por cuanto aparece como representante de la unidad de la sociedad civil en su conjunto. Hay entonces, una aparente separación entre la lucha económica y la lucha política de clases; aparente, pero real en tanto que son formas reales en las que se tiene que realizar esa lucha: "Hay que entender bien que este mecanismo no es en sí mismo una ilusión, como tampoco lo son las formas jurídicas que lo institucionalizan...Pero este mecanismo es necesariamente productor de ilusión o de desconocimiento en cuanto a la relación de clase que realiza" (Bali-bar, Cinq études..., p. 93). Justamente una de sus peculiaridades es que en las instituciones que lo constituyen, el dominio político de clase aparece como ausente. Todo ocurre, en esas institucio

nes como si la lucha entre clases dominantes y clases dominadas no existiese: en ninguna de ellas están presentes de manera abierta las relaciones políticas entre las distintas clases que consti-  
tuyen la sociedad. Las instituciones del Estado moderno están organizadas en torno a la igualdad jurídica de los individuos: como ciudadanos, éstos son iguales y libres. Ninguna institución se reconoce como representante de un solo grupo social. Toda la "má-  
quina del Estado" funciona como si la sociedad fuera un todo, sin fricciones, sin lucha social. Lo que se contrapone es el interés general o público al interés particular o privado. "En el funcio-  
namiento del aparato de Estado, la relación de clase está pues, disimulada, y le está por el mismo mecanismo que lo realiza. En efecto, el aparato de Estado no tiene nunca que vérselas con las clases como tales; ni con aquellas que detentan, de hecho, el poder ni con las que le están sometidas. Por este hecho, el poder político se presenta como un poder (una 'autoridad') del propio Estado sobre la 'sociedad'... Más exactamente, es la existencia del aparato de Estado la que constituye uno frente a otro (y recu-  
briendo el uno al otro) al 'Estado' y a la 'sociedad'" (Balibar, Cinq études..., p. 93).

Es el caso, por ejemplo, del sufragio universal que se presenta como la forma del interés general de la nación: "A la monarquía burguesa de Luis Felipe sólo puede suceder la república bur-  
guesa; es decir, que si en nombre del rey, había dominado una par-  
te reducida de la burguesía, ahora dominaría la totalidad de la burguesía en nombre del pueblo" (18Brum, p. 237). El Estado capitalista ya no deriva su legitimidad de la voluntad divina o por

herencia monárquica, sino que expresa la voluntad de todos los ciudadanos cristalizada en el sufragio universal. Así, el partido del orden -unión de la clase burguesa para combatir al proletariado- "tenía en sus manos... todos los poderes del Estado"; pero, lo más importante, lo que le da más fuerza son "las elecciones generales que hacían aparecer su dominación como voluntad del pueblo ..." (18Brum, p. 252).

El régimen parlamentario es, asimismo, la institución bajo la que podían unirse los dos grandes sectores de la burguesía francesa, dominando como clase única, al mismo tiempo que las clases dominadas no dejan de estar representadas: "En el parlamento, la nación elevaba su voluntad general a ley, es decir, elevaba la ley de la clase dominante a su voluntad general" (18Brum, p. 311). Los individuos aparecen, entonces, en la esfera de lo político, como ciudadanos que gozan de igualdad jurídico-política. Pero si se les considera como agentes de la producción, realmente no existe tal igualdad; la estructura económica determina la existencia y las formas de la lucha de clases. Por eso la concepción ideológica del Estado que separa la sociedad civil del Estado, sirve para desconocer, en última instancia, esa lucha de clases, siendo así una justificación, una racionalización, de ese sistema social clasista.

El análisis de El dieciocho Brumario muestra claramente que el Estado no mantiene la misma relación con cada una de las clases, y que estas relaciones específicas dependen de la correlación de fuerzas. El Estado no es simplemente el instrumento de la clase dominante, sino la institución encargada de mantener y reproducir



las condiciones de existencia de un sistema social determinado.

La autonomía relativa típica del Estado capitalista es la que hace que el Estado sea capaz de pretender representar los intereses de toda la sociedad sin que esa pretensión parezca completamente falsa. Sin embargo, esta autonomía relativa no pone en duda el carácter de clase del Estado como Estado de la clase dominante: "El Estado moderno es el instrumento de esta dominación y de esta solidaridad, el garante del mantenimiento de la explotación bajo sus diferentes formas. La propia República democrática burguesa, que descansa sobre el sufragio universal y el mecanismo de los partidos, es la forma normal de la 'dictadura burguesa'; es el único régimen político, en efecto, que permite la unidad de las diferentes fracciones de la burguesía y, por tanto, la dominación de la burguesía sobre la clase campesina y la pequeña burguesía" (Balibar, Cinq Études..., p. 26).

La autonomía relativa del Estado se muestra como necesaria no sólo respecto a las clases dominadas sino también en relación con las clases y fracciones de clase dominantes: el Estado tiene como función imponer cierto orden a la clase dominante, organizando y representando sus intereses privados, limitados e inmediatos, como su interés general de clase, y subordinar al conjunto de la sociedad, presentando ante las clases dominadas ese interés de las clases dominantes como el interés general de la sociedad. Esta función de organización social es realizada siempre con el fin de servir a la dominación histórica de la burguesía.

En virtud de su autonomía relativa, se puede caracterizar, siguiendo a Gramsci, el poder político del Estado como un equili-

brio de compromisos, "equilibrio inestable" (cf. Notas sobre Maquiavelo..., pp. 55 y 72), que no es dado o constante sino que, como dijimos, depende de la correlación de fuerzas sociales, la cual se transforma continuamente. Así, por ejemplo, el Estado, en el período histórico aquí estudiado por Marx, para mantener el sistema de dominación, tiene que reconocer bajo cierta forma algunos de los intereses de las clases dominadas, permaneciendo siempre dentro de ciertos límites. Es decir, las concesiones que la clase dominante hace a los grupos dominados tienen que ser tales que no afecten al sistema en lo esencial. Si el objetivo de las "jornadas de febrero" de 1848 era la reforma electoral, con el fin de derribar la dominación exclusiva de la aristocracia financiera, al cambiar la correlación de fuerzas, cuando la burguesía empieza a ver en la democracia un mecanismo peligroso para su dominación, en cuanto puede restringe el sufragio universal. La Asamblea Nacional Constituyente se convierte en "una protesta viviente contra las pretensiones de las jornadas de febrero" y tiene como fin "reducir al rasero burgués los resultados de la revolución" (18Brum, p. 236). Si durante las "jornadas de febrero" hay un equilibrio entre proletariado, burguesía y pequeña burguesía -lo que Marx llama "la farsa de la confraternización general"- este equilibrio se rompe con la insurrección del proletariado en junio. En el intento del proletariado por disolver esta Asamblea, pasa a primer término la contradicción entre burguesía y proletariado.

Un año después, la lucha de clases desplaza la contradicción principal y pasa a primer término el antagonismo entre burguesía

parlamentaria y pequeña burguesía: el equilibrio existente en el momento de la lucha contra el proletariado se rompe, y así vuelve a cambiar la correlación de fuerzas. Los dos grandes sectores de la burguesía francesa, unidos en la república parlamentaria, reconocen la necesidad de liquidar a los demócratas pequeño-burgueses, pero la derrota de la socialdemocracia resulta más fácil por las mismas características de este grupo social. Nacida de la combinación de demandas socialistas del proletariado disfrazadas de exigencias democráticas y de intereses pequeño-burgueses disfrazados de reivindicaciones socialistas, la democracia pequeño-burguesa cree estar por encima del antagonismo de clases, cree representar el interés general de la nación. Y son las contradicciones entre los intereses reales que pretende representar, por una parte, y su ideología pequeño-burguesa, por otra, lo que la lleva a su desintegración. El temor de la pequeña burguesía al posible poder del proletariado, la llevará más tarde a apoyar el dominio de la clase burguesa.

Lo anterior muestra que el Estado no es un mero instrumento de la clase dominante, ya que en su función de mantener un equilibrio de compromisos tiene que gozar de cierta autonomía como aparato. "El poder político no se ejerce tampoco directamente como si la clase dominante ejerciese por sí misma como colectividad un poder político sobre las clases dominadas...el Estado capitalista, el Estado de la clase capitalista, no es jamás el Estado de los capitalistas. Dicho de otro modo, la clase dominante no se define directamente como un 'sujeto' político...Si tal fuera el caso, no hubiese sido preciso, por lo demás, buscar y encontrar 'tras' las

apariencias del Estado la realidad de las clases que lo dirigen, definidas en última instancia por su lugar en el proceso de producción-explotación" (Balibar, Cinq études..., p. 91). Con Bonaparte, es más claro que el Estado no es el mero instrumento de la burguesía.

Con el golpe de Estado y la instauración del gobierno de Luis Bonaparte, la autonomía relativa del Estado alcanza aparentemente una forma extrema: "Es bajo el segundo Bonaparte cuando el Estado parece haber adquirido una completa autonomía. La máquina del Estado se ha consolidado...frente a la sociedad burguesa" (18Brum, p. 313). Todo aparece, entonces, como si el Estado funcionara independientemente de las fuerzas sociales, a causa de la consolidación de la autonomía relativa del aparato de Estado. La correlación de fuerzas, en la que la burguesía parece haber perdido la capacidad de gobernar, esto es, cuando ya no puede dominar en la forma directa en que lo había hecho hasta entonces, y en que el proletariado no es capaz todavía de conquistar el poder, determina un reforzamiento de la autonomía relativa del aparato de Estado. El concepto de "bonapartismo" remite a esta forma de Estado que corresponde a un determinado equilibrio de la lucha de clases. Marx muestra que al no haber una clara dominación política de unas clases sobre otras, el Estado aparece como un árbitro, superior a la sociedad, situado por encima de las pugnas sociales. El Estado aparece como si no tuviera ningún carácter de clase.<sup>9</sup>

Esto es sólo una apariencia. De otros planteamientos de Marx podemos ver que el Estado bonapartista sí representa una clase: "el poder del Estado -escribe Marx- no flota en el aire. Bona-

parte representa a una clase, que es, además, la clase más numerosa de la sociedad francesa: los campesinos parcelarios" (18Brum, p. 313). Ya dijimos algo acerca de la manera como Bonaparte "representa" a esta clase: la representación no va más allá de la confianza que tiene este sector en que la política de Bonaparte le será favorable.

La política estatal está limitada por los intereses sociales, pero puesto que la burguesía ha perdido la capacidad de imponer sus intereses de manera directa, la autonomía del aparato estatal se ve reforzada. En el Estado bonapartista la pretensión de que el Estado es el representante de todas las clases sociales es mucho más real. Bonaparte puede representar -simbólicamente- la clase de los campesinos parcelarios sin que ello afecte su iniciativa política, la cual no se encuentra ligada directamente a los intereses inmediatos de una clase. En todo caso, de lo que se trata es de mantener ese equilibrio de compromisos que en última instancia sirve a la dominación histórica de la burguesía. Todas las fracciones de la burguesía quedan excluidas del ejercicio del poder, pero para mantener sus intereses económicos, la clase burguesa se ve obligada a conservar y reforzar la máquina del Estado: "véase forzada -escribe Marx- por su situación de clase, de una parte, a destruir las condiciones de vida de todo poder parlamentario, incluyendo, por tanto, el suyo propio, y, de otra, a hacer irresistible el poder ejecutivo hostil a ella" (18Brum, p. 266). Las contradicciones internas del partido del orden -que en su desesperación por mantener su dominación se ve obligado a aliarse incluso con sus "enemigos de clase" -los republicanos "pu-

ros" y el partido de la Montaña-, lo llevan a desintegrarse en sus dos fracciones, cada una subdividida a su vez: "...el partido parlamentario del orden, con sus gritos pidiendo tranquilidad, se condenaba él mismo...a la inacción...declaraba la dominación política de la burguesía, destruyendo por su propia mano, en la lucha contra las demás clases de la sociedad, todas las condiciones de su propio régimen, del régimen parlamentario..." (18Brum, p. 300).

Esta crisis interna de sus fracciones, como resultado de la contradicción entre su interés privado y su interés político, se da junto con una crisis de representatividad: la burguesía se muestra incapaz de realizar su unidad política a partir de un interés común políticamente concebido: "Los ideólogos de la burguesía -escribe Marx- y la burguesía misma, los representantes y los representados aparecían divorciados y ya no se entendían más... Incomprablemente más funesta y más decisiva era la ruptura de la burguesía comercial con sus políticos...la aristocracia financiera condenaba la lucha parlamentaria del partido del orden contra el orden ejecutivo como una alteración del orden...la burguesía industrial...demostraba que la lucha por defender su interés público, su propio interés de clase, su poder político, no hacía más que molestarle y disgustarle como una perturbación de su negocio privado" (18Brum, p. 297-299).

Además de los campesinos parcelarios, Marx subraya la importancia de otros grupos sociales que permiten que la pretensión del Estado de ser enteramente neutral respecto de las clases en pugna, representándolas a todas por igual, sea más real; se trata

de la burocracia especializada, civil y militar, apoyos fundamentales del aparato de Estado. Un ejército -comprado por Bonaparte con salchichón y aguardiente-, una enorme burocracia -cuyos sueldos eran constantemente elevados- y la famosa "Sociedad del 10 de diciembre", compuesta en lo fundamental por el lumpenproletariado, es lo que constituye, según Marx, la base social y política del Estado de Luis Bonaparte. Marx parece subestimar esta base -la "camarilla" de Luis Bonaparte, la llama- pero al mismo tiempo señala ya la función decisiva desempeñada por esta "máquina del Estado" en el mantenimiento y reproducción del sistema de dominación establecido, función que es sobre todo represiva, La república parlamentaria, en su lucha contra la revolución, se había visto "obligada a fortalecer junto con las medidas represivas, los medios y la centralización del poder del Gobierno" (18Brum, p. 313). Marx muestra, la necesidad que tiene la clase dominante no sólo de utilizar el aparato del Estado sino de crearlo, desarrollarlo y transformarlo: "Los partidos que luchaban alternativamente por la dominación consideraban la toma de posesión de este inmenso edificio del Estado como el botín principal del vencedor" (18Brum, p. 313).

La clase burguesa se había mostrado incapaz de seguir dominando de manera directa, pero su dominación de clase no es menos sólida y efectiva después del golpe de Estado. La burguesía reconoce cada vez más las posibilidades que tiene de manipular y poner a su servicio el aparato de Estado, con el fin de mantener su dominación. Marx afirma que Luis Bonaparte "profana" la máquina del Estado, "haciéndola a la par asquerosa y ridícula" (18Brum, p.

323); pero es justamente a partir del golpe de Estado cuando empieza a adquirir cada vez más fuerza la dominación burguesa. El bonapartismo no es tanto la restauración del pasado como el fortalecimiento de la dominación de la burguesía bajo nuevas formas.<sup>10</sup> En su lucha contra la antigua dominación feudal y contra la nueva fuerza del proletariado, la burguesía, una vez en el poder, "perfecciona" esta máquina. La conservación de esta máquina burocrática y militar representa un peligro para la revolución proletaria, mientras "todas las revoluciones perfeccionaban esa máquina" la revolución proletaria tiene que "destrozarla" (18Brum, p. 313). La tarea histórica del proletariado es, entonces, derrocar a la burguesía, instaurando su propia dominación como clase. Encontramos así, dos ideas fundamentales de la teoría marxista: la necesidad de la dictadura del proletariado y la necesidad de la destrucción del aparato de Estado burgués.

7. El golpe de Estado de Luis Bonaparte fue un "resultado necesario e inevitable del proceso anterior" (18Brum, p. 305), concluye Marx de su análisis de este período del proceso histórico francés. He tratado de ir estableciendo cuáles eran -según Marx- esas circunstancias existentes que hicieron del golpe de Estado bonapartista un "resultado natural y necesario", como decía Engels en el prólogo antes citado, con el fin de definir cuál es la especificidad del determinismo histórico en la ciencia de la historia. Para explicar este acontecimiento histórico, Marx utiliza un sistema de conceptos dentro del cual puede establecer el conjunto de condiciones interrelacionadas que determinaron que ocurriera el gol-



pe bonapartista. Marx parte de la comprensión del proceso histórico, entendido como proceso de lucha de clases, determinado por factores objetivos en virtud de los cuales es posible captar una tendencia objetiva. Sólo el análisis científico, objetivo, de una situación, de la correlación de fuerzas, le permite a Marx derivar ciertas tendencias del proceso.

De este análisis se desprende el carácter específico del determinismo histórico. Es evidente que se trata de un determinismo complejo (sobredeterminación, usando el concepto althusseriano): Marx establece que: a) un conjunto complejo de relaciones e interconexiones pertenecientes a todos los niveles de la práctica social - contradicciones económicas, intereses políticos, ideológicas, etc.- interviene como condiciones (causas) en el proceso histórico; b) de estas condiciones (causas) un conjunto complejo de relaciones - las relaciones económicas son las determinantes en última instancia, son la condición general del proceso histórico; c) la eficacia del resto de las condiciones (causas) no es anulada de manera automática por la causa económica, sino que se produce todo un proceso de interrelaciones. Por una parte, la determinación que ejerce la estructura económica sobre la superestructura se realiza siempre a través de la lucha de clases, lucha que encuentra su base precisamente en aquella estructura. Esto significa que la estructura económica es base, pero no motor del proceso histórico. En otras palabras, la lucha de clases encuentra su raíz en las relaciones de producción, pero esta lucha se realiza bajo formas ideológicas y políticas que son la condición de la reproducción o transformación de esa base. Por lo tanto, la metáfo-

ra del edificio social no hace sino describir los lugares y las formas en que se desarrolla de forma desigual y compleja el antagonismo de clases. En este sentido las formas "superestructurales" de la lucha de clases poseen una autonomía relativa y ejercen una influencia decisiva en el desarrollo del proceso histórico.

A pesar, pues, de que múltiples planteamientos de Marx permiten atribuirle una visión economicista-mecanicista, puesto que establece una correlación rígida, mecánica, entre el nivel económico y el resto de las prácticas sociales, en El dieciocho Brumario encontramos otros planteamientos en los que Marx considera como "causas" o "condiciones" del golpe bonapartista factores de tipo ideológico y político que juegan un papel no menos relevante que el del proceso de producción económica. La mayor o menor importancia de estos factores -que son en definitiva formas específicas de la lucha de clases- dependerá del carácter de la formación social, de la fase en que se encuentre, de la coyuntura precisa, etc.

Marx reconoce que la lucha entre las distintas fuerzas sociales -cuya existencia está determinada por las relaciones de producción- desempeña un papel decisivo en la transformación del proceso histórico. Desde La ideología alemana ha quedado claro que este reconocimiento no supone que Marx vea la historia como creación de una determinada clase, como si ésta pudiera ser considerada como sujeto de la historia; las clases sociales encuentran su base en las relaciones de producción y son un producto de la lucha de clases, por lo que no se puede hablar de una clase determinada como "sujeto de la historia". En El dieciocho Brumario, el análisis

del proceso de constitución de las clases sociales muestra que el desarrollo de las fuerzas políticas y la práctica política de un grupo social dado, están determinados por la interacción de múltiples factores de tipo económico, político, ideológico, etc. La práctica de las clases sociales es siempre vista como inserta dentro del todo social, y las formas de su lucha están condicionadas por las determinaciones que en su conjunto constituyen un todo complejo. Por ello se puede afirmar que "lo que el determinismo histórico plantea es que las circunstancias existentes no sólo determinan quienes son las fuerzas sociales antagónicas, sino también las formas de desarrollo de las fuerzas políticas así como el tipo de actividad que éstas realizan. No es un conjunto restringido de circunstancias el que determina los diversos aspectos" (Pereyra, "El determinismo histórico", p. 136).

8. Marx investiga las fuerzas y factores que intervienen en el movimiento objetivo del proceso histórico con el fin de descubrir en él las tendencias necesarias desde su punto de vista científico, y así poder orientar la práctica política en función de dichas tendencias fundamentales. En La ideología alemana, Marx concluye de su análisis científico del proceso histórico que la tendencia fundamental de dicho proceso es la revolución proletaria que desembocará en la sociedad comunista. En El dieciocho Brumario, es claro que Marx concibe la revolución proletaria como un proceso objetivo, cuya posibilidad de triunfo está inscrita en las condiciones existentes que el análisis científico ha puesto de manifiesto.<sup>11</sup>

De ahí la importancia del conocimiento exacto de estas condiciones, para la elaboración de un programa que el proletariado debería poner en práctica para contribuir a que ese proceso objetivo siguiera la dirección que el análisis científico determina como necesaria. La política revolucionaria debe basarse en el conocimiento científico de la realidad que pretende transformar. Para Marx, la derrota del proletariado en junio de 1848 muestra la incapacidad del proletariado para organizarse políticamente como clase, pero al mismo tiempo sirve para aclararle los términos de la lucha: en las "jornadas de febrero" habían coincidido burgueses y proletarios en la necesidad de instaurar un régimen democrático, pero una vez alcanzado este objetivo -conquista fundamental para la clase proletaria-, los intereses de la burguesía no iban más allá de la república parlamentaria, mientras que el proletariado pretendía imponer sus intereses por la vía revolucionaria; el proletariado tiene que formarse, entonces, como clase antagónica a la clase burguesa. El proceso revolucionario no se desarrolla, pues, de modo lineal, sino a través de avances y retrocesos por lo que las posiciones del proletariado y sus direcciones políticas, sus formas de lucha, son un resultado del momento, de los objetivos, de la relación de fuerzas.

Si la revolución es, pues, un proceso objetivo, con avances y retrocesos, la elaboración de un programa revolucionario, las medidas o tácticas que se adopten, no son sino parte de esas condiciones materiales que determinan el desarrollo del proceso. Es evidente que esas estrategias puestas en práctica por el proletariado pueden contribuir -de hecho contribuyen- a que el proceso

siga un determinado curso. Pero, "la revolución no se desarrolla jamás según esquemas preestablecidos, no es jamás la aplicación de los 'programas' concebidos por el partido revolucionario. La política científica del proletariado no consiste en buscar en la teoría el plan de los acontecimientos históricos venideros, consiste en buscar en la teoría, en la inteligencia de las tendencias y de las condiciones actuales, los medios de comprender estos acontecimientos cuando se producen, con el fin de participar en ellos activamente, en lugar de soportarlos pasivamente" (Balibar, Cinq études..., p. 37).

## N O T A S

1. Un ejemplo de este tipo de intentos lo constituye Marx et la répétition historique de P. L. Assoun, en donde se pretende elevar a "ley" la afirmación de Marx al comienzo de El dieciocho Brumario según la cual "...todos los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen, dos veces...una vez como tragedia y la otra como farsa" (18Brum, p. 230). De esta constatación crítica, que lleva a plantear una serie de problemas -por qué se repiten ciertos acontecimientos, por ejemplo- Assoun sostiene que no se trata de una simple observación, sino de una ley -la "ley de la repetición histórica". Esta cuestión -la "teoría de la repetición"- se encuentra estrechamente ligada, según el autor, a la teoría de la ideología -"teoría de lo imaginario ideológico"-, sostenidas ambas por la "teoría de la praxis histórica". A partir de un análisis de los principios que sostienen estas "teorías", el autor pretende hacer una elucidación psicoanalítica del caso de los campesinos parcelarios examinado por Marx en este texto, determinando así la "teoría socio-ideológica" de Marx, aquí desarrollada. Es esta "investigación de la conciencia social la que permite dar cuenta de la lógica interna que hizo posible el acontecimiento y su percepción, y que condiciona el éxito de Luis Napoleón..." En su empeño por derivar "teorías" de las metáforas empleadas por Marx, que evidentemente apuntan a búsquedas conceptuales, Assoun puede llegar a un subjetivismo extremo al concluir que "es la conciencia social la que hace la historicidad del acontecimiento, reconociéndola" (p. 207). La explicación de Marx del golpe de Estado queda reducida a la descripción de este acontecimiento "como una convergencia de los proyectos de la conciencia social mixta con dominación campesina sobre el objeto 'Luis Bonaparte' que forjó el personaje -es decir trascendió la realidad objetiva irrisoria...hacia una realidad sublimada- y por ahí mismo hizo posible su acontecimiento" (p. 208). Con galimatías como éste, difícilmente puede pensarse que estos estudios están encaminados a contribuir al desarrollo de la ciencia de la historia.

2. Los ensayos de Carlos Pereyra han sido decisivos en mi manera de comprender la teoría marxista y, en particular, los problemas fundamentales de la explicación histórica.

3. Una de las aportaciones más importantes de Althusser a la teoría marxista radica en la tesis de los tiempos diferenciales en el desarrollo de los distintos componentes del todo social. Al respecto escribe Althusser: "Podemos concluir, a primera vista, acerca de la estructura específica del todo marxista, que ya no es posible pensar en el mismo tiempo histórico el proceso del desarrollo de los diferentes niveles del todo...a cada nivel debemos asignarle un tiempo propio, relativamente autónomo, por lo tanto, relativamente independiente en su dependencia, de los 'tiempos' de los otros niveles. Debemos y podemos decir: para cada modo de producción hay un tiempo y una historia propios, con cadencias específicas al desarrollo de las fuerzas productivas; un tiempo y una historia propios a las relaciones de producción, con cadencias específicas; una historia propia de la superestructura política...; un tiempo y una historia propia de la filosofía...; un tiempo y una historia propia de las producciones estéticas...; un tiempo y una historia propia de las formaciones científicas..., etc. Cada una de estas historias tiene cadencias propias y sólo puede ser conocida con la condición de haber determinado el concepto de la especificidad de su temporalidad histórica, y de sus cadencias (desarrollo continuo, revoluciones, rupturas, etc.). El que cada uno de estos tiempos y cada una de estas historias sea relativamente autónomo no quiere decir que existan dominios independientes del todo; la especificidad de cada uno de estos tiempos, de cada una de estas historias, dicho de otra forma, su autonomía e independencia relativas, están fundadas sobre un cierto tipo de dependencia con respecto al todo" (Althusser, Para leer El Capital, p. 110).

4. El concepto de causalidad estructural es indispensable para la explicación del proceso histórico. Este concepto permite dar cuenta del efecto del todo sobre cada una de las prácticas sociales, y de los efectos que éstas producen en el sistema cuando hay una modificación en alguna de ellas. No es suficiente decir que el todo marxista es la unidad compleja de varias prácticas sociales ni insistir en la articulación de éstas; es necesario además, reconocer que el todo posee una eficacia propia. En contra de la con-

cepción idealista de causalidad que pretende que cada elemento es sólo la expresión de alguna entidad general, la causalidad estructural busca dar cuenta de un todo cuyos elementos coexisten, se soportan y se determinan entre sí. Este concepto permite pensar la sobredeterminación, concepto introducido por Althusser, que alude al hecho de que la contradicción propia a una de las prácticas implica otras prácticas sociales, es decir, cada contradicción es determinante, pero a la vez sobredeterminada por el resto del conjunto de contradicciones sociales.

5. También para Schaff la historia tiene que explicar, es decir, tiene que mostrar no sólo los hechos sino las conexiones entre estos. Pero, al dar cuenta de la naturaleza de las explicaciones en la ciencia de la historia, por la manera cómo concibe la relación entre ciencia e ideología, y su particular concepción del proceso de conocimiento, Schaff confunde la explicación científica con la interpretación histórica. Para este autor, la producción científica forma parte de lo que él llama "ideología", por lo que en el desarrollo de las distintas ciencias se advierten las mismas modificaciones que las que se dan en "la conciencia" de los hombres a causa de los cambios en sus condiciones materiales de existencia. Al ubicar la ciencia de la historia en el plano de la superestructura, Schaff puede opinar que la constante reinterpretación de la historia se debe "al cambio de los criterios de la selección de los hechos históricos a consecuencia de un nuevo condicionamiento de las actitudes y de las opiniones de los historiadores" (Historia y verdad, pp. 332-333). El historiador "introduce indiscutiblemente el factor subjetivo en el conocimiento histórico" (p. 285), y la "objetividad" de este conocimiento quedaría garantizada para Schaff, por el condicionamiento de clase del conocimiento: "el conocimiento puede ser adecuado, científico en el sentido de su verdad, cuando su portador es la clase 'ascendente', revolucionaria; pero también puede ser deformante, cuando su portador es una clase condenada por el desarrollo social, es decir, conservadora" (p. 215). El planteamiento de Schaff conduce, pues, al desconocimiento de la científicidad de las investigaciones de la ciencia de la historia, a menos que aceptemos lo que ya ha sido suficientemente criticado dentro del marxismo que es, la dicoto-



mia ciencia burguesa/ciencia proletaria.

6. Cf. las cartas de Engels en contra del determinismo economicista: a Schmidt, de agosto 4, 1890; a Block, de septiembre 21-22, 1890; a Schmidt, de octubre 27, 1890; a Mehring, de julio 14, 1893; a Borgius (Starkenbourg), de enero 25, 1894.

7. Marx no nos dice explícitamente qué es un hecho histórico, pero, siguiendo a Althusser, la definición "en estado práctico" de este concepto nos indicaría que un hecho histórico es aquel que implica una transformación de la estructura, por su eficacia sobre el proceso de reproducción-transformación de las relaciones sociales; "se pueden definir como hechos históricos -entre todos los fenómenos que se producen en la existencia histórica- los hechos que producen una mutación en las relaciones estructurales existentes" (Althusser, Para leer El Capital, p. 112).

8. Para una exposición clara y rigurosa sobre el rechazo de la idea de que el hombre es el sujeto de la historia, véase C. Perera, "El sujeto de la historia".

9. "Cuando la crisis no encuentra esta solución orgánica (pasaje de las masas de muchos partidos bajo la dirección de un partido único), sino la solución del jefe carismático, ello significa que existe un equilibrio estático...: que ningún grupo, ni el conservador ni el progresista, tiene fuerzas como para vencer y que el mismo grupo conservador tiene necesidad de un jefe" (Gramsci, Notas sobre Maquiavelo..., p. 77).

10. Sobre la tendencia de Marx a disminuir la importancia del golpe de Estado, Gramsci comenta: "La fuerza dominante en Francia desde 1815 a 1848 se había escindido políticamente en cuatro fracciones. Las luchas internas de fracción eran tales como para tornar posible el avance de la fuerza antagónica progresista en forma 'precoz'; sin embargo, la forma social existente no había agotado aún sus posibilidades de desarrollo, como lo demostraron abundantemente los acontecimientos posteriores. Napoleón III representó (a su modo, según su estatura, que no era grande) estas posibilidades latentes e inmanentes" (Notas sobre Maquiavelo..., p. 87).

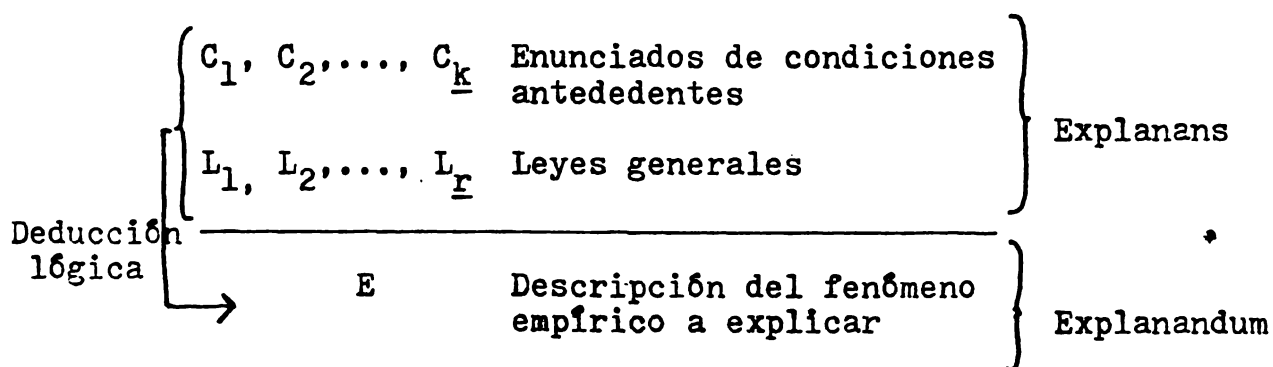
11. F. Claudín, en Marx, Engels y la revolución de 1848, señala que Marx y Engels concebían que el carácter proletario de la revolución de 1848 residía en el hecho de que el capitalismo europeo había llegado al límite de sus posibilidades históricas, cuando en realidad la crisis de la sociedad burguesa de 1848 era de crecimiento y no de agonía. "El marxismo -escribe Claudín- nace incurriendo en un tipo de error que habría de repetirse a lo largo de su historia: tomar por crisis final del sistema la crisis de una de sus formas o estadios" (p. 262). Este "error" se refleja en las "apreciaciones extremadamente subjetivas" de Marx sobre el grado de madurez política del proletariado o sobre el papel del campesinado y la pequeña burguesía, por ejemplo. Con todo, Claudín reconoce que "aun siendo errónea su idea central (de Marx y Engels) -la tesis del agotamiento histórico del capitalismo a mediados del siglo XIX-, esa concepción era la expresión clarividente, genial en algunos aspectos, de tendencias o problemas reales que habrían de generalizarse ulteriormente, en la fase imperialista del capitalismo, y ejercer influencia decisiva en la evolución de la humanidad" (p. 291).

III. DOS MODELOS DE EXPLICACION HISTORICA SIN TEORIA ESTRUCTU-  
RADA: HEMPEL Y VON WRIGHT.

## I. ASPECTOS DEL MODELO HEMPELIANO DE EXPLICACION HISTORICA.

El modelo de explicación científica de Hempel y Oppenheim, presentado en su artículo "La lógica de la explicación" (1948) es bien conocido y ha sido ampliamente discutido, como también lo ha sido el concepto de esquema explicativo presentado por Hempel en "La función de las leyes generales en la historia" (1942). Además, habría que tomar en cuenta las modificaciones introducidas en artículos posteriores ("Explanation in Science and in History" (1962) y "Aspects of Scientific Explanation" (1965)). No entraré, pues, en el análisis detallado de este modelo ni en las críticas que se le han hecho.<sup>1</sup> Me limitaré a señalar algunos de los supuestos fundamentales y algunos de los problemas con los que se enfrenta dicho modelo en el caso de la explicación histórica.

Para que una explicación científica sea correcta, Hempel y Oppenheim establecen que debe cumplir ciertas condiciones, tanto de tipo lógico como de tipo empírico (SLE, pp. 247-248). El siguiente esquema es un resumen de la estructura lógica de la explicación científica, según estos autores (SLE, p. 249):



La concepción general de explicación por inclusión deductiva del explanandum o fenómeno a explicar bajo leyes o principios teóricos generales es lo que se llama modelo nomológico-deductivo de

explicación (explicación N-D).<sup>2</sup>

La explicación consiste en responder a la pregunta ¿por qué es afirmado el fenómeno del explanandum?, mostrando que éste resultó de ciertas circunstancias particulares  $C_1, C_2, \dots, C_k$ , de acuerdo con leyes generales  $L_1, L_2, \dots, L_r$ . El explanandum es, por lo tanto, una consecuencia lógica del explanans: dadas  $C_1, C_2, \dots, C_k$  y  $L_1, L_2, \dots, L_r$  la ocurrencia del fenómeno aludido en el explanandum era de esperarse.

La inclusión de las condiciones particulares bajo leyes generales es esencial, pues sólo dichas leyes pueden mostrar la relación que existe entre el acontecimiento que se quiere explicar y el conjunto de condiciones particulares, dándoles sentido explicativo. "Una explicación N-D tendrá que contener, en su explanans, algunas leyes generales que son requeridas para la deducción del explanandum, es decir, cuya supresión haría el argumento inválido" (ASE, 338).

Las explicaciones causales -que consisten en señalar la causa o las causas de un acontecimiento- se conforman al modelo de explicación N-D, en virtud de que suponen implícitamente que hay ciertas leyes generales que relacionan la ocurrencia de un conjunto complejo de circunstancias, consideradas como condiciones suficientes, con la ocurrencia del acontecimiento (efecto) que se quiere explicar.

No toda explicación científica está basada en leyes de forma estrictamente universal. Hempel debe reconocer que hay leyes no universales, de forma probabilística o estadística implicadas en explicaciones científicas. Justamente, las leyes que se utilizan

en las explicaciones de las ciencias sociales tienen más bien carácter estadístico y no universal. Hempel destaca que las explicaciones probabilísticas comparten algunas características con las explicaciones nomológico-deductivas. En ambos casos el fenómeno que se está explicando se explica por referencia a otros acontecimientos, con los que el explanans está relacionado por medio de leyes. La diferencia está en que en el caso de la explicación probabilística las leyes no son de forma universal, sino de forma estadística o probabilística. Esto significa que mientras que en la explicación N-D, de la información contenida en el explanans se deduce con certeza el explanandum, en la explicación probabilística lo más que se puede decir es que el explanans hace al explanandum probable (con cierto grado), y no lo implica con certeza deductiva. Por ello, hay una gran diferencia lógica entre las explicaciones N-D y las explicaciones probabilísticas, cuyos argumentos explicativos son de carácter inductivo (explicación P-I o probabilístico-inductiva).

Mientras que los filósofos idealistas de la historia (Croce, Collingwood, Oakeshott) sostienen que existe una división tajante entre las ciencias naturales y las "ciencias del espíritu", para Hempel esta división, además de ser arbitraria, es falsa. En contra de estos filósofos que defienden el uso de métodos claramente subjetivos, tales como la "empatía", la "comprensión", la "hermenéutica", Hempel defiende la posibilidad de constituir la historia como ciencia. Los conceptos y procedimientos de las ciencias naturales pueden -y deben- ser aplicados para explicar los acontecimientos históricos.

Puesto que Hempel sostiene la unidad metodológica de la ciencia, la historia -si quiere alcanzar la condición de ciencia- deberá satisfacer los postulados del modelo nomológico-deductivo de explicación, o sus variantes propuestas para la historia. Como dijimos, en dicho modelo las leyes cumplen una función teórica indispensable, sin su presencia, no se podría hablar de explicación. La tarea de Hempel consistirá, entonces, en mostrar la existencia y función de leyes generales en la historia.

Para que una explicación sea completa, el explanandum debe deducirse de leyes generales y de condiciones antecedentes específicas. Hempel menciona varias maneras en las que una determinada explicación puede "desviarse" de lo que él ha caracterizado como modelos básicos de explicación científica.<sup>3</sup> Puede haber así, explicaciones elípticas, en las que no se mencionan ciertas leyes o hechos particulares porque se les considera obvios; explicaciones parciales en las que no se menciona ninguna ley o hipótesis general en virtud de la cual las condiciones iniciales señaladas explicarían el acontecimiento en cuestión, pero que sin embargo están sugeridas como base de la explicación. Estas explicaciones su primen, pues, parte del explanans, por lo que se trata de explicaciones incompletas. Las explicaciones probabilísticas también pueden ser "incompletas", pero no por no ser deductivas, ya que se construyen independientemente de la asunción de leyes estrictamente universales; pueden ser parciales en la medida en que le confieren probabilidad a enunciados más débiles.

En la literatura historiográfica es muy improbable que una explicación histórica se nos de con base en hipótesis universales;

y, generalmente, tales explicaciones no incluyen una declaración expresa de la hipótesis o leyes que utilizan. Hempel opina que esto sucede por dos razones: a) se trata de hipótesis que se relacionan ya sea con la psicología individual o social, ya sea con proposiciones conocidas por todos, por lo que los historiadores no se sienten obligados a formularlas explícitamente. Hay que señalar, sin embargo, que no hay un solo acontecimiento histórico que pueda explicarse de esa manera; b) a menudo sería difícil formular tales supuestos con precisión y que a la vez concuerden con la experiencia empírica disponible relevante. Términos como "por tanto", "en consecuencia", etc., nos muestran que de alguna manera se está haciendo uso de leyes o hipótesis universales para vincular las condiciones iniciales y el acontecimiento que se quiere explicar. El rigor de una explicación se pondría de manifiesto de mostrando que estas conexiones no son arbitrarias, es decir, que no se basan en regularidades que no existen, sino en leyes o hipótesis universales.

Aun cuando, en el terreno de la historia sea posible construir explicaciones no sólo en base a leyes o hipótesis generales sino también en base a hipótesis de probabilidad, teniendo entonces explicaciones de carácter probabilístico y no causal, "es cierto que en general las condiciones y especialmente las hipótesis universales implícitas no se encuentran claramente indicadas, y no pueden completarse sin abigüedad. (En el caso de las hipótesis probabilísticas, por ejemplo, los valores probabilísticos implicados podrán ser conocidos a lo más de manera aproximada.)" (GLH, p. 351).



Las explicaciones históricas no son lo suficientemente explicitas como para ser calificadas como elípticas o parciales, por lo que Hempel sugiere, entonces, que lo que ofrecen los análisis explicativos de los acontecimientos históricos no es una explicación en el sentido estricto, sino un esquema o boceto de explicación (explanation sketch). Este esquema consistiría en una indicación más o menos vaga de cuáles son las leyes universales que se requieren para completar este boceto; y, cuáles son las condiciones iniciales que se consideran necesarias para la explicación de un acontecimiento. El proceso de completamiento del esquema de explicación necesita, por tanto, de las condiciones relevantes y hacer explícitas las hipótesis universales que se encuentran implícitas en la explicación.

Frente a un acontecimiento histórico cualquiera se pueden tener numerosos esquemas de explicación distintos. Estos esquemas se irían completando en forma creciente, precisándose cada vez más por medio del avance de las investigaciones históricas. La manera como se valorarían los múltiples bocetos explicativos consistiría en reconstruir primero el argumento que constituye la coluna vertebral de los esquemas. Hempel insiste en que hay que poner el acento en los nexos ("de ahí", "por lo tanto", "en consecuencia") en los que el historiador encuentra el paso lógico a la conclusión. Al encontrar los supuestos teóricos que se encuentran détrás de esas conexiones, se verán las falacias en las que descansa la investigación, así como las hipótesis universales y probabilísticas que posibilitan una explicación científica.

La tesis central sostenida por Hempel es que toda explicación científica implica la subsunción de su objeto de conocimiento bajo regularidades generales. El modelo N-D y el modelo P-I -submodelos del modelo de la ley inclusiva- y sus diversas variantes, son idealizaciones teóricas que no pretenden, para Hempel, realmente describir de qué manera formulan los científicos sus explicaciones. El propósito del modelo de la ley inclusiva es el de "proporcionar explicaciones, o reconstrucciones racionales, o modelos teóricos, de ciertos modos de explicación científica" (ESH, p. 15). Los modelos presentados tienen, pues, un carácter muy vago, por lo que no son -ni pretenden ser- un análisis del complejo proceso de producción del conocimiento.

Los "esquemas explicativos" con los que Hempel pretende dar cuenta de la manera como explican los historiadores, son todavía más vagos. En su primera formulación, estos esquemas están calcados del modelo más fuerte presentado por Hempel (el modelo N-D): en las explicaciones históricas, los acontecimientos históricos deben deducirse, en principio, de leyes generales.

El modelo hempeliano de explicación histórica tiene un mérito innegable: afirmar la posibilidad y necesidad de constituir la historia como ciencia. Esto supone el abandono de la mera crónica, es decir, la historia no puede ser la simple presentación en orden cronológico de una serie de acontecimientos, que no rebase el plano descriptivo. Bastaría mencionar las múltiples "Historias", nacionales y universales escritas, sin contar con las "Historias" de la filosofía, de la literatura, de la ciencia, del arte, para comprobar que se trata de meras descripciones no explicativas del

proceso histórico.

No se trata de desechar la crónica: ésta juega un importante papel en la medida en que la explicación histórica descansa, por lo menos parcialmente, en esa serie de acontecimientos. Pero, la crónica no es sino una parte de la materia prima a partir de la cual el historiador podrá producir la explicación del proceso histórico. Además, toda esta materia prima no refleja completamente la realidad histórica que se busca explicar. Todo eso que forma la materia prima no es jamás neutral.

Por otra parte, un problema que no es tomado en cuenta por Hempel es el del reconocimiento científico de los hechos históricos. Una primera dificultad de orden práctico consiste en el carácter no-experimental de las ciencias sociales en general. Por esto mismo, tanto las "condiciones iniciales" como el hecho mismo que se busca explicar, pueden ser percibidos de manera distinta por estar ocultos por la ideología. Un acercamiento científico a los hechos históricos supone un trabajo de "desocultamiento", y el tomar en consideración que éstos pueden presentarse muchas veces "deformados". Es decir, el modo como se presentan los hechos históricos generalmente no equivale a su modo de funcionar real, efectivo. Esto no quiere decir que la "objetividad" por parte del historiador sea imposible, sino que es indispensable tener en cuenta las características específicas de los hechos históricos así como la existencia de la ideología y su posible intervención en la producción del conocimiento.

La científicidad de la historia tampoco puede depender de la "comprensión" que se tenga de los acontecimientos. Las críticas

de Hempel a la comprensión como método típico de las llamadas "ciencias del espíritu" que, en contraposición a las ciencias naturales que se preocupan por la causa, buscan más bien el sentido, son definitivas.

Hemos visto que Hempel niega que exista una diferencia básica entre las ciencias naturales y la historia, por lo que no se ocupa de analizar la estructura de la realidad histórica; su interés fundamental es el problema de la naturaleza de la explicación en las ciencias naturales, por lo que los acontecimientos históricos deben deducirse en principio de leyes generales.

Los ejemplos de explicación histórica que da Hempel en su primer artículo son muy sospechosos: rara vez -o nunca- se refieren a acontecimientos propiamente históricos. La posibilidad de construir una explicación tan "limpia" desde el punto de vista lógico sobre algún acontecimiento realmente relevante para la ciencia de la historia, es muy dudosa. Posteriormente introduce ejemplos que aunque tienen más que ver con la psicología, se acercan más al tipo de acontecimientos estudiados por la ciencia social. Del análisis de estos ejemplos se desprende que, para Hempel, si bien las explicaciones históricas siguen siendo nomológicas, el requisito de la inclusión de al menos una ley de carácter universal en la explicación ya no rige. Las explicaciones históricas se basan más o menos explícitamente en generalizaciones de carácter ampliamente probabilístico, que expresan, no uniformidades estrictas, sino más bien tendencias (ESH, p. 19).<sup>4</sup> El uso de conceptos como dependencia, determinación, en la ciencia de la historia, trae implícita la referencia a algún tipo de principio teórico ge

neral. Pero, en virtud de que dichas generalizaciones que sustentan las explicaciones rara vez se especifican de manera explícita, las explicaciones históricas son incompletas -son "esquemas de explicación".

Es difícil determinar con precisión cuál sería entonces, según Hempel, la función de las leyes generales en la historia, justamente por la vaguedad y amplitud de su "esquema de explicación". Hempel no considera el problema de cuáles serían las leyes específicamente históricas; señala únicamente que los historiadores "toman" las hipótesis universales que utilizan en sus explicaciones de otros campos de la investigación científica. Dichas hipótesis proceden de generalizaciones pre-científicas de experiencias cotidianas; las explicaciones históricas también pueden apoyarse en leyes generales de otras ciencias ya constituidas, como la física o la química. Para Hempel, "es injustificable y fútil intentar la demarcación de fronteras precisas entre los diferentes campos de la investigación científica, y un desarrollo autónomo de cada uno de estos campos" (GLH, p. 356).

El desconocimiento de la especificidad del objeto teórico de la ciencia de la historia, y de cada una de las prácticas científicas, la ausencia de una concepción explícita del todo social, en suma, la ausencia de una teoría de la historia, constituye un grave obstáculo en la determinación hempeliana de la especificidad de la lógica de las explicaciones históricas. Justamente porque sin tal teoría las leyes en cuestión aparecen como colgadas del cielo, es lo que hace que el modelo -por más ventajas que posea su simplicidad y su concisión- aparece como totalmente insufi

ciente.

Por ejemplo, Hempel señala que hay algunos tipos de presupuestos, que sin ser hipótesis universales, se encontrarían implicados en las conexiones entre el explanandum y el explanans en las explicaciones históricas. Nos dice que pretender que del examen de la situación económica pueden desprenderse explicaciones de otros fenómenos sociales (religión, arte, ciencia, etc.), o absolutizar un factor y, a partir de ello, pretender una explicación total de otros factores, son algunos de los presupuestos erróneos tomados a veces como hipótesis universales. Eso tiene como consecuencia el que la explicación no sea válida.

Supongamos, por un momento, que Hempel aludiera en cambio al principio marxista de la determinación en última instancia por la base económica, como presupuesto erróneo, o al principio según el cual la lucha de clases es el motor de la historia, efectivamente mencionado por él. En ese caso, debería, paralelamente, presentar ejemplos físicos dentro de su modelo de explicación, del mismo nivel de abstracción que aquéllos, cosa que no hace. Por otra parte, si así lo hiciera se encontraría con todas las dificultades con que tropezó el modelo neopositivista, piramidal, de la ciencia; y, en particular, con el de los conceptos y entes teóricos. Parecería, pues, una crítica excesiva considerar erróneos aquellos presupuestos, sin contar con un análisis ni siquiera de presupuestos del mismo nivel de abstracción en una ciencia tan constituida como la física. Lo que resulta inviable para la física, no puede ser exigido razonablemente para la ciencia de la historia.

Si Hempel acepta que "la ciencia plantea la pregunta '¿por-

qué?' también en relación con las uniformidades expresadas por tales leyes (leyes fácticas), y frecuentemente la responde básicamente de la misma manera, a saber, subsumiendo las uniformidades bajo leyes más inclusivas, y eventualmente bajo teorías comprensivas" (ESH, p. 11), tendría que reconocer que también en la ciencia de la historia, como en cualquier otra explicación científica, intervienen leyes de muy distintos niveles: desde principios muy generales, no contrastables directamente, principios que tienen como fin organizar el campo teórico, tratando de definir cuáles son los conceptos base que se van a utilizar, hasta leyes fácticas, como por ejemplo, las leyes económicas que se pueden comprobar de manera directa. No es suficiente, pues, decir que las explicaciones que se fundamentan en principios muy generales son erróneas o no válidas, sino que habría que determinar en qué nivel de abstracción se mueve dicha explicación.

Hempel afirma, como vimos, que la lógica de todas las explicaciones científicas es básicamente del tipo de la ley inclusiva -pudiendo ser más o menos completas y precisas. La extrema simplicidad de los modelos de ley inclusiva llega a ser, así, uno de sus principales atractivos. Pero esta misma esquematización constituye uno de sus graves defectos. Hablar de la explicación científica supone tener en cuenta las relaciones que existen entre los distintos elementos que forman parte del complejo proceso de producción del conocimiento, y que constituyen una unidad: la relación entre objeto real y objeto de conocimiento que se da por medio de un sistema teórico, un conjunto de hipótesis específicas y procedimientos de prueba o experimentos. El resultado de todo es-

te proceso es el conocimiento. Sólo en el seno de la práctica científica, analizando el lugar que ocupa en el proceso de producción de conocimiento, una explicación puede ser reconocida como científica. Sólo desde la teoría de la historia será posible determinar si es o no posible realizar análisis concretos que no necesariamente tengan que hacerse por vía de leyes universales. Sólo desde ese lugar puede determinarse si las pretensiones de relevancia tanto de las condiciones iniciales, como de las leyes o principios generales son o no espurias, y cuan fuerte o cuan débil es la base que nos permite explicar la ocurrencia de un acontecimiento.



## 2. UNA METODOLOGIA 'DISTINTA' PARA LAS CIENCIAS SOCIALES: ASPECTOS DEL MODELO DE EXPLICACIÓN HISTÓRICA DE VON WRIGHT.

En su libro Explanation and Understanding, von Wright propone un modelo de explicación histórica que se opone al modelo hempeliano. Como vimos, dicho modelo puede situarse dentro del intento de la filosofía analítica de la ciencia que surge como oposición a la corriente de filósofos idealistas de la historia, que sostienen una división tajante entre las ciencias naturales y las ciencias sociales. Von Wright vuelve a establecer este abismo entre ciencias naturales y sociales, al hacer la distinción entre los métodos de explicación científica -propios de las ciencias naturales- y la hermenéutica, en una de sus acepciones como teoría de la comprensión interpretativa -método propio de las llamadas ciencias sociales. El viejo dualismo muestra su fuerza, todavía activa, en la nueva versión de von Wright, en esta discusión contemporánea sobre la metodología de las ciencias sociales, distinta, por principio, de la de las ciencias naturales.

En el primer capítulo de Explanation and Understanding, von Wright nos presenta las características de dos tradiciones en la ciencia y en la filosofía de la ciencia: la tradición aristotélica que se caracteriza por ofrecer explicaciones teleológicas o finalistas de los hechos: Aristóteles y Hegel, por ejemplo, al explicar un fenómeno buscan hacerlo teleológicamente inteligible. La idea de ley que subyace es la de una conexión intrínseca que puede ser aprehendida por medio de la comprensión reflexiva. No se trata de predecir fenómenos a partir del conocimiento de sus cau-

sas eficientes.

La tradición galileana, para von Wright, se relaciona, por el contrario, "con los esfuerzos del hombre por explicar y predecir fenómenos" (EU, p. 3), dando explicaciones causales o mecánicas. Unida a esta tradición, está la posición positivista en la filosofía de la ciencia, posición criticada por von Wright especialmente por su énfasis en la unidad del método científico y por el requisito de incluir los fenómenos bajo leyes generales (característica fundamental de las explicaciones "causales").

Unida a la tradición aristotélica, y en contra del monismo metodológico positivista, la tradición hermenéutica sostiene que la historia es una ciencia que busca comprender los rasgos individuales y únicos de su objeto. Hay, por tanto, una diferencia entre "explicar" un hecho, finalidad de las ciencias naturales, y "comprender" un hecho, finalidad de la historia y de las ciencias sociales. La comprensión, señala von Wright, está relacionada con la intencionalidad, "dimensión semántica de la comprensión: uno comprende los fines y propósitos de un agente, el significado de una institución social o de un rito religioso" (EU, p. 6). La comprensión es, por tanto, una categoría semántica, no psicológica y es distinta de lo que se llama "empatía" (EU, p. 30).

En efecto, aun cuando no es muy claro cómo puede entenderse la comprensión en un sentido no psicológico, la peculiaridad metodológica de la explicación en la historia y en las ciencias sociales no reside, según von Wright, en el papel de la empatía en la comprensión, que otros autores de la misma tendencia consideraban por el contrario como central (intuicionistas), pero que aquí se

catalogan como psicológicos, sino en los elementos teleológicos que se encuentran implicados en dicha explicación. Von Wright basa el uso legítimo en la filosofía de la ciencia de la concepción teleológica, tanto en el surgimiento y desarrollo de la filosofía analítica de la acción (Anscombe, Taylor) como en el desarrollo de la cibernética.

Una de las metas fundamentales de von Wright es analizar la relación entre las explicaciones causales (específicamente, el concepto de "causación humeana", relación causal en la que causa y efecto son lógicamente independientes) y el concepto de acción humana, mostrando que ésta no puede ser explicada en términos de "causación humeana". Además, el concepto mismo de "causación humeana" depende, para von Wright, de la posibilidad de la acción humana, concebida de manera teleológica. Von Wright sostiene una noción experimentalista de causalidad según la cual la causación consiste en la intervención de un agente en un sistema determinado, intervención que provoca ciertos cambios que de otro modo no hubieran tenido lugar. "No podemos comprender la causación, ni la distinción entre conexiones nómicas y uniformidades accidentales de la naturaleza, sin recurrir a ideas acerca de hacer cosas y de interferir intencionalmente con el curso de la naturaleza" (EU, pp. 65-66). Es en virtud de nuestra habilidad no sólo de observar, sino de actuar, de interferir experimentalmente en un sistema dado, que podemos tener una concepción adecuada de la causalidad, y no en términos de relaciones humeanas de condiciones necesarias y suficientes. Así, según von Wright, también se estaría dando cuenta de la asimetría de causa y efecto.<sup>5</sup>

Von Wright distingue entre una cosa hecha (done) resultado de una acción, y una cosa producida (brought about) consecuencia de una acción. Si bien podemos decir que una acción ha sido causada, en el sentido en que puede ser resultado de órdenes, amenazas o persuasión, esto no involucra conexiones causales, sino que supone un mecanismo motivacional y como tal, se trata de una relación teleológica y no causal.

En relación con esto, una distinción importante es aquella entre comportamiento, aspecto teleológico tomado en cuenta por las explicaciones biológicas y cibernéticas, y acción, a la que se le atribuye intención, y que interviene en las explicaciones de las ciencias sociales. Por acción hay que entender, para von Wright, comportamiento comprendido o descrito bajo el aspecto de la intencionalidad. La validez universal del modelo nomológico-ductivo depende de su respuesta a la cuestión de si puede dar cuenta de la explicación de acciones. Si se puede hablar de causas para explicar la acción, el modelo N-D es válido; pero, todavía faltaría explicar la intención, los motivos de las acciones. Von Wright considera entonces la explicación histórica como una clase especial de explicación teleológica, distinta de las explicaciones causales.

La peculiaridad metodológica de la explicación teleológica -considerada como una alternativa real al modelo N-D- está en su uso de los silogismos prácticos. Tratados de manera asistemática por Aristóteles, desarrollados recientemente por Anscombe, este tipo de silogismos -"inferencias prácticas"- pueden ser resumidos del siguiente modo (EU, p. 96):

- (1) A tiene la intención de producir (bring about) p.
- (2) A considera que no puede producir (bring about) p a menos de que haga a.
- (3) Por lo tanto, A procede a hacer (sets about to do) a.

En la primera premisa de una inferencia práctica (IP) intervienen intenciones, deseos; en la segunda, creencias, conocimientos; estas premisas llevan a la ejecución de una acción: la conclusión se refiere así a la acción ejecutada por el agente. El esquema de (IP) es, según von Wright, el de una explicación teleológica "volteada al revés" (EU, p. 96). El esquema nos proporciona un conjunto de condiciones necesarias que nos permiten explicar acciones, y una explicación teleológica (el agente hizo X porque (1) - (3)) debe satisfacer estas condiciones enunciadas en el esquema general de explicación de acciones.<sup>6</sup> En un artículo posterior ("Replies") von Wright sugiere que en vista de las confusiones que pueden surgir del uso del término "inferencia práctica" preferiría llamar a este modelo de explicación "explicación intencionalista" (R, p. 374).<sup>7</sup>

Las explicaciones en historia y en las llamadas ciencias sociales no siguen exactamente este esquema (IP). Dichas explicaciones presentan ciertas afinidades con el modelo N-D, pero la intervención de elementos teleológicos es esencial, por lo que las "inferencias prácticas" juegan un papel fundamental como modelos de explicación en las ciencias humanas. En virtud de esta combinación de causación humana y elementos teleológicos en estas explicaciones, von Wright las llama explicaciones "casi-causales".

La validez de estas explicaciones no depende de la validez

de la conexión nómica entre causa y efecto, como en el caso de las explicaciones causales. Las explicaciones "casi-causales" nos permiten comprender qué es algo o por qué razón sucedió algo; de ahí su importancia, según von Wright, para la historia, para las ciencias sociales. En historia, las explicaciones serán del tipo ¿cómo fue posible?, y para que sean relevantes sus explananda deben consistir en resultados de acciones (individuales o colectivas); la explicación tendrá como fin decir cómo fueron posibles esas ac ciones. La teleología interviene en las inferencias prácticas que conectan el explanans con el explanandum.

Gran parte de los ejemplos utilizados por von Wright en el análisis de acciones -apretar botones, tocar timbres, abrir puertas y ventanas, pedir auxilio- son de poco o nulo interés para los historiadores. De hecho, "la explicación y descripción de acciones no es por ningún motivo la única, y tal vez ni siquiera la más importante de las tareas de las ciencias sociales (incluida la psicología)" (Tuomela, "Explanation and Understanding of Human Behavior", p. 193). Pero von Wright analiza un acontecimiento his tórico que no es de ninguna manera el resultado de la acción de un individuo, ni de muchos, pero que, según su planteamiento, sí fue una cosa hecha por muchos.

Dicho ejemplo se refiere al papel causal que jugó el asesinato del archiduque de Austria, en Sarajevo, en julio de 1914, provocando (causando) el estallido de la Primera Guerra Mundial (EU, pp. 139-143). Según él, el asesinato en Sarajevo no fue causal en relación a alguna ley general, sino en el sentido que proporcionó motivaciones para acciones posteriores. Causa y efecto no estarían

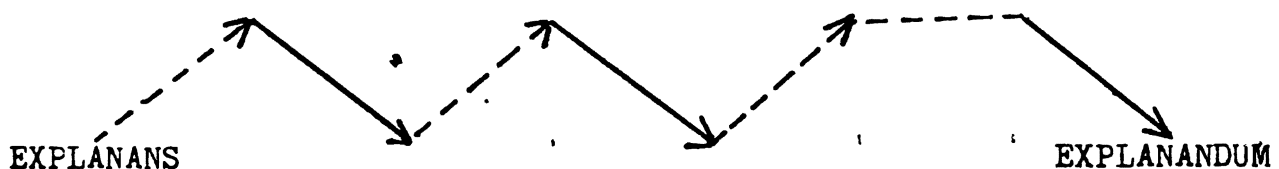
conectados por un conjunto de leyes generales, sino por un conjunto de enunciados singulares que constituyen las premisas de inferencias prácticas. Para comprender la conexión entre el asesinato en Sarajevo y el estallido de la Primera Guerra será necesario, entonces, no buscar leyes generales (recordemos que la validez de las explicaciones casi-causales no depende de la verdad de leyes generales) sino aclarar esos vínculos intermedios entre la causa y el efecto, que motivaron otras acciones. La "causa" (explanans) del estallido de la Guerra no es un solo acontecimiento, sino que consta de una serie de acciones, cada una de las cuales proporciona una motivación para la siguiente acción, o en otras palabras, crea una situación nueva que hace necesaria otra acción, hasta llegar a la conclusión final: el estallido de la Primera Guerra. A partir de ciertos hechos o "antecedentes de la motivación" o "fondo de motivaciones" (los fines y propósitos de la política austríaca), un acontecimiento (el asesinato), "desencadena" una inferencia práctica, que estaba ahí latente (EU, p. 141). El acontecimiento al que se le atribuye un papel causal sólo crea una nueva situación que proporciona la base empírica para inferencias prácticas que de otro modo no hubieran podido hacerse. Una explicación histórica casi-causal consistiría en una serie de acontecimientos independientes (asesinato del archiduque, el ultimatum austríaco a Serbia, la movilización del ejército ruso, la declaración de guerra de Austria a los serbios,...) vinculados por medio de un mecanismo motivacional, cuyo funcionamiento puede reconstruirse como una serie de inferencias prácticas.

Von Wright no nos dice cómo debemos seleccionar estos acontecimientos del conjunto casi infinito de acciones "desencadenadas"

por el primer acontecimiento, a su vez elegido de manera aparentemente arbitraria. A la serie de inferencias prácticas presentadas por von Wright como "explicación" del desencadenamiento de la Primera Guerra, el historiador podría agregar muchas otras por considerarlas igualmente relevantes. Esto da por supuesto que no existe el problema central en la filosofía de la historia- de la posible arbitrariedad de la "interpretación" de la historia, que llevado al extremo desemboca en el relativismo. En este ejemplo parecería que hay una sola interpretación posible, por lo que más que ligado a la hermenéutica, von Wright aparece como un descriptivista. Por otra parte, puesto que el modelo de explicación intencionalista no nos proporciona ningún criterio de cómo estarían estructurados y jerarquizados los múltiples factores que intervienen en la producción de un determinado acontecimiento histórico, parecería que sólo habría que ir agregando factores de cualquier tipo (político, económico, social, etc.) a medida que contamos con más evidencia, y "construir" las inferencias prácticas, hasta llegar al acontecimiento que se busca explicar (comprender).<sup>8</sup>

Von Wright nos presenta el siguiente esquema para explicarnos cómo se vinculan estos acontecimientos (EU, p. 143):

PREMISAS  
PRACTICAS



-----: un hecho afecta la premisa de una inferencia práctica.

\_\_\_\_\_ : un hecho nuevo surge como conclusión, es decir, como acción.



El peso de la explicación histórica está, según este modelo, en las inferencias prácticas, las cuales se basan, como vimos, en "intenciones", "deseos", "creencias", "acciones". Los fines y propósitos que constituyen el fondo o los antecedentes de una explicación son, según von Wright, "productos muy sutiles de tradiciones culturales, políticas, religiosas, etc." (EU, p. 144). Von Wright no se compromete a establecer una prioridad de determinación en estos factores, en el sentido de que los cambios de un sector pudieran derivarse de los cambios en un solo grupo de estos factores, puesto que dicha prioridad no podría ser comprobada. Esto se relaciona con el hecho de que el estudio de estos "antecedentes de la motivación" parece tener interés para von Wright sólo en la medida en que afectan las acciones humanas: los cambios que se den por circunstancias externas, hacen que nuevas acciones sean necesarias (cambios en el medio ambiente físico, por ejemplo) o posibles (cambios tecnológicos), y los que se dan por circunstancias internas, cambian la motivación (deseos y necesidades) y las actitudes cognitivas de los hombres.<sup>9</sup>

Aun cuando von Wright busca evitar entrar en la polémica en torno al "individualismo metodológico", el hecho de incorporar la idea de comportamiento intencional (acción) en su análisis de la noción de causa, lo acerca a esa posición.<sup>10</sup> Es verdad que von Wright no sostiene que los fenómenos sociales deban ser analizados y explicados a partir de enunciados sobre las creencias, disposiciones, intenciones, etc. de los agentes individuales y por referencia a las leyes y teorías concernientes a la conducta individual. Tampoco llega a considerar que a una sociedad -por ejemplo- se le puedan atribuir intenciones, motivos, etc., como si se

tratara de un "macro-agente". Pero, con todo, pienso que von Wright puede ser criticado por suponer que las explicaciones históricas se deben centrar en la explicación de acciones. Si bien no entra en la discusión sobre la distinción entre lo individual y lo colectivo y sobre la posibilidad de reducir los términos de un nivel a los de otro, von Wright coloca en el mismo nivel acciones individuales (un asesinato) y acontecimientos propiamente históricos (el estallido de una guerra), que desde su perspectiva suponen muchas acciones. No niego que las acciones individuales puedan ser consideradas como hechos históricos; pero definitivamente no es suficiente decir que el comportamiento al que se le atribuye intención es reconocido como hecho para la historia y las ciencias sociales (EU, p. 165). El proceso histórico no es algo tan complejo que su explicación sea imposible, pero tampoco es algo tan simple que pueda ser reducido al resultado de las acciones de los individuos. Los conceptos, las hipótesis formuladas por von Wright posiblemente puedan dar cuenta de las acciones humanas, pero se requiere de un modelo teórico mucho más complejo que el de las "inferencias prácticas" para explicar la realidad social. Como alternativa teórica frente a la línea desarrollada por Marx, el modelo de explicación presentado por von Wright no sólo es pobre, sino que incluso puede ser considerado como teóricamente estéril para dar cuenta del objeto de la ciencia de la historia.

Von Wright pretende defender la cientificidad de la historia y de las ciencias sociales basando las explicaciones que proporcionan dichas ciencias en la comprensión. Sin embargo, no es del todo claro en qué consiste la diferencia entre la simple descripción o interpretación de un acontecimiento histórico y esta peculiar moda-

lidad de comprender el proceso histórico.

El problema del determinismo histórico también es analizado por von Wright en términos de acciones humanas, relacionándolo con motivaciones, presión social, intencionalidad, metas. Hay, según von Wright, dos ideas de determinismo: una relacionada con ideas de predicción, propia de las ciencias naturales, y otra relacionada con ideas de inteligibilidad, es decir, determinismo ex post facto, propia de la comprensión de las ciencias humanas. Podemos aceptar que la predicción no constituye uno de los objetivos fundamentales de la ciencia de la historia (habría que ver incluso si la predicción estricta es posible). Pero para von Wright, "a menos de que seamos deterministas -escribe- pienso que tenemos que estar de acuerdo en que, algunas veces, ocurren (aparecen) diferencias sin una causa. Y algunas veces, la ausencia de una causa que estaba ahí no hubiera hecho ninguna diferencia en lo que realmente ocurrió, porque había también otra causa operando con el mismo efecto" (R, pp. 387-388). Parecería, entonces, que por un lado, von Wright acepta que hay efectos (diferencias) que surgen de la nada, y de manera totalmente arbitraria, y por otro, confunde la complejidad y diversidad de causas que pueden intervenir en la producción de un acontecimiento con la posible ausencia de esas condiciones. Por ello, en las ciencias sociales y en la historia, el determinismo está restringido, para él, al macro-nivel, y el problema con el que se enfrentarían estas ciencias sería el de reconciliar el supuesto indeterminismo en el comportamiento de los individuos aislados con el determinismo que rige el comportamiento de la colectividad (EU, pp. 161-162). Así, el determinismo sólo tiene sentido en la explicación teleológica de las

acciones, a las que se les pueden atribuir intenciones y actitudes cognoscitivas de los hombres. Con todo, no todas las acciones tienen una explicación teleológica; recordemos que para von Wright sólo el comportamiento que se comprende como acción, esto es, que se le atribuye intención, tiene interés para las ciencias sociales y la historia.

Von Wright intenta en un artículo posterior sobre el determinismo ("Determinism and the study of man") "externalizar" el problema, considerando no las acciones individuales sino los factores que determinan la conducta de un individuo como miembro de una comunidad, en el contexto de relaciones humanas institucionalizadas (DSM, p. 417). Pero, von Wright vuelve a tratar el problema del determinismo partiendo del modelo de inferencia práctica (IP) o explicación intencionalista. Deseos, deberes, habilidades, oportunidades, son los factores que determinan las intenciones de los hombres. Acepta que existe un contexto social que influye en el individuo, puesto que reconoce que estos factores determinantes tienen sus raíces en la estructura de la sociedad, como por ejemplo en la distribución de papeles o roles o en los modelos de comportamiento institucionalizados; al haber un cambio en estos factores sociales determinantes, habría también un cambio en las acciones. Pero von Wright se niega a aceptar cualquier tipo de determinismo, por lo que afirma que "los cambios en los determinantes son a su vez resultados de una acción... Así las acciones de los hombres están determinadas por su situación histórica, pero la situación histórica es ella misma el resultado de las acciones de los hombres" (DSM, p. 435).

Decir que la "situación histórica" no existiría sin los indi

viduos y sus acciones, es una trivialidad. Recordemos la crítica de Lenin al sociólogo Mijailovski para quien "el individuo vivo es el agente de la historia": "Esta tesis -escribe Lenin- de que la historia la hacen los individuos carece de todo contenido teórico. Toda la historia consiste en acciones de individuos, y la tarea de las ciencias sociales consiste en explicar dichas acciones, de modo que la invocación del 'derecho de ingerencia en el curso de los acontecimientos'...es una tautología sin sentido" (Contenido económico del populismo, pp. 128-129). En el caso de von Wright, uno de los problemas fundamentales de la ciencia social, el de explicar las determinantes de las acciones humanas, queda reducido al reconocimiento de éstas como causas determinantes de los hechos sociales. La sociología basada en la noción de rol ha sido suficientemente criticada como para seguir recurriendo a ella, como si tuviera carácter explicativo. Para von Wright, las "sociedades de los hombres" son "un reino nomológicamente regulado en el que el dominio del hombre no puede nunca ser desafiado y en donde es para siempre soberano" (DSM, p. 435). Comparte así, con el "individualismo metodológico" la negación del carácter determinante en algún sentido de las entidades sociales. Acepta que la realidad social está constituida por algo más que individuos que actúan, pero se niega a reconocer que el comportamiento de los individuos depende (está determinado) justamente del lugar que cada uno de ellos ocupa en el sistema de relaciones sociales. No obstante, es evidente que el análisis de la "situación histórica" o del conjunto de entidades sociales no es suficiente para explicar lo que Sève llama "las formas históricas de la individualidad" -aun cuando se parta del hecho de que éstas se construyen a

partir de determinadas relaciones sociales que tienen prioridad sobre ellas y que deben ser analizadas científicamente.

## N O T A S

1. Para una exposición detallada del modelo nomológico-deductivo de explicación histórica, así como de las principales críticas que se le han hecho y las respuestas a estas objeciones, veáse J. Graue, La explicación histórica.
2. Hempel acepta el término de modelo de "ley inclusiva" sugerido por Dray. Por 'ley inclusiva' hay que entender la ley o leyes pre supuestas en las explicaciones históricas. Este término daría cuenta, entonces, tanto del modelo nomológico-deductivo como del probabilístico-inductivo.
3. En "Aspects of Scientific Explanation", Hempel habla de tres tipos básicos de la explicación científica: nomológico-deductivo, inductivo-estadístico y deductivo-estadístico. En "Explanation in Science and in History" sólo menciona dos: el nomológico-deductivo y el inductivo-probabilístico.
4. Esto implica que las críticas de L. Nowak al modelo de Hempel son exageradas puesto que lo simplifica demasiado. Cf. La scienza come idealizzazione: i fondamenti della metodologia marxista, pp. 151-156.
5. Algunos autores, como R. Tuomela en "Explanation and Understanding of Human Behavior", encuentran que el argumento de von Wright para establecer la asimetría entre causa y efecto ni siquiera es concluyente, incluso dentro de su visión experimentalista de causalidad. Tuomela critica la noción de causa presentada por von Wright por ser subjetivista y porque "la explicación experimentalista de causalidad está intelectualmente basada en una imagen instrumentalista, de 'control' científico" (pp. 190-191). En este artículo Tuomela sólo presenta, sin desarrollarlas, algunas ideas de lo que podría ser un análisis objetivista de la causalidad, en el que la noción de causa es independiente de las acciones de los agentes humanos.
6. Rex Martin considera que la explicación que da von Wright de las explicaciones teleológicas no es una explicación adecuada de la lógica de la explicación de acciones, porque no establece una conexión inteligible entre la intención del agente y su acción, y

por lo tanto no satisface lo que entendemos por comprensión: "Una explicación de acciones nos debe decir algo más que el que los hechos citados satisfacen el esquema básico. Una explicación debe producir comprensión: debe proporcionar una narrativa fáctica que seamos capaces de seguir, una explicación de acción que seamos capaces de 're-actuar'" ("Explanation and Understanding in History", p. 315). En sus "Replies" von Wright señala, con razón, que la crítica de Martin está dirigida desde la perspectiva de Collingwood y Dilthey, a quienes sigue muy de cerca en su intento por integrar la comprensión en el dar cuenta de las explicaciones teleológicas de acciones (cf. R, pp. 411-413).

7. Von Wright discute a lo largo de su libro muchos puntos importantes en relación con la explicación de acciones humanas. No entraré en la discusión de dichos temas a menos que tengan una relación directa con el tipo de explicación histórica que propone. Tampoco analizaré si su esquema (IP) de inferencia práctica es lógicamente concluyente. Sólo me interesa ver qué posibilidades reales de explicación histórica habría en el caso de que fuera concluyente.

8. Mac Intyre, en su artículo "Causality and History", critica el concepto de causalidad defendido por von Wright justamente por no poseer una estructura jerárquica, identificándolo con el punto de vista que él llama "pluralismo causal", según el cual se trata de considerar toda la evidencia, agregando causa más causa, sin saber qué peso darle a cada una de ellas en la explicación. El "pluralismo causal", según Mac Intyre, no posee un concepto de "orden causal" pre-existente (concepto fundamental en la explicación de la relación causal presentada por este autor), y por lo tanto no puede contar con un concepto de la causa que intervino en la producción de un determinado cambio (cf. p. 153). El marxismo-leninismo contaría, por el contrario, para Mac Intyre, con un concepto más adecuado de causalidad; al explicar el estallido de la Primera Guerra Mundial, por ejemplo, no intentará buscar "la causa" o "las causas", sino que a partir de la identificación de un "orden causal pre-existente" -el imperialismo, estadio más alto del capitalismo- podrá determinar en qué sentido la guerra era inevitable.



9. Von Wright puede afirmar así, que la concepción de Marx del proceso histórico consiste esencialmente en un esfuerzo por encontrar el origen de los cambios sociales en cambios de naturaleza tecnológica, uniéndose de este modo, por otra vía, a las interpretaciones economicistas del pensamiento de Marx, -aun cuando reconozca que "la verdad" del "paradigma" proporcionado por el materialismo histórico está en su fertilidad para ampliar nuestra comprensión del proceso histórico (EU, p. 145 y p. 202).

10. El ensayo de C. Pereyra, "El individualismo metodológico: un caso de contrarrevolución teórica", contiene un análisis crítico de las tesis y planteamientos del "individualismo metodológico".

A N O T A C I O N E S   F I N A L E S .

1. En la Introducción nos referimos a la tesis de Lenin según la cual la concepción materialista de la historia es la única concepción científica de la historia, mientras no contemos con otra teoría alternativa con mayor poder explicativo. He presentado, brevemente, dos modelos alternativos de explicación histórica: el tipo de explicación propuesta por von Wright, alternativa inaceptable tanto por los supuestos que subyacen en esta manera de hacer de la historia una ciencia, como por la pobreza de este modelo frente a la vía abierta por Marx en el conocimiento de los hechos sociales e históricos. En tanto que Hempel se limita a formular ciertas condiciones formales que debe cumplir una explicación para ser científica, su modelo de explicación histórica está más cerca de Marx, pero, por esa misma razón, la alternativa marxista cuenta con una teoría incomparablemente más eficaz para la producción del conocimiento del ámbito de lo social.

Comprender la peculiaridad de la explicación histórica para von Wright, depende del supuesto de que hay -o debe de haber- una diferencia entre el método utilizado por las ciencias naturales y el método propio de las ciencias sociales. La naturaleza y la historia serían dos dominios separados y, frente al "error" del positivismo para el que la historia, como la naturaleza, también tiene carácter nomotético, von Wright sostiene la "comprensión" como método específico de las ciencias sociales. Hempel, como vimos, se adhiere a la posición según la cual no habría ninguna diferencia metódica entre las ciencias naturales y la historia.

En los textos de Marx aquí examinados, no hay, desde el punto de vista epistemológico, ninguna separación entre naturaleza y sociedad. Por la manera como concibe su objeto de conocimiento,

la ciencia de la historia no puede ser una ciencia que se base en construcciones apriorísticas o en principios explicativos de carácter psicológico, socio-psicológicos o similares. Marx no acepta la tesis de la diferencia metódica fundamental entre las ciencias de la naturaleza y la ciencia social. En el primer capítulo de El Capital, escribe: "Mi punto de vista consiste en que considero el desarrollo de la formación económico-social como un proceso histórico-natural". La historia no es, pues, un conjunto caótico de hechos. Si por algo se puede definir la posición materialista de Marx en relación con la explicación de la historia, es justamente por partir de la hipótesis fundamental de que la historia está estructurada y puede ser conocida científicamente como la realidad natural, y tratar, por tanto, el curso del proceso histórico en su estricta necesidad material. En ¿Quiénes son los "amigos del pueblo"?, Lenin hace una comparación entre el carácter "histórico-natural" del método marxista de investigación y el evolucionismo de Darwin, señalando el carácter científico de la concepción materialista de la historia: "Del mismo modo que Darwin puso fin a la idea de que las diversas especies de animales y plantas no están ligadas entre sí, son casuales, 'creadas por Dios' e invariables, y colocó por primera vez la biología sobre una base completamente científica, estableciendo la variabilidad y la continuidad de las especies, así Marx puso fin al modo de concebir la sociedad como un agregado mecánico de individuos sujetos a toda clase de cambios por voluntad de las autoridades..., agregado que surge y cambia casualmente, y colocó por primera vez la sociología sobre una base científica, al formular el concepto de la formación económico-social, como conjunto de determinadas

relaciones de producción, al establecer que el desarrollo de estas formaciones constituye un proceso histórico-natural" (¿Quiénes son los "amigos del pueblo"?, p. 17).

La concepción marxista no puede confundirse con una filosofía de la historia, basada ya sea en principios metafísicos, imposibles de relacionar de modo no especulativo con la realidad que pretenden explicar, ya sea en una idea que le confiera sentido y a la que esté sometido el proceso histórico en su totalidad. Pero la explicación histórica tampoco puede basarse en conceptos que se refieren a la conducta individual. La tesis básica del materialismo es la del reconocimiento de la prioridad de la materia sobre la conciencia. Tomar las acciones de los hombres como punto de partida en la explicación del proceso histórico es contrario al programa teórico materialista iniciado por Marx. Cuando Marx escribe en La ideología alemana que "Mientras que en la vida vulgar y corriente todo shopkeeper sabe perfectamente distinguir entre lo que alguien dice ser y lo que realmente es..." (IA, p. 55), no sólo debe entenderse por esto la insistencia de Marx en atenerse a los hechos "reales", sino una muestra más de uno de los principios fundamentales del materialismo según el cual es el ser el que determina la conciencia, y el reconocimiento de que el ser es distinto de su conciencia de sí. Para von Wright la inteligibilidad del proceso histórico depende de la comprensión que se tenga del comportamiento de los agentes históricos. El uso de nociones tales como motivos, intenciones, ..., -esas nociones llenas de contenido psicológico a pesar del intento de von Wright por inscribir la comprensión en una "dimensión semántica"- respondería a un programa explicativo idealista. El programa materialista de la ex

plicación histórica parte, por el contrario, de la construcción de conceptos que se refieren a lo que Marx llama la "base material" de la sociedad, esto es, al conjunto de relaciones sociales. Si para Marx "el hombre es el conjunto de sus relaciones sociales", es en el análisis del conjunto de estas relaciones en donde habrá que buscar la explicación del proceso y no -como von Wright, entre otros- en las acciones de los hombres. Para Marx, los hombres concretos sólo pueden ser definidos a partir de sus relaciones en el seno del proceso de producción.

Si Marx inaugura un nuevo campo del saber, "elevando la sociología al grado de ciencia", como dice Lenin, es porque su punto de partida en la explicación de los hechos históricos no son conceptos que se refieren a las creencias, motivos o intenciones de los agentes históricos, sino conceptos que analizan los procesos históricos, las instituciones, las acciones de los hombres, esto es, las distintas formas de la práctica social, según su ubicación y articulación en un espacio -en un todo social- articulado y jerarquizado de manera específica, mostrando la necesidad material del proceso histórico. "La condición teórica previa que rige esta teoría, en la que las relaciones (de producción, de clase, etc.) son determinantes, esta teoría que encierra la idea de una causalidad por las relaciones y no por los elementos, es el rechazo del presupuesto teórico de la Economía Política clásica o de las teorías idealistas de la historia, a saber, que son los individuos, los sujetos (originarios, como causas últimas) de todo el proceso económico o histórico" (Althusser, Nuevos Escritos, p. 126).

2. Las diferencias entre el modelo hempeliano de explicación histórica y la teoría marxista de la historia, se deben, tal vez más a lo que Hempel asume implícitamente que a los distintos principios que cada uno de ellos -Hempel y Marx- pronuncia clara y explícitamente.

Un supuesto generalmente aceptado por el empirismo es aquel según el cual se puede conocer directamente cualquier cosa -fenómenos o entes subyacentes- por medio de la observación, sin asunciones teóricas previas. Lo básico de la actividad científica es, por tanto, la observación y, a partir de ella, se procede a aumentar el grado de certeza de nuestros conocimientos. El objetivo científico principal es el de probar la verdad de los enunciados que se consideran como conocimiento. La realidad sería, para el empirista, un conjunto más o menos complejo de hechos que son directamente observables, es decir, observables independientemente de cualquier teoría. Las proposiciones acerca de hechos inobservables tendrían que ser traducibles, en principio, a proposiciones observacionales, mediante criterios bien estrictos, pues en caso contrario, esas proposiciones sólo serían un instrumento heuristico para ordenar la observación. En general, la tradición empirista, al no trazar la distinción entre lo observable y lo inobservable, se compromete con la aceptación del mundo tal y como aparece, con lo que sus análisis se convierten en simples descripciones, eliminando la posibilidad de cualquier explicación.

Hempel no es un empirista radical; en su posición encontramos cambios relevantes que lo alejan de las tesis generalmente sostenidas por esa tradición. Hempel acepta que el objetivo de una teoría es proporcionar una comprensión más profunda y exacta

de las regularidades que revelan la observación directa o experimental de una clase de fenómenos. Para ello, la teoría no se queda en lo observable de esos fenómenos sino que los interpreta como manifestaciones de entidades y procesos que estarían detrás o debajo de ellos. La teoría formula, entonces, leyes teóricas o principios teóricos que estarían gobernando dichas entidades y procesos que subyacen a lo superficial. "La investigación científica -escribe Hempel- y en especial la explicación teórica persigue un tipo de objetivo de penetración en los fenómenos que se alcanza mediante una unificación sistemática, mediante la demostración de los fenómenos como manifestaciones de estructuras y procesos subyacentes comunes que se ajustan a principios básicos específicos contrastables" (Hempel, FCN, p. 125).

Las construcciones teóricas dan cuenta, entonces, de las regularidades de los fenómenos, ocultas a la observación directa. Para Hempel no se requiere llegar a los enunciados teóricos por vía de generalizaciones -vía enunciados que se refieren a observaciones directas- sino que los considera como hipótesis, siempre y cuando éstas sean susceptibles de ser contrastadas con la experiencia. La teoría nos permitiría, así, ir conociendo cada vez más cosas acerca de la realidad.

Para Marx la distinción entre las "apariencias" y la "esencia" de un determinado objeto es fundamental. Pero, no hay que buscar en Marx la distinción clásica entre esencia, aquello que es real, y apariencia, aquello que es irreal, que es sólo una invención, o que, en el mejor de los casos, sólo es a medias. La distinción de Marx se refiere más bien a lo que hoy entendemos por distinción entre entidades observables y entidades inobserva-



bles. Es necesario, desde una posición materialista, "aceptar la existencia de entidades inobservables, cosas o estados o mecanismos, que no aparecen pero a los que se debe hacer referencia para explicar acontecimientos o sucesos del mundo de lo "observable" (Ruben, Marxism and Materialism..., p. 127). Para superar el empirismo en la explicación de los hechos sociales, es necesario, así, llegar a las estructuras objetivas que subyacen a estos hechos: detrás de las conductas de los agentes históricos, detrás de las instituciones, hay que buscar el mecanismo y la estructura que los hace "aparecer" de ese modo y no de otro. Y, el mecanismo y la articulación socio-históricas de los objetos de la ciencia de la historia sólo pueden ser conocidos por medio de la producción de una teoría que defina las condiciones de funcionamiento y los efectos objetivos de las distintas formas de la práctica social.

En la Introducción de 1857 ya citada, Marx señala que el análisis económico clásico parece comenzar por lo "concreto", por aquello que los empiristas llaman los "hechos". Cuando se observa con atención, es evidente, que estos hechos, aislados, son puras abstracciones: la realidad se presenta, en ese análisis, como "una representación caótica" de acontecimientos. Sólo cuando la ciencia produce un objeto de conocimiento, cuando elabora "las múltiples determinaciones abstractas", y obtiene una representación unitaria de esa diversidad caótica, entonces surge un concreto de pensamiento que permite conocer lo concreto real. "Lo concreto es concreto -afirma Marx- porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad de lo diverso. Aparece en el pensamiento como proceso de síntesis, como resultado, no como punto de partida" ("Introducción", p. 21).

La distinción entre esencia y fenómeno en Marx puede entenderse, entonces, como la necesidad de no permanecer en el nivel de lo sensible-concreto, ese "concreto" en el sentido empirista, pobre en determinaciones y por lo tanto abstracto, sino de construir el objeto de conocimiento, el conjunto de conceptos que permiten explicar el objeto real. La actividad científica tiene que ser capaz de penetrar las apariencias del mundo natural o social, explicando no sólo esa apariencia inmediata, sino la estructura interna de la realidad.

3. A pesar de la aceptación en Hempel de la importancia del papel que juega la teoría en el conocimiento científico, en sus análisis sobre la explicación histórica ya no se habla de una teoría sobre la que estaría montada la explicación, y los hechos, nuevamente, son la base de la ciencia. Marx, por el contrario, le da una enorme importancia a la construcción de una teoría, por lo que Hempel está, en este sentido, muy lejos de Marx.

Si podemos afirmar que Marx inaugura el conocimiento científico de la historia es porque construye el "concepto de historia", el objeto teórico "historia", determinando así el contenido preciso de la teoría de la historia con la que se pretende conocer los objetos reales y concretos llamados "históricos". Como cualquier otra ciencia, la historia tiene que construir su teoría: sólo mediante un sistema de conceptos teóricos que fundamenten los métodos y prácticas de los historiadores, y que defina el objeto que se quiere conocer, la historia puede llegar a constituirse como ciencia. La definición teórica específica de lo que se quiere estudiar es algo de lo que la historia no puede prescindir. Los his

toriadores que pretenden pasar por alto esta exigencia, sustituyendo la teoría en sentido estricto, por métodos o reglas de trabajo más o menos complejas con los que se pretende aprehender y explicar la historia "concreta" -"las evidencias 'concretas' del tiempo ideológico" (Althusser, Para leer El Capital, p. 120), en realidad no producen tal conocimiento. En su trabajo está implícito el funcionamiento de una "teoría" que guía los criterios de selección de "hechos" y de interpretación de los mismos; pero, en tanto que se trata de una "teoría ideológica", de una teoría que no ha sido construida de manera específica, el resultado de las investigaciones resultantes no puede ser sino ideológico: o bien se reduce la tarea de la ciencia de la historia a la mera crónica, con la pretensión de que la científicidad depende del mayor apego a los "hechos", de que la teoría está en los hechos -cuya definición como hechos (históricos) depende justamente de la teoría; o bien, se enuncian grandes principios generales a partir de los cuales se intenta dar cuenta de lo concreto, sin llegar a postular qué tipo de relación habría entre esos principios abstractos y esta realidad concreta, relación que muchas veces ni siquiera se da, como es el caso de las Filosofías de la Historia.

Por el contrario, la teoría de Marx nos muestra, como dijimos, que no hay conocimiento de la historia sin una definición teórica de lo que es historia. El discurso científico de Marx al construir el "concepto de historia" permite explicar (científicamente) los objetos "históricos", permite realizar análisis concretos que son realmente explicativos y no simples descripciones de hechos "evidentes".

El sistema de combinaciones articuladas y jerarquizadas en-

tre las distintas prácticas en la estructura social, es uno de los principios que fundamentan la transformación de la historia en ciencia, definiendo rigurosamente los límites y la extensión de su objeto. Esta nueva ciencia piensa la historia como un todo complejo articulado en donde tiene lugar toda la práctica social, cuyas diversas formas se articulan entre sí de modo específico. Una vez que se definen las entidades y fenómenos más relevantes en el desarrollo del proceso histórico, se formulan conceptos o hipótesis de distintos grados de alcance para explicar las conexiones entre dichas entidades y los fenómenos. La construcción de los conceptos base, por medio de los cuales se expresan los elementos principales, las contradicciones determinantes del objeto teórico, y que permiten investigar cuáles serían las leyes fundamentales de su desarrollo, permitirá que la ciencia pueda comprender su objeto y actuar sobre él.

La ciencia de la historia designa así la triple articulación fundamental -económica, política, ideológica- de las prácticas sociales, y formula tendencias o leyes precisas que regulan las relaciones entre los diversos fenómenos sociales, proponiendo una teoría que permite dar cuenta del proceso real en su conjunto. Ligado a la definición de su objeto, el método adecuado para explicar las articulaciones complejas es la dialéctica materialista. El método del materialismo histórico, así como la explicación, sólo existen en su funcionamiento, y en el desarrollo de los conceptos de este discurso científico.

El modelo de explicación histórica propuesto por Marx es, pues, muy complejo, por lo que sería imposible plasmarlo en un "modelo" o "esquema" como el de Hempel, lo cual hace especialmen-

te difícil la comparación entre ambas formas de concebir la explicación, en el estilo utilizado en el debate contemporáneo, especialmente anglosajón, sobre la explicación histórica.

Ubicado dentro de la tradición del empirismo lógico, para Hempel la ciencia debe ajustarse a ciertos requisitos lógicos, algunos de los cuales son enunciados en su modelo nomológico-deductivo. Así, por ejemplo, las leyes deben tener forma de generalizaciones universales, o la relación entre explanandum y explanans debe ser deductiva o casi-deductiva. La elección entre teorías alternativas dependería de que se ajustaran, como requisito mínimo, a estas condiciones formales. En el caso particular de las explicaciones, hemos querido subrayar la tesis según la cual la naturaleza de la explicación depende de la naturaleza de la teoría. Las condiciones formales no pueden usarse, por lo tanto, como criterio para elegir entre teorías alternativas, ya que sería la propia teoría la que determina qué condiciones formales son posibles y necesarias. Por ejemplo, las leyes universales para Marx no tienen la forma de generalizaciones universales, ya que la necesidad histórica es tendencial y no de una regularidad estricta; la relación entre los principios más generales y los análisis concretos no es deductiva; el tipo de causalidad no es lineal, en virtud del carácter sobredeterminado de los hechos socio-históricos.

4. En contra de la tesis generalmente sostenida por las corrientes positivistas, según la cual la científicidad de un discurso depende de su neutralidad, de su "objetividad", Marx reivindica la toma de posición en el análisis científico. El desarrollo de la ciencia de la historia depende, fundamentalmente, de las exi-

gencias de la práctica social, y en particular, de la lucha de clases. Ya en La ideología alemana encontramos que uno de los objetivos de Marx, al construir una concepción materialista de la historia, es proporcionarle al movimiento revolucionario del proletariado, una ciencia que le sirva de guía en la lucha de clases. La exigencia de la ciencia de la historia surge, pues, del paso de la lucha de clases al primer plano de la escena social, y de la exigencia de dar una explicación materialista de esta lucha, designando sus bases y sus condiciones de desarrollo y transformación.

Ni Hempel ni von Wright defienden la doctrina de la "neutralidad ideológica" o de la "ciencia libre de valores", pero la suponen. La ausencia de ciertos conceptos claves -inexistentes en Hempel y que ocupan un lugar secundario en von Wright-, así como las lagunas notorias de sus "teorías", revelan una toma de posición -implícita- frente a la realidad social que pretenden explicar. Las pretendidas explicaciones de los hechos históricos, exactas, cuidadosas, ahistóricas, al estilo de Hempel, o las descripciones de von Wright, basadas en un método que difícilmente puede decirse que sea objetivo, justificadas en nombre de la "especificidad" del objeto de la ciencia social, revelan tomas de posición que permiten "ver" y hacen ver sólo ciertas cosas, mientras que la estructura interna de la realidad social queda oculta e inexplicada.

Además, si como hemos sostenido, toda observación está siempre impregnada de teoría, si no puede haber observación "pura", la pretendida neutralidad o asepsia ideológica es un supuesto falso, que no puede ser fundamentado en razones teóricas suficientes,

sino que, en última instancia, se basa en una justificación ideológica del orden social existente. Ni las ideas ni las teorías científicas son neutras.

Marx, por el contrario, no pretende ocupar una posición fuera del conflicto entre lo que la ideología burguesa permite ver y el punto de vista del proletariado, ni defender una "neutralidad política", sino que la misma exigencia de rigor científico le hace tomar partido, de manera explícita, como condición de posibilidad de cualquier análisis coherente del proceso histórico. El conocimiento de los mecanismos de funcionamiento de las relaciones sociales en la sociedad capitalista supone como condición necesaria, para Marx, el situarse desde la perspectiva de la ideología del proletariado. En tanto que la ideología burguesa cumple una función de ocultamiento, afirmando de hecho que la realidad es transparente y que las relaciones sociales capitalistas son eternas, impide el desarrollo de una ciencia que permita el conocimiento de las prácticas de dominación de su clase. No es, pues, en la perspectiva que tiende a conservar el estado de cosas basado en la dominación, en las relaciones de explotación, en donde hay que ubicarse para producir el conocimiento de la realidad social. Como señalamos a propósito de las tesis de La ideología alemana, una condición de posibilidad del desarrollo del conocimiento científico de la historia es la posición filosófica materialista de Marx, que se ajusta a los intereses de clase del proletariado. Marx tiene que romper, por lo tanto, con la ideología burguesa que se aferra a explicaciones idealistas del proceso histórico, y construir su ciencia desde el punto de vista de la ideología proletaria, desde donde es posible realizar una verdadera crítica

del orden social existente y dar una explicación materialista del mismo, posibilitando así su transformación. "El desplazamiento de las preocupaciones teóricas producido por su articulación con la ideología proletaria conduce a una alteración decisiva del campo problemático de la ciencia social. En consecuencia, ésta produce conocimientos más precisos y con mayor grado de objetividad. Además, dicho desplazamiento acarrea otro resultado: la ciencia social añade a su tarea explicativa la función adicional de teorizar respecto a la transformación del orden establecido. El materialismo histórico es, por ello, ciencia positiva de la sociedad y, a la vez, ciencia crítica revolucionaria" (Pereyra, "Marxismo y socialismo", p. 6).

Estudiar la teoría marxista supone, por lo tanto, tener en cuenta su relación histórica con la práctica revolucionaria: no sólo el proletariado requiere del marxismo, para constituirse como clase revolucionaria, conquistando su unidad y sus posiciones de clase y de lucha, sino que la presencia de esta clase determina el desarrollo de la teoría de Marx.

El doble carácter del marxismo -ciencia de la historia e ideología revolucionaria- no es un obstáculo que permita cuestionar su cientificidad. Las objeciones a la objetividad de la teoría marxista deben dirigirse a su capacidad de identificar y definir con precisión las entidades y los procesos básicos del proceso histórico, de formular hipótesis que permitan establecer conexiones entre entidades y procesos, y de descubrir y explicar nuevos fenómenos. Esto no quiere decir, de ningún modo, que la toma de partido sea una condición suficiente que garantice la cientificidad de la teoría de la historia.



5. La nueva región del conocimiento abierta por Marx es enorme. En ningún momento he pretendido que toda la teoría de Marx se encuentra ya en los dos textos aquí estudiados, ni siquiera en "estado práctico". La ideología alemana y El dieciocho Brumario son sólo dos textos dentro de la obra de Marx, que además hay que situar dentro de un período específico del pensamiento de Marx. El primero pertenece a lo que Althusser ha llamado el "período de la ruptura", por lo que su preocupación dominante es la de sentar los principios generales de la teoría marxista. Las bases del programa materialista, en donde lo que se busca es explicar los fenómenos sociales por sus causas materiales -económicas, políticas, ideológicas-, se encuentran en este texto.

En el primer capítulo vimos que Marx da, en La ideología alemana, una importancia decisiva a la observación empírica para la explicación de los acontecimientos históricos. A pesar de la tendencia empirista que podría derivarse de esta insistencia, es esta "observación empírica" la que posibilita la nueva ciencia, ya que partiendo de la "base real" -de la historia de la producción de los bienes materiales-, puede explicar la relación que se establece entre ésta y la instancia ideológica. El estudio de las variaciones internas de los distintos modos de producción es el hilo conductor de las investigaciones de Marx: la historia de las sociedades sólo puede ser explicada partiendo del hecho de que la explicación de los cambios históricos debe considerar la producción, y que el trabajo y sus formas de organización constituyen la escena de la historia. Si es posible hablar de una revolución teórica en Marx, es justamente porque a partir de La ideología alemana empieza a haber una mutación no sólo en la manera de tra-

tar los problemas sino en los problemas mismos que deberán ser considerados y discutidos: en la explicación del proceso histórico ya no se trata de buscar el origen, la verdad o la fundamentación de la historia, sino que el punto de partida es la construcción de conceptos que permitan realizar análisis históricos concretos.

Sin embargo, decíamos, esa misma insistencia en la "observación empírica", que inicia el programa materialista de la explicación de la historia, ha dado lugar a ciertas desviaciones empiristas posteriores de la concepción marxista. Si bien Marx tiene que subrayar el papel de las causas económicas dentro de la polémica filosófica sobre si es necesario modificar la conciencia de los hombres o la realidad social de donde proviene esta conciencia, la utilidad filosófica de esta tesis no le confiere carácter científico. Una vez que se reconoce que el planteamiento que hacen los neohegelianos del problema de la historia es idealista, la tesis que le atribuye una importancia demasiado exclusiva a ciertas causas económicas debe ser rectificadas: con ella, Marx habría señalado el desplazamiento que se tiene que efectuar para poder plantear de manera materialista el problema de la explicación de los acontecimientos históricos. Sólo el desarrollo de la ciencia de la historia dará su justo lugar en la teoría a dicha tesis, exigida especialmente por el debate filosófico.

A pesar de su insistencia en la necesidad de un discurso empírico, conceptos tales como los de fuerzas productivas, relaciones sociales y las observaciones sobre el proceso ideológico, muestran ya que para Marx, es más importante construir, no un discurso más, que enuncie los hechos tal y como suceden, sino un dis

curso que permita conocer cómo tienen lugar los hechos y por qué razones aparecen en ciertos discursos en una forma ideológica determinada. Por otra parte, aun cuando la afirmación polémica de los principios del materialismo histórico conduzca a formulaciones que parecerían establecer relaciones mecánicas entre la "base real" y las manifestaciones ideológicas, hay en La ideología alemana una diferencia considerable entre las tesis de Marx y las afirmaciones del marxismo "vulgar", para el que la constante referencia a la base económica se pretende suficiente en la explicación de los fenómenos sociales. La realidad a la que alude Marx, esa realidad "empíricamente comprobable", es algo mucho más rico que las simples condiciones económicas, incluso en este texto, a pesar de las ambigüedades e imprecisiones de sus análisis y definiciones. La "observación empírica" nos muestra la realidad como una unidad compleja formada, por una parte, por las fuerzas y medios de producción y las relaciones de producción y, por otra, por lo que más adelante se denominará el aparato del Estado y la ideología. La terminología de Marx sufrirá importantes modificaciones en sus obras posteriores; en este texto plantea problemas básicos que no son resueltos y otros que serán reformulados no sólo por Marx, que tratará de darles mejores soluciones, sino que constantemente serán replanteados a lo largo del desarrollo de la teoría marxista.

En el terreno de la economía política, en La ideología alemana encontramos ya el inicio del análisis de la naturaleza de las fuerzas productivas, de su desarrollo técnico, del trabajo y del papel de la división del trabajo. Las relaciones de producción -aun cuando Marx casi no utiliza este concepto y hable más

bien de relaciones sociales, habiendo importantes diferencias en la manera como las concibe en El Capital- lo llevan a plantear el problema de las formas de apropiación y el de las clases sociales. El análisis de la ideología parece concluir en una teoría de la naturaleza ilusoria del proceso ideológico, a partir de la relación de reflejo que Marx establece entre ésta y la "base real". Pero al lado de esta tesis -positivista, la llama Althusser- encontramos aportaciones esenciales para el materialismo histórico. Por un lado, el esbozo de una teoría del Estado como instrumento de opresión en manos de la clase dominante: Marx muestra de qué manera las costumbres, la moral, la religión, el derecho, la filosofía, etc., están siempre relacionados con intereses de clase, con la lucha de clases y con el proceso económico. Más adelante, estos planteamientos serán insuficientes, y surgirá la necesidad de pensar las ideologías como fuerzas materiales, funcionando en el interior de instituciones específicas (los "aparatos ideológicos del Estado", dirá Althusser) y de darles una explicación ya no negativa sino positiva. La crítica de la ilusión de que las ideas, como fuerzas independientes, son las principales determinantes de la práctica social en general, es uno de los supuestos fundamentales que, junto con los otros elementos del análisis científico del mundo capitalista, le permiten a Marx derivar la tendencia histórica que en él se inscribe: el comunismo como el estado de cosas al que conduce el desarrollo del proceso histórico a partir de la situación actual.

Estos principios, apenas esbozados, expuestos en La ideología alemana mediante conceptos y nociones imprecisas, formulaciones inacabadas y tesis polémicas, marcan el inicio de la produc-

ción en forma científica del conocimiento de la historia como proceso sin sujeto. La modificación introducida por Marx en la manera de plantear y de concebir los problemas específicos de la ciencia de la historia abre un nuevo espacio en el que se inscribe la radical novedad de su problemática.

6. Las diferencias entre La ideología alemana y El dieciocho Brumario no sólo se deben a que éste último puede ser situado como un texto de la "época de maduración" en el pensamiento de Marx, sino que mientras que La ideología alemana es un texto en donde los principios de la ciencia de la historia están expuestos de manera muy general, El dieciocho Brumario es el análisis de un hecho histórico concreto. Además de que la teoría marxista no está enunciada explícitamente, sino que hay que reconstruirla a partir de su funcionamiento práctico, este texto es privilegiado para mostrar una de las características fundamentales de la ciencia de la historia: su desarrollo a partir de análisis concretos que exigen la construcción de nuevos conceptos y corrigen el sentido de algunos de los ya acuñados. El materialismo histórico no proporciona un esquema rígido, ya fabricado, para llevar a cabo análisis concretos, sino que a partir de sus principios teóricos generales, el análisis concreto de una formación social determinada tiene que producir los conceptos específicos que permitan estudiar la especificidad y peculiaridad de este todo complejo articulado y la posición particular de las prácticas, instituciones, contradicciones, que la componen. La científicidad del análisis depende, por tanto, de la teoría del todo complejo a la que hace referencia y de la comprensión que ofrece de su objeto de estudio,

mostrando como los diferentes aspectos del todo social se relacionan recíprocamente, de tal manera que algunos elementos de unos aspectos actúan de forma determinada, a través de la lucha de clases, sobre algunos elementos de otros, dando lugar a otro tipo de instancia o elementos particulares. La combinación de estos procesos objetivos que son las relaciones económicas, políticas e ideológicas, es siempre específica, según los períodos, por lo que el materialismo histórico sólo nos da el marco general -o los criterios teóricos- a partir de los cuales siempre será necesario realizar análisis concretos.

Es evidente que la teoría marxista cuenta con un núcleo de principios teóricos generales y que de ninguna manera se reduce a estos análisis concretos. Ese núcleo está constituido, en lo fundamental, por definiciones que, sin ser especulativas, no pueden ser refutadas empíricamente en forma directa. Son "conceptos teóricos", señala Althusser, "que no nos dan el conocimiento concreto de objetos concretos, sino el conocimiento de las determinaciones o elementos abstracto-formales que son indispensables para la producción del conocimiento concreto de objetos concretos" (Althusser, Crítica a la exposición de los principios marxistas, p. 13). Estos enunciados generales pueden ser considerados como principios que conducen la investigación, que proporcionan los instrumentos teóricos indispensables para realizar análisis concretos, designando qué es lo que hay que explicar y, sirviendo de guía, para decidir qué leyes son aceptables y cuáles no. El dieciocho Brumario es la puesta en funcionamiento de estos principios de organización de la teoría que se realizan de manera particular.

Este texto muestra que un análisis concreto no tiene porqué

exhibir de manera explícita la unidad articulada de las distintas prácticas, sino que, debido a la autonomía relativa de cada una de ellas, puede privilegiar el estudio de una en particular, permitiendo entonces análisis fundamentalmente políticos -como es el caso de El dieciocho Brumario-, o económicos, como es caso de El desarrollo del capitalismo en Rusia.

En el análisis del golpe de Estado bonapartista, Marx muestra que el análisis científico no debe limitarse a la simple constatación empírica de este hecho, sino que debe mostrar las contradicciones que constituyen las distintas prácticas que intervienen en la configuración del acontecimiento estudiado, así como las contradicciones en las que se insertan. La conexión entre el golpe de Estado y las condiciones iniciales que lo hicieron posible, analizadas por Marx, no puede entenderse como una relación causal unidimensional, sino como una relación recíproca en la que intervienen contradicciones reales de desarrollo desigual entre varios elementos. El golpe de Estado no es, pues, un acontecimiento aislado, azaroso, o el efecto de un factor específico, sino que es el resultado de la sobredeterminación de la práctica política por efecto de las restantes prácticas sociales.

En El dieciocho Brumario aparece una pieza clave del discurso científico sobre la práctica social, que sólo había sido esbozada en La ideología alemana: la lucha de clases. Si entre todas las prácticas sociales, la práctica económica es la fundamental, en el sentido que determina en última instancia todas las demás, la práctica política es la decisiva: es en la estructura económica en donde cada práctica encuentra las condiciones de su ejercicio y los límites de su desarrollo; pero, las intervenciones so-

bre de lo económico dependen de lo que se juega en el nivel político, esto es, de la lucha de clases, cuyo fin es detentar el poder de Estado. Por ello, todo análisis de lo político requiere de una definición del Estado, que siempre es el Estado de una clase. La práctica política designa el conjunto de prácticas específicas que buscan la conservación o la revolución de las relaciones de producción existentes. Lo político no es, entonces, como parecía sugerirlo La ideología alemana, un simple fenómeno expresivo de la estructura económica, sino que es condición necesaria de su existencia. Los análisis de Marx no se reducen, por esto mismo, a la determinación de lo económico, ya que "no basta en modo alguno con haber analizado la determinación económica de la dialéctica de la lucha de clases para estar en condiciones de explicar y dominar sus fases concretas. Sobre esta 'base', hay que saber igualmente analizar la 'superestructura' política e ideológica cuyo funcionamiento es necesario para la reproducción del conjunto de las relaciones sociales, por la que pasa también su transformación, y que consiste en luchas de clases específicas, irreductibles a la sola lucha económica" (Balibar, Cinq études..., p. 63).

El análisis de El dieciocho Brumario nos permite comprender en qué sentido el proceso de la lucha de clases es determinado, materialmente necesario, pero no predeterminado. No hay una ley incondicional que rijá este proceso, sino que más bien habría que entenderlo como un proceso "tendencial". Las "leyes" formuladas por la ciencia de la historia para explicar la determinación y transformación de todas las relaciones -económicas, políticas, ideológicas-, deben entenderse más bien como tendencias, que según



su nivel de abstracción, pueden ser constantes o invariables ya sea en un amplio periodo histórico, ya sea en uno más determinado y específico. Estas tendencias no se realizan de manera automática ni de acuerdo a un fin preestablecido, sino que suponen siempre la presencia e intervención de otras tendencias opuestas. De ahí que la realización de una determinada tendencia siempre se lleve a cabo por medio de la lucha de clases. Un análisis científico debe mostrar cuál es la tendencia que juega el papel dominante en ese sistema de contradicciones, para así estar en condiciones de analizar la complejidad de la lucha de clases.

El hecho de que la lucha de clases sea un proceso determinado no significa que las formas que tomará sean predecibles, ya que su resultado depende de cada coyuntura. Justamente por el carácter sobredeterminado de los hechos sociales e históricos, al hablar de tendencias y no de leyes universales, la ciencia de la historia no puede predecir la forma concreta en que se realizará un hecho específico. Marx no predice, a la manera de una profecía, la revolución comunista, sino que ésta es el resultado de la historia de la lucha de clases. A partir de la observación de una serie de fenómenos de la sociedad capitalista, Marx puede designar la tendencia (siempre contradictoria) al comunismo, señalando sus posibilidades objetivas. "Y esta historia es siempre, en su estructura de luchas y de transformaciones, 'abierta': del mismo modo en que no se dirige hacia un fin ideal, no es tampoco la realización de un programa fijado de antemano" (Balibar, Cinq études..., p. 76). Los hechos considerados por la ciencia social no presentan, pues, la característica de estar insertos en sistemas cerrados, estacionarios, cíclicos, como ciertos sistemas estudiados ..

por las ciencias naturales; por tratarse de un proceso, y de un proceso abierto, las "predicciones" históricas se refieren, a lo más, a la posibilidad de que, dadas ciertas condiciones, se produzca un determinado acontecimiento: "...cuando se afirma que en las condiciones A, B, C, probablemente ocurrirá X, no se está aceptando que tal vez, por casualidad, puede ocurrir Y, sino que se afirma la probabilidad de X sin eliminar la posibilidad de que si las condiciones A, B, C se cruzan con D, o con E, pueda entonces ocurrir Y o Z. La contingencia de esta intersección, lejos de favorecer enfoques indeterministas, simplemente muestra el carácter 'sobre-determinado' de los hechos sociohistóricos" (Pereyra, "El determinismo histórico", p. 132).

Así, al realizar análisis concretos, encontramos que el proceso histórico no sigue un desarrollo lineal, ordenado, sino que está constituido por avances y retrocesos, movimientos descendentes y saltos, supresión de etapas, supervivencias, rodeos. Pensemos, por ejemplo, en la dinámica de la revolución proletaria, parte de cuyo análisis encontramos en El dieciocho Brumario. En la Introducción de Engels a Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850, al referirse a la manera como él y Marx se representaban las condiciones y el curso del movimiento revolucionario, aquélla tuvo que ser corregida: "Pero la historia -escribe Engels- nos dio también a nosotros un mentís y reveló como una ilusión nuestro punto de vista de entonces. Y fue todavía más allá: no sólo destruyó el error en que nos encontrábamos, sino que además transformó de arriba a abajo las condiciones de lucha del proletariado. El método de lucha de 1848 está hoy anticuado en todos los aspectos, y es éste un punto que merece ser investigado ahora más

detenidamente" (Marx y Engels, Obras Escogidas, T. I, p. 108).

7. La ciencia de la historia supone, entonces, una creación continua de conceptos exigida por los análisis concretos y por el transcurso de la lucha de clases; esto nos lleva a un problema, sugerido en textos recientes de Althusser, que se refiere al carácter necesariamente inacabado y contradictorio de la teoría marxista. La teoría marxista de la historia no se propone dar cuenta de toda la historia de la humanidad, a pesar de que así lo parezca por cierta tendencia de muchos pasajes de La ideología alemana de hacer de esta ciencia una filosofía de la historia. Marx no habla más que de una sola formación social: la capitalista. "Lo que la teoría marxista estudia no es la historia de las formaciones sociales en general, sino, hasta ahora, las tendencias históricas de tan sólo las formaciones sociales capitalistas. Y más exactamente aún, es la contradicción que desde la constitución del modo de producción capitalista como modo de producción dominante..., produce la necesidad y desarrolla las formas cada vez más firmes, de otra revolución, la revolución proletaria" (Balibar, Cinq études..., p. 108). La teoría marxista es, como dice Althusser, algo finito y limitado. Sólo ha investigado el desarrollo de la sociedad capitalista y su tendencia contradictoria hacia la sociedad comunista, definida sólo "en negativo" en la obra de Marx, por lo que en ningún momento puede confundirse con una filosofía de la historia que pretenda "explicar" el devenir de la humanidad (cf. Althusser, "Notas sobre el Estado", p. 6).

La teoría de Marx define su objeto teórico y explica su necesidad objetiva. Cuenta, para ello, con un núcleo de conocimientos

objetivos que, como vimos, es susceptible de ser constantemente enriquecido. La teoría de Marx no está acabada, por una parte, porque todavía hay regiones que caen bajo su objeto de estudio, cuya teoría es todavía imprecisa e incierta. Por otro lado, si la teoría marxista es "finita", en el sentido de que "sólo designa las tendencias contradictorias que están en acto en el proceso real" (Althusser, "Notas sobre el Estado", p. 6), sin anticipar su solución, entonces también es una teoría "abierta". No puede ser una teoría "cerrada", porque el proceso para el que Marx empezó a construir los conceptos científicos que lo explican, no ha terminado aún: cada vez adquiere nuevas formas que requieren que los conceptos sean transformados, rectificados o contruidos, y puesto que la tendencia fundamental que en él se inscribe es, como toda tendencia, contradictoria, decidida por la lucha de clases, también es necesario modificarla -a partir del núcleo referido. "Las verdades científicas del materialismo histórico...no son soluciones, respuestas preparadas, sino problemas, planteamientos de problemas. Residen, pues, en la relación objetiva de los enunciados teóricos con la práctica política del proletariado, en coyunturas históricas sucesivas, que modifican su punto de aplicación" (Balibar, Cinq études..., p. 11).

## B I B L I O G R A F I A

- L. Althusser, La revolución teórica de Marx, México, Siglo XXI, 1967.
- et al, Para leer El Capital, México, Siglo XXI, 1969.
- , "Ideología y aparatos ideológicos del Estado", en Althusser, La filosofía como arma de la revolución, Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente, 1971.(abrev. AIE)
- , Lenin y la filosofía, México, Era, 1970.
- , Escritos, Barcelona, Laia, 1974.
- , Para una crítica de la práctica teórica, México, Siglo XXI, 1974.
- , Philosophie et philosophie spontanée des savants, Paris, Maspero, 1974.
- , Éléments d'autocritique, Paris, Hachette, 1974.
- , Crítica a la exposición de los principios marxistas, Buenos Aires, Cuervo, 1976.
- , "Est-il simple d'être marxiste en philosophie?", en La Pensée No. 183 (Paris), octubre 1975.
- , "Notas sobre el Estado", en Cuadernos Políticos No. 18 (México), octubre-diciembre 1978.
- , Nuevos escritos, Barcelona, Laia, 1979.
- P. L. Assoun, Marx et la répétition historique, Paris, P.U.F., 1978.
- G. Badia, "Avant-propos", en K. Marx et F. Engels, L'idéologie allemande, Paris, Ed. Sociales, 1968.
- E. Balibar, Cinq études du matérialisme historique, Paris, Maspero, 1974.
- J. M. Bermudo, El concepto de praxis en el joven Marx, Barcelona, Península, 1975.

- F. Braudel, La historia y las ciencias sociales, Madrid, Alianza, 1974.
- R. Bubner, "Is Trascendental Hermeneutics Possible?", en J. Manninen y R. Tuomela, Essays on explanation and understanding: studies in the foundations of humanities and social sciences, Dordrecht, Reidel, 1976.
- F. Claudín, Marx, Engels y la revolución de 1848, Madrid, Siglo XXI, 1975.
- A. Cornu, Karl Marx et Friedrich Engels. Leur vie et leur oeuvre, T. IV, Paris, P.U.F., 1970.
- J. Chesneaux, ¿Hacemos tabla rasa del pasado?, México, Siglo XXI, 1977.
- M. Dal Pra, La dialéctica en Marx, Barcelona, Martínez Roca, 1971.
- B. Echeverría, "La revolución teórica comunista en las Tesis sobre Feuerbach", en Historia y Sociedad No. 6, (México), 1975.
- F. Engels, "Cartas", en C. Marx y F. Engels, Obras Escogidas en dos tomos, T. II, Moscú, Progreso, /s.f./
- A. Gramsci, Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno, México, Juan Pablos, 1975.
- J. Graue, La explicación histórica, México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, 1976.
- C. G. Hempel, "The Function of General Laws in History", en P. Gardiner (ed), Theories of History, N.Y., The Free Press, 1959.(abrev. GLH)
- , "Explanation in Science and in History", en R. G. Colodny (ed), Frontiers of Science and Philosophy, University of Pittsburgh Press, 1962.(abrev. ESH)
- , "Studies in the Logic of Explanation", en C.G. Hempel, Aspects of Scientific Explanation and other essays,

- N.Y., The Free Press, 1966. (abrev. SLE)
- , "Aspects of Scientific Explantion", en C.G. Hempel, Aspects of Scientific Explanation and other essays, ed.cit. (abrev. ASE)
- Z. A. Jordan, Philosophy and Ideology, Dordrecht, Reidel, 1963.
- P. Kägi, La génesis del materialismo histórico, Barcelona, Península, 1974.
- S. Karz, Théorie et politique: Louis Althusser, Paris, Fayard, 1974.
- et al, Lectura de Althusser, Buenos Aires, Galerna, 1970.
- D. Lecourt, Ensayo sobre la posición de Lenin en filosofía, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.
- V. I. Lenin, Materialismo y empiriocriticismo, México, Grijalbo, 1967.
- , Contenido económico del populismo, Madrid, Siglo XXI, 1974.
- , ¿Quiénes son los "amigos del pueblo"?, Madrid, Siglo XXI, 1974.
- G. Lichtheim, El marxismo. Un estudio histórico y crítico, Barcelona, Anagrama, 1964.
- G. Luckács, Historia y conciencia de clase, México, Grijalbo, 1969.
- A. Mac Intyre, "Causality and History", en J.Manninen y R. Tuomela, op. cit.
- R. Martin, "Explanation and Understanding in History", en J. Manninen y R. Tuomela, op. cit.
- C. Marx y F. Engels, La ideología alemana, México, Cultura Popular, 1974. (abrev. IA)

- C. Marx, Manuscritos: economía y filosofía, Madrid, Alianza, 1970.
- , "Tesis sobre Feuerbach", en C. Marx y F. Engels, La ideología alemana, ed. cit.
- y F. Engels, "Manifiesto del Partido Comunista", en Marx y Engels, Obras Escogidas, T. I, ed. cit.
- , "Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850", en Marx y Engels, Obras Escogidas, T. I, ed. cit.
- , "El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte", en Marx y Engels, Obras Escogidas, T. I, ed. cit. (abrev. 18Brum)
- , "Prólogo de la Contribución a la crítica de la economía política", en Marx y Engels, Obras Escogidas, T.I, ed. cit.
- , "Introducción (inédita)" de la Contribución a la crítica de la economía política, en Marx, Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador), México, Siglo XXI, 1976.
- , El Capital, T. I, México, Siglo XXI, 1975.
- L. Nowak, La scienza come idealizzazione: i fondamenti della metodologia marxista, Boloña, il Mulino, 1971.
- G. Palmade (compilador), La época de la burguesía, México, Siglo XXI, 1976.
- C. Pereyra, "Marxismo e historia", en Teoría (México), No. 1, enero-marzo 1975.
- , "El sujeto de la historia", en Dialéctica (Puebla), No. 1, julio 1976.
- , "El determinismo histórico", en Anuario de Historia (México), año IX, 1977.
- , "El cambio histórico", en Arte, sociedad, ideología, (México), No. 3, octubre-noviembre 1977.
- , "El individualismo metodológico: un caso de contrarrevolución teórica", mimeo, 1977.
- , "Sobre el materialismo", mimeo, 1978.



- , "Marxismo y socialismo", mimeo, 1979.
- K. R. Popper, La miseria del historicismo, Madrid, Alianza, 1973.
- N. Poulantzas, Poder político y clases sociales en el estado capitalista, México, Siglo XXI, 1973.
- , Las clases sociales en el capitalismo actual, México, Siglo XXI, 1976.
- M. Riedel, "Causal and Historical Explanation", en J. Manninen y R. Tuomela, op. cit.
- M. Rossi, La génesis del materialismo histórico, Madrid, Alberto Corazón, 1974.
- D-H. Ruben, Marxism and materialism: A study in marxist theory of knowledge, Sussex, The Harvester Press, 1977.
- L. Salazar, "Filosofía y ciencia en el desarrollo del marxismo", mimeo, 1979.
- A. Schaff, Historia y verdad, México, Grijalbo, 1974.
- W. H. Shaw, Marx's theory of history, Londres, Hutchinson, 1978.
- A. Schmidt, El concepto de naturaleza en Marx, México, Siglo XXI, 1976.
- L. Sève, Marxisme et théorie de la personnalité, Paris, Ed. Sociales, 1975.
- S. Timpanaro, Praxis, materialismo y estructuralismo, Barcelona, Fontanella, 1973.
- R. Tuomela, "Explanation and Understanding of Human Behavior", en J. Manninen y R. Tuomela, op. cit.
- M. Vadée, L'idéologie, Paris, P.U.F., 1973.
- P. Vilar, Historia marxista, historia en construcción, Barcelona, Anagrama, 1975.

- P. Vilar et al, Althusser, método histórico e historicismo, Barcelona, Anagrama, 1972.
- G. H. von Wright, Exploration and Understanding, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1971. (abrev. EU)
- , "Replies", en J. Manninen y R. Tuomela, op. cit. (abrev. R)
- , "Determinism and the Study of Man", en J. Manninen y R. Tuomela, op. cit. (abrev. DSM)
- P. Winch, "Causality and Action", en J. Manninen y R. Tuomela, op. cit.